
S. K. WALLACE
El Poeta
y
La Viuda
Hermanos MacLeod, 3

Índice

El poeta y la viuda
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Otras historias de S. K. Wallace

El poeta y la viuda

Hermanos MacLeod, 3

S. K. Wallace

El poeta y la viuda

Sinopsis

En las majestuosas y salvajes Highlands escocesas, donde las leyendas se mezclan con la realidad, Morag Campbell se encuentra atrapada en un abismo de dolor tras la trágica muerte de su esposo. Incapaz de escapar del pasado que la atormenta, Morag vive aislada, aferrada a los recuerdos de un amor perdido, hasta que un encuentro inesperado con Ewan MacLeod, un poeta de espíritu libre, comienza a cambiarlo todo.

Ewan, cuya música es un reflejo de su alma, ve más allá de la tristeza de Morag y se siente irresistiblemente atraído por la mujer que esconde su corazón tras muros de dolor. A través de su música, Ewan busca llegar a la herida más profunda de Morag, ayudándola a transformar su sufrimiento en algo nuevo, hermoso y lleno de esperanza.

Pero a medida que Morag y Ewan se acercan, los fantasmas del pasado de Morag amenazan con destruir lo que apenas comienza a florecer. ¿Podrá el poder del amor y la música sanar un corazón destrozado? ¿O se verá Morag condenada a vivir en las sombras de su dolor para siempre?

El poeta y la viuda es una historia conmovedora de amor, redención y la fuerza transformadora de la esperanza. Una novela que te llevará a las profundidades de la emoción humana y te recordará que, incluso en los momentos más oscuros, siempre hay una melodía de luz esperando ser descubierta.

Déjate llevar por las Highlands, donde cada amanecer trae consigo la promesa de un nuevo comienzo.

Prólogo: Ecos del Pasado

El viento gélido de la madrugada azotaba sin piedad las costas escarpadas de las Highlands, levantando olas que se estrellaban con furia contra las rocas. El cielo comenzaba a teñirse de tonos suaves de rosado y naranja, anunciando el amanecer, pero la fría bruma que envolvía el acantilado aún mantenía el paisaje en una penumbra melancólica. En el borde del abismo, Morag Campbell se mantenía inmóvil, su figura esbelta recortada contra la inmensidad del mar y el cielo.

Sus ojos, velados por una tristeza profunda, estaban fijos en el horizonte, donde el mar se encontraba con el cielo en una línea infinita. Morag sentía que su vida había llegado a un punto similar: una vasta extensión de vacío y desolación donde todo lo que amaba se había desvanecido. El dolor por la pérdida de su esposo, un hombre que había sido su ancla y su alegría, pesaba sobre su corazón como una losa de piedra.

El aire salado que impregnaba el ambiente se mezclaba con el olor a tierra húmeda, creando una atmósfera cargada de nostalgia. Morag inhaló profundamente, permitiendo que el aire frío quemara sus pulmones, despertando un poco de la vida que había estado ausente en ella desde la muerte de su esposo. Pero cada respiración era también un recordatorio de su soledad, de la ausencia que la consumía.

Su mente viajaba sin control a los recuerdos de tiempos pasados, de risas compartidas, de caricias que ahora solo existían en su memoria. Morag apretó los labios, tratando de contener el torrente de emociones que amenazaba con abrumarla. Había caminado hasta aquel acantilado buscando respuestas, buscando un sentido para continuar, pero lo que encontró fue el eco de su propio dolor resonando en el vacío.

"¿Cómo puedo seguir adelante?", se preguntaba una y otra vez, como un lamento que se repetía en su mente. La vida que había conocido se había desmoronado, y cada día desde entonces había sido una lucha por encontrar una razón para levantarse. La idea de rendirse, de dejarse llevar por la oscuridad que la envolvía, había comenzado a parecerle cada vez más tentadora.

Pero mientras contemplaba el abismo, algo la detuvo. No era el miedo a la muerte, sino una sensación vaga, una inquietud en su interior que no la dejaba tomar ese último paso. Sabía que no podía rendirse, que aún quedaba algo, aunque no supiera qué era. Era un instinto primario, una chispa de vida que se negaba a extinguirse, a pesar de todo.

De repente, a través del murmullo constante del viento y el mar, una melodía suave y melancólica comenzó a deslizarse por el aire, acariciando sus sentidos. Morag levantó la cabeza, sorprendida por el sonido que parecía surgir de la nada. Era una música etérea, triste y hermosa, que hablaba de pérdidas y anhelos, pero también de consuelo y esperanza. La melodía se entrelazaba con el viento, llenando el espacio a su alrededor con una sensación de paz que no

había sentido en mucho tiempo.

Intrigada, Morag giró lentamente sobre sus talones, siguiendo el rastro de la música. Sus pasos, antes vacilantes, se volvieron más decididos mientras avanzaba hacia el origen del sonido. A medida que se acercaba, la melodía se hacía más clara, más envolvente, como si estuviera hecha solo para ella, destinada a encontrarla en su momento de mayor desesperación.

Finalmente, al doblar un recodo del camino, lo vio. Ewan MacLeod, con su laúd apoyado en el muslo, estaba sentado en una roca cercana, ligeramente inclinado hacia adelante, absorto en la música que sus dedos tejían con maestría. Su cabello oscuro se movía suavemente con la brisa, y sus ojos, cerrados en concentración, parecían estar en otro lugar, en un mundo donde solo existían él y su música.

Morag se quedó quieta, observándolo desde la distancia, sin atreverse a interrumpir el momento. Podía ver que Ewan estaba perdido en su propio dolor, que cada nota que tocaba era una liberación, una forma de expresar lo que las palabras no podían. Aunque no lo conocía bien, había oído hablar de él, del poeta y músico del clan MacLeod, un hombre con un alma sensible y una habilidad única para capturar la esencia de las emociones humanas en su música.

Mientras lo observaba, Morag sintió que la música se filtraba en su interior, tocando partes de su alma que habían estado dormidas durante mucho tiempo. La tristeza que la había consumido comenzó a desvanecerse, reemplazada por una sensación de calidez, de consuelo. Por primera vez en meses, el peso en su pecho se alivió un poco, y un destello de esperanza se encendió en su corazón.

La melodía llegó a su fin, y Ewan abrió los ojos, como despertando de un sueño. Fue entonces cuando notó la presencia de Morag, una figura esbelta y solitaria de pie a unos metros de él. Sus miradas se encontraron, y durante un instante, ambos sintieron una conexión indescriptible, una comprensión tácita del dolor y la soledad que los unía.

Ewan, sorprendido al ver a alguien allí, especialmente a una mujer con una expresión tan melancólica, se levantó lentamente, guardando su laúd con cuidado. No dijo nada, pero su mirada era cálida, comprensiva, como si ya supiera lo que la había llevado hasta ese lugar.

—Lamento si te he molestado —dijo Ewan finalmente, su voz suave y tranquila, rompiendo el silencio entre ellos.

Morag negó con la cabeza, su voz apenas un susurro cuando respondió. —No… No me has molestado. De hecho, tu música… me ha ayudado.

Ewan asintió, sin apartar la mirada de ella, reconociendo la verdad en sus palabras. La música siempre había sido su forma de lidiar con el mundo, de expresar lo que no podía decir con palabras. Y aunque no lo había planeado, se alegraba de que hubiera llegado a los oídos de alguien que lo necesitaba.

—La música tiene una manera de encontrar su camino hacia quienes más la necesitan —dijo

Ewan, acercándose un poco más a Morag—. A veces, todo lo que necesitamos es un recordatorio de que no estamos solos.

Morag lo miró con una mezcla de gratitud y tristeza. No estaba acostumbrada a que alguien, especialmente un hombre, entendiera tan bien lo que sentía. Pero en los ojos de Ewan, vio reflejado su propio dolor, su propia búsqueda de consuelo. Y por primera vez desde la muerte de su esposo, sintió que había alguien que realmente la comprendía.

—He estado tan sola… —confesó Morag en voz baja, sus palabras cargadas de una sinceridad desgarradora—. No sé cómo seguir adelante.

Ewan la observó en silencio, comprendiendo el peso de sus palabras. Sabía lo que era perderse en la oscuridad, lo que era sentir que la vida había perdido todo su sentido. Pero también sabía que había una manera de salir, una forma de encontrar la luz nuevamente, aunque fuera solo una chispa.

—No tienes que hacerlo sola —dijo Ewan con suavidad—. A veces, el simple hecho de compartir nuestro dolor con otro puede hacer que la carga sea más llevadera.

Morag lo miró, sus ojos llenos de lágrimas no derramadas, y asintió. Había algo en la presencia de Ewan, en su música, que le daba la fuerza para enfrentar otro día, para seguir adelante, aunque solo fuera un paso a la vez.

El sol comenzaba a elevarse en el cielo, bañando el acantilado en una luz dorada que prometía un nuevo comienzo. Morag, con el corazón un poco más ligero, respiró hondo, permitiendo que el calor del sol la envolviera. Junto a Ewan, sentía que tal vez, solo tal vez, podía encontrar una manera de seguir adelante, de redescubrir el sentido de la vida.

Y así, bajo la luz naciente de un nuevo día, el poeta y la viuda, unidos por la música y el dolor compartido, se quedaron en silencio, contemplando el horizonte. Aunque el camino que tenían por delante estaba lleno de incertidumbre, ambos sabían que no lo recorrerían solos. Y en ese momento, eso era suficiente.

Capítulo 1: El Poeta Solitario

El bosque que rodeaba el castillo MacLeod estaba vivo con el murmullo del viento entre los árboles, el canto de los pájaros y el suave crujir de las hojas bajo los pies de Ewan MacLeod. Para él, estos sonidos no eran simples ruidos de la naturaleza; eran la música misma de la tierra, una sinfonía interminable que lo acompañaba dondequiera que fuera. Este rincón apartado del mundo era su refugio, un lugar donde podía liberar su alma de las ataduras de las expectativas y entregarse por completo a su verdadera pasión: la música.

Ewan caminaba despacio por un sendero poco transitado, su laúd colgado en la espalda y una pequeña bolsa de cuero atada a su cadera, donde guardaba pergaminos y plumas. Su mente estaba ocupada, hilando notas y acordes en busca de la melodía perfecta, una que pudiera capturar la esencia de lo que sentía, de lo que veía. Las Highlands eran una fuente inagotable de inspiración para él, con su belleza salvaje y sus paisajes melancólicos que hablaban de tiempos antiguos y memorias enterradas.

Al llegar a un claro del bosque, Ewan se detuvo. Era su lugar preferido, donde los árboles se abrían para dejar pasar la luz del sol, creando un círculo de claridad en medio de la penumbra. Aquí, rodeado de naturaleza, se sentía libre, desconectado de las responsabilidades que venían con su apellido y su linaje. Aquí, podía ser simplemente Ewan, el poeta, el soñador.

Se sentó sobre un tronco caído, sacando el laúd y acariciando sus cuerdas con una ternura casi reverencial. La madera suave del instrumento estaba caliente por el sol, y al tocarla, Ewan sintió una familiar sensación de calma inundarlo. Cerró los ojos y dejó que sus dedos comenzaran a moverse, produciendo una serie de notas que resonaron en el claro, mezclándose con el susurro de los árboles.

La melodía que emergió de su laúd era ligera al principio, un reflejo de la tranquilidad que lo rodeaba. Pero mientras tocaba, Ewan no pudo evitar que un toque de melancolía se filtrara en las notas, como una sombra que oscurecía el brillo de una tarde soleada. Esa tristeza latente había sido su compañera constante en los últimos tiempos, una sensación de desconexión y soledad que, aunque no siempre evidente, estaba presente en lo más profundo de su ser.

Ewan sabía que su familia lo amaba, pero también sabía que no lo comprendían del todo. Mientras sus hermanos se dedicaban al arte de la guerra, al liderazgo y a las responsabilidades del clan, él había encontrado su lugar en un mundo de palabras y música, un mundo que, para muchos, era tan intangible como el viento. A menudo, se sentía como un extraño en su propia casa, un espíritu libre atrapado en una vida que no terminaba de encajar con sus sueños.

La melodía que tocaba ahora era un reflejo de esa dualidad, de esa lucha interna entre lo que era y lo que esperaba ser. Sus dedos se movían con habilidad sobre las cuerdas, pero su mente vagaba, buscando respuestas a preguntas que ni siquiera sabía cómo formular.

Fue entonces cuando la vio.

A través de la luz tamizada del claro, la figura de una mujer apareció en el borde del bosque, sus pasos lentos y vacilantes como si no supiera exactamente adónde iba. Ewan dejó de tocar de inmediato, sorprendido por la aparición. Había creído estar solo, pero allí estaba ella, una mujer de cabello oscuro y ojos tristes, que parecía cargar el peso del mundo sobre sus hombros.

Ewan observó en silencio, cautivado por la forma en que ella se movía, como si el dolor mismo la empujara a seguir adelante. La mujer no lo había visto aún, estaba demasiado inmersa en sus propios pensamientos, perdida en un mundo de duelo que la mantenía alejada de todo lo demás. Ewan sintió una punzada en el corazón al ver la expresión de tristeza en su rostro, una tristeza que reconoció de inmediato porque también la había sentido en su propia alma.

Instintivamente, sus dedos volvieron a las cuerdas del laúd, pero esta vez la melodía que comenzó a tocar era diferente. Era suave, melancólica, una canción que parecía nacer de la misma tierra que ellos pisaban. Cada nota era un susurro, un lamento que flotaba en el aire, y que Ewan esperaba que pudiera llegar hasta esa mujer desconocida, para aliviar al menos una parte del dolor que llevaba dentro.

La música llenó el claro, envolviendo a la mujer como un manto invisible. Ella se detuvo, alzando la cabeza con sorpresa, sus ojos buscando el origen de la melodía. Cuando finalmente vio a Ewan, sus miradas se encontraron, y por un momento, el tiempo pareció detenerse. No hubo palabras, pero en ese instante, ambos supieron que compartían algo profundo, algo que los unía más allá de las simples circunstancias de su encuentro.

Ewan continuó tocando, permitiendo que la música hablara por él. No quería asustarla, no quería invadir su espacio, pero al mismo tiempo, sentía que debía hacer algo para aliviar el peso que veía en sus ojos. Era un impulso que no podía ignorar, una necesidad de conectar, de ofrecer consuelo a través de lo único que sabía hacer bien: la música.

La mujer, que hasta entonces había estado completamente inmóvil, dio un paso hacia él, como si la melodía la estuviera guiando. Ewan la observó con atención, notando los detalles que la definían: la suavidad de sus rasgos, la elegancia de sus movimientos, pero sobre todo, la profundidad de la tristeza que parecía envolverla como un manto.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Ewan dejó de tocar, permitiendo que el silencio del bosque retomara su lugar. La mujer se detuvo frente a él, su mirada llena de una mezcla de curiosidad y gratitud.

—Esa música… —comenzó a decir, su voz apenas un susurro—. Era hermosa. ¿La has compuesto tú?

Ewan asintió, sintiendo una extraña calidez en su pecho al escuchar su voz. Había algo en ella que lo atraía, una vulnerabilidad que despertaba en él un deseo de protegerla, de cuidarla.

—Sí —respondió Ewan, con suavidad—. La música es… mi forma de hablar, de expresar lo que siento. Y lo que vi en ti… necesitaba ser dicho a través de la música.

La mujer lo miró con una mezcla de sorpresa y agradecimiento. Había algo en las palabras de Ewan que resonaba en su interior, como si él pudiera ver más allá de la superficie, directamente en su alma.

—Soy Morag —dijo finalmente, presentándose—. Morag Campbell.

Ewan sintió una punzada de reconocimiento al escuchar su nombre. Sabía de los Campbell, un clan con el que los MacLeod habían mantenido relaciones amistosas en el pasado. Pero más allá de eso, había oído hablar de Morag, la joven viuda cuyo dolor había conmovido a muchos. Aunque no la conocía personalmente, su historia le era familiar, y ahora, al estar frente a ella, podía sentir la verdad de esas palabras en cada gesto, en cada mirada.

—Ewan MacLeod —respondió, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto—. Es un honor conocerte, Morag. Lamento mucho lo que has perdido.

Morag bajó la mirada, sus labios temblando ligeramente antes de hablar. —Gracias, Ewan. Es… difícil encontrar las palabras, pero tu música… Me ha dado algo que no sabía que necesitaba. Me ha dado un momento de paz.

Ewan sintió una profunda conexión con ella en ese momento, una conexión que iba más allá de las palabras. La música, su música, había logrado lo que él no creía posible: había tocado el corazón de Morag, había cruzado la barrera que el dolor había levantado a su alrededor.

—La música tiene un poder especial —dijo Ewan, con una sonrisa suave—. Puede llegar a lugares donde las palabras no pueden. Y me alegra que haya encontrado su camino hacia ti.

Morag asintió, sintiendo una calma que no había experimentado en mucho tiempo. Estar allí, en el bosque, con aquel hombre que parecía entenderla de una manera que nadie más lo había hecho, le daba una extraña sensación de consuelo. No sabía cómo explicarlo, pero en la presencia de Ewan, sentía que tal vez, solo tal vez, había una posibilidad de seguir adelante.

El viento sopló suavemente, agitando las hojas a su alrededor, y ambos permanecieron en silencio durante un rato, disfrutando de la compañía mutua sin necesidad de más palabras. Ewan observó a Morag, sintiendo que había encontrado una inspiración inesperada en ella, una fuente de emociones y sentimientos que podía transformar en música, en poesía.

—Si alguna vez necesitas alguien con quien hablar, o simplemente escuchar una melodía —dijo Ewan finalmente, rompiendo el silencio—, estaré aquí. Este lugar, este claro… es donde encuentro mi paz. Y si puede ayudarte también a ti, entonces será aún más especial.

Morag levantó la mirada, y por primera vez en mucho tiempo, una pequeña sonrisa asomó en sus labios. Había algo en Ewan que la tranquilizaba, que la hacía sentir menos sola en su dolor.

—Gracias, Ewan —respondió, con sinceridad—. Creo que aceptaré tu oferta. La música… y la

compañía, son exactamente lo que necesito ahora.

Ewan asintió, sintiendo que, de alguna manera, su propio camino se entrelazaba ahora con el de Morag. Mientras la observaba alejarse por el sendero, su mente ya comenzaba a formar una nueva melodía, una que capturara el espíritu de la mujer que acababa de conocer, su tristeza, su fortaleza, y la chispa de esperanza que había empezado a resurgir en su interior.

Mientras tocaba las primeras notas de esa nueva canción, Ewan supo que aquel encuentro no había sido casual. El destino, en su misteriosa manera, había decidido unirlos, y aunque no sabía adónde los llevaría, estaba dispuesto a seguir ese camino, guiado por la música que nacía de su alma y por el vínculo que acababa de forjar con Morag Campbell.

Capítulo 2: Un Encuentro Inesperado

El mercado del pueblo bullía de actividad bajo el cielo azul de las Highlands. Los puestos estaban abarrotados de productos frescos: verduras, frutas, carnes y pescados, mientras los vendedores llamaban la atención de los compradores con voces animadas. El aire estaba impregnado de una mezcla de aromas, desde el dulce olor de las manzanas hasta el fragante perfume de las hierbas frescas que se exhibían en grandes cestas de mimbre. Era un lugar vibrante, lleno de vida y color, un contraste marcado con la quietud solitaria del bosque donde Ewan MacLeod solía encontrar refugio.

Ewan caminaba lentamente entre los puestos, con su laúd colgado a la espalda, como siempre. Sus ojos observaban todo a su alrededor, buscando detalles que pudiera transformar en música, inspiraciones fugaces que captaba en las miradas de las personas, en las interacciones entre los aldeanos, o en la simple disposición de los productos en los puestos. Para él, el mercado era un lugar donde las historias de la gente se entrelazaban, donde cada sonrisa, cada gesto, podía convertirse en una melodía o un verso.

Sin embargo, su mente volvía constantemente al encuentro que había tenido en el bosque el día anterior. La figura de Morag Campbell, con su dolor palpable y su belleza melancólica, lo había dejado profundamente conmovido. La tristeza en sus ojos seguía rondando sus pensamientos, y la melodía que había comenzado a componer para ella no lo abandonaba. Había algo en Morag que lo atraía, algo más allá de su apariencia, algo en su alma herida que resonaba con la suya propia.

Mientras vagaba por el mercado, Ewan se sorprendió al ver una figura familiar a la distancia, cerca de un puesto de telas. Era ella, Morag, con su cabello oscuro recogido en un sencillo moño, vestida con un vestido gris que reflejaba la sobriedad de su estado de ánimo. Parecía completamente ajena al bullicio que la rodeaba, su mirada perdida mientras tocaba distraídamente una pieza de tela.

Ewan se detuvo un momento, observándola sin ser visto. Algo en la forma en que sus hombros caían, en la manera en que sus dedos acariciaban la tela sin verdadero interés, le decía que el dolor que había visto en ella el día anterior seguía presente, tan fuerte como siempre. Quería acercarse a ella, hablarle, pero había algo en su porte que lo hizo dudar. Morag no parecía la misma mujer que había conocido en el bosque, aquella que había mostrado un atisbo de vulnerabilidad y gratitud. Ahora, su rostro estaba cerrado, sus ojos fríos y distantes, como si hubiera levantado un muro entre ella y el mundo.

Finalmente, reuniendo valor, Ewan avanzó hacia ella, con una sonrisa suave en los labios, esperando no asustarla. Se detuvo a su lado, fingiendo interés en las telas que Morag examinaba.

—Buenas tardes, Morag —saludó, con una voz cálida y amigable, aunque sin querer invadir su

espacio.

Morag levantó la vista, sorprendida al reconocer a Ewan. Sus ojos se entrecerraron ligeramente, y aunque una sombra de reconocimiento cruzó su rostro, no mostró la misma calidez que había visto en ella el día anterior.

—Ewan MacLeod —respondió con una inclinación de cabeza—. No esperaba verte aquí.

Había algo en su tono, una frialdad que lo desanimó momentáneamente, pero Ewan no dejó que eso lo detuviera. Podía ver más allá de esa fachada, sabía que su frialdad era solo una forma de protegerse.

—El mercado es un buen lugar para encontrar inspiración —dijo Ewan, señalando a su alrededor —. Tantas vidas cruzándose, tantas historias esperando ser contadas.

Morag asintió ligeramente, pero su mirada volvía a ser distante, como si estuviera atrapada en un lugar muy lejano, incluso mientras permanecía de pie junto a él.

—Supongo que sí —murmuró—. Pero hoy no estoy de humor para historias.

Ewan la observó, notando la tensión en sus hombros, la tristeza que seguía reflejada en sus ojos. Se dio cuenta de que acercarse a ella no sería fácil, que Morag había construido una barrera para protegerse del dolor, una barrera que él no sabía cómo derribar.

—A veces, es en los momentos en que menos queremos escuchar historias cuando más las necesitamos —dijo Ewan, con un tono suave y comprensivo—. La música, por ejemplo, puede ayudarnos a expresar lo que no podemos decir con palabras.

Morag lo miró por un momento, sus ojos fijos en los suyos. Había algo en la mirada de Ewan que la desarmaba, una sinceridad que no estaba acostumbrada a encontrar en los demás. Sin embargo, no estaba lista para abrirse, no con él, no con nadie. La pérdida de su esposo aún era una herida demasiado profunda, una que no estaba segura de cómo sanar.

—Agradezco tu intención, Ewan —dijo finalmente, su tono volviéndose más firme—, pero hay cosas que la música no puede curar.

Ewan sintió el peso de sus palabras, el dolor oculto en ellas. Quería decirle que entendía, que él mismo había sentido ese tipo de dolor, pero sabía que ahora no era el momento. Morag necesitaba tiempo, y él estaba dispuesto a dárselo.

—Lo sé —respondió Ewan, asintiendo lentamente—. Pero si alguna vez sientes que la música puede ayudarte, o si simplemente necesitas alguien con quien hablar, estaré aquí.

Morag lo observó en silencio, evaluándolo, como si intentara decidir si podía confiar en él. Finalmente, asintió con una leve inclinación de cabeza, pero sus ojos seguían siendo cautelosos, distantes.

—Gracias, Ewan —dijo, con una cortesía que no podía ocultar la reserva que aún mantenía—. Quizás en otro momento.

Ewan comprendió que no podía forzar una conexión, que Morag necesitaba espacio. Pero algo dentro de él se negaba a rendirse, una parte que sabía que había algo más allá de la tristeza en sus ojos, algo que valía la pena descubrir.

—Tomaré tu palabra —dijo con una sonrisa amable—. Cuídate, Morag.

Morag asintió una vez más, antes de girar y alejarse lentamente por el mercado, su figura desapareciendo entre la multitud. Ewan la observó hasta que ya no pudo verla, sintiendo una mezcla de frustración y tristeza. Sabía que había más en ella, sabía que había una historia que aún no había sido contada, una melodía que aún no había sido escuchada.

Mientras Ewan se quedaba solo en medio del bullicio del mercado, sus pensamientos volvieron a Morag. No entendía del todo por qué se sentía tan atraído por ella, por qué su tristeza lo conmovía de una manera tan profunda, pero sabía que no podía ignorarlo. Había algo en su encuentro, en su breve interacción, que lo llamaba, que lo invitaba a explorar más allá de la superficie.

Decidió que, aunque Morag se mostrara distante, no la dejaría ir tan fácilmente. No podía explicarlo, pero sentía que sus destinos estaban entrelazados, que había una razón por la cual sus caminos se habían cruzado. Y aunque no sabía cómo, estaba decidido a descubrir qué era.

Con una determinación renovada, Ewan se dirigió hacia el centro del mercado, donde una fuente burbujeaba alegremente, rodeada de bancos de piedra. Se sentó en uno de ellos, sacando su laúd una vez más. Las notas comenzaron a fluir de sus dedos casi de inmediato, una melodía suave y melancólica que resonaba con la misma tristeza que había visto en los ojos de Morag.

Las personas que pasaban por el mercado se detuvieron a escuchar, atraídas por la belleza de la música. Pero Ewan no tocaba para ellos; tocaba para Morag, para el alma herida que había visto en ella, para la mujer que, a pesar de su frialdad, había dejado una impresión imborrable en él.

Mientras la música llenaba el aire, Ewan cerró los ojos y dejó que sus pensamientos se perdieran en la melodía. No sabía qué deparaba el futuro, pero estaba decidido a seguir el camino que había comenzado a trazarse, uno que lo llevaría, sin duda, más cerca de Morag, de su historia, y tal vez, solo tal vez, de una conexión que ambos necesitaban desesperadamente.

El sol comenzaba a descender en el horizonte, bañando el mercado con una luz dorada, y la música de Ewan continuaba resonando, una promesa silenciosa de que no dejaría que la tristeza de Morag quedara sin respuesta. Aunque el camino hacia ella fuera largo y difícil, él estaba dispuesto a recorrerlo, con la esperanza de que, al final, encontrarían algo hermoso en medio del dolor.

Y así, mientras el día llegaba a su fin, Ewan tocaba su laúd, dejando que su música hablara de lo que las palabras no podían expresar. La melodía flotaba en el aire, un hilo invisible que

conectaba su corazón con el de Morag, dondequiera que ella estuviera, y en ese momento, supo que no se daría por vencido.

Capítulo 3: Los Fantasmas del Pasado

El crepúsculo teñía el cielo de tonos anaranjados y púrpuras cuando Morag Campbell llegó a su cabaña, situada en un rincón apartado de las tierras altas. El aire fresco del atardecer acariciaba su rostro, pero no lograba mitigar la opresión que sentía en su pecho. La cabaña, con su techo de paja y paredes de piedra, era pequeña y modesta, rodeada de un jardín que alguna vez había florecido con la vitalidad de la vida, pero que ahora estaba cubierto de maleza. Morag se detuvo frente a la puerta, sus ojos fijos en la madera gastada, como si dudara en entrar.

Finalmente, con un suspiro que parecía arrastrar consigo toda la tristeza que cargaba, empujó la puerta y entró. El interior de la cabaña estaba sumido en la penumbra, iluminado apenas por la luz moribunda que se filtraba por las ventanas. Cada rincón, cada mueble, cada objeto en la estancia parecía contener ecos de una vida que ya no existía, una vida que Morag había amado profundamente y que le había sido arrebatada de la manera más cruel.

La cabaña, que alguna vez había sido un hogar cálido y acogedor, ahora era un recordatorio constante de su pérdida. Morag dejó caer su capa sobre una silla y se acercó a la chimenea, donde las cenizas del último fuego yacían frías. Sus manos temblaron ligeramente mientras encendía una pequeña llama, observando cómo las sombras en la habitación se movían y danzaban con la luz parpadeante.

Mientras el fuego crecía, sus ojos se posaron en la repisa de la chimenea, donde descansaba un retrato pintado a mano de su difunto esposo. Era una imagen simple, pero capturaba su esencia perfectamente: su sonrisa cálida, sus ojos brillantes llenos de amor y compasión. Morag sintió un nudo en la garganta al recordar el día en que había hecho esa pintura, en uno de esos días dorados que ahora parecían pertenecer a otra vida.

Se dejó caer en una silla cercana, sin apartar la mirada del retrato, y permitió que los recuerdos inundaran su mente, llevándola de vuelta a aquellos días felices antes de la tragedia.

***

Era una mañana de verano, y el sol brillaba intensamente sobre las Highlands, bañando el paisaje en una luz dorada. Morag estaba en el jardín, arrancando hierbas para preparar una de sus pociones, cuando su esposo, Angus, apareció detrás de ella, rodeándola con sus brazos fuertes.

—¿Por qué siempre te encuentro trabajando cuando el sol brilla de esta manera? —susurró Angus, con una sonrisa en los labios.

Morag rió suavemente, recostándose contra él mientras disfrutaba de la calidez de su abrazo. —Porque hay mucho que hacer, y tú sabes que no puedo quedarme quieta por mucho tiempo.

Angus la giró suavemente hacia él, mirándola a los ojos con una devoción que siempre lograba

derretir cualquier preocupación que tuviera. —Lo sé, pero a veces me gustaría que te tomaras un respiro, que disfrutáramos de estos días juntos, sin más preocupaciones que el tiempo que pasa.

Morag suspiró, dejando las hierbas a un lado y tomando las manos de Angus entre las suyas. —Lo haré, te lo prometo. Pero sabes que este jardín… este hogar… son mi forma de mostrarte cuánto te amo. Cada flor que planto, cada remedio que preparo, lo hago pensando en nosotros, en nuestro futuro.

Angus sonrió, asintiendo con comprensión. —Y eso es lo que más amo de ti, Morag. Tu fuerza, tu dedicación. Pero recuerda, mi amor, que nuestro futuro también necesita momentos como este, momentos en los que solo seamos tú y yo, disfrutando de lo que hemos construido juntos.

Morag asintió, sintiendo una ola de amor y gratitud por el hombre que tenía frente a ella. —Tienes razón, Angus. Dejemos el trabajo por hoy. Vamos a disfrutar de este día.

Pasaron el resto del día juntos, caminando por las colinas, riendo, hablando de sus sueños y esperanzas. Se sentaron junto al río, con los pies descalzos en el agua fría, mientras el sol descendía lentamente hacia el horizonte. Era uno de esos días en los que la vida parecía perfecta, sin nubes en el cielo ni preocupaciones en el corazón.

Esa noche, al regresar a su cabaña, encendieron un fuego en la chimenea y se acurrucaron juntos en la alfombra, mientras Angus le contaba historias de su infancia, de sus travesuras y aventuras. Morag se reía con cada anécdota, sintiendo que el mundo entero cabía en ese pequeño espacio junto a él.

—Prométeme que siempre estaremos así, Angus —dijo Morag, su voz suave y llena de una esperanza casi infantil.

Angus la miró con seriedad, sus ojos reflejando la luz del fuego. —Te lo prometo, Morag. Pase lo que pase, siempre estaré contigo.

Esa promesa había sido su ancla, su consuelo en los días difíciles, hasta que la tragedia golpeó con una fuerza implacable.

***

Morag cerró los ojos, apretando los puños en un intento de contener las lágrimas que amenazaban con brotar. Pero era inútil. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras los recuerdos se entrelazaban con el dolor, formando una maraña de emociones que la asfixiaba.

La muerte de Angus había sido repentina e injusta. Un accidente durante una tormenta, un árbol que cayó sobre él mientras trabajaba en el bosque. Morag nunca había podido despedirse, nunca había tenido la oportunidad de decirle una última vez cuánto lo amaba. El vacío que dejó en su vida era insondable, y cada día desde entonces había sido una lucha por encontrar algún sentido en un mundo que parecía haberse vuelto completamente oscuro.

Los días después de su muerte habían sido un torbellino de dolor, de funerales y condolencias

que no lograban consolarla. Había pasado noches enteras llorando en la oscuridad, sintiendo que su corazón se rompía en mil pedazos cada vez que recordaba su sonrisa, su risa, el calor de su abrazo. Y aunque con el tiempo las lágrimas se habían vuelto menos frecuentes, el dolor no había disminuido; simplemente se había vuelto parte de ella, como una sombra constante que la seguía a todas partes.

Morag se levantó de la silla y caminó hacia la ventana, mirando el jardín que alguna vez había sido su orgullo y alegría. Las flores que Angus había plantado juntos estaban marchitas, las hierbas que solía cuidar con tanto esmero ahora crecían desordenadas y sin atención. Era un reflejo de su vida, un testimonio de cómo todo había cambiado desde que él se fue.

—¿Qué haré ahora? —susurró al aire, su voz rota y llena de desesperanza.

Sabía que debía seguir adelante, que eso es lo que Angus hubiera querido para ella. Pero el peso del dolor, la sensación de estar sola en un mundo que ya no reconocía, la habían paralizado. Cada intento de avanzar parecía inútil, cada paso hacia el futuro se veía ensombrecido por la ausencia de su esposo.

Sin embargo, en medio de su tristeza, algo se agitaba en lo más profundo de su ser. Un deseo de encontrar alguna forma de consuelo, alguna manera de honrar la memoria de Angus sin permitir que el dolor la destruyera por completo. Recordó la música que había escuchado en el mercado, la melodía que Ewan MacLeod había tocado con tanta pasión y sentimiento. Había sido un pequeño destello de luz en su oscuridad, un recordatorio de que, tal vez, la vida aún tenía algo que ofrecerle, aunque no supiera qué era.

Morag sabía que no podía seguir viviendo así, atrapada en el pasado, dejando que el dolor definiera cada aspecto de su existencia. Angus no querría eso para ella, lo sabía en lo más profundo de su corazón. Pero dejar ir ese dolor, permitir que su vida avanzara sin él, era la tarea más difícil que había enfrentado.

Se giró hacia la chimenea, el retrato de Angus mirándola desde la repisa. Con un gesto tembloroso, alargó la mano y tomó el retrato, sosteniéndolo contra su pecho. Se dejó caer de nuevo en la silla, las lágrimas cayendo libremente mientras susurraba palabras que solo ella podía escuchar.

—Te extraño tanto, Angus. No sé cómo seguir sin ti. Pero intentaré… por ti.

Morag permaneció así, acunando el retrato como si fuera un tesoro precioso, hasta que las lágrimas cesaron y la calma regresó. Sabía que el camino por delante sería largo y lleno de desafíos, pero en ese momento, con la imagen de su esposo cerca de su corazón, decidió que debía intentarlo.

El dolor nunca desaparecería por completo, lo sabía, pero tal vez, con el tiempo, aprendería a vivir con él, a encontrar momentos de paz y felicidad a pesar de su ausencia. Angus siempre estaría con ella, en sus recuerdos, en su amor, en el legado que habían construido juntos. Y aunque nunca podría reemplazar lo que había perdido, tal vez podría encontrar una nueva razón

para vivir, un nuevo propósito que le diera fuerza para seguir adelante.

Morag se levantó de la silla, colocó con cuidado el retrato de nuevo en la repisa, y se acercó a la ventana. La noche había caído, y el cielo estaba cubierto de estrellas, como si el universo estuviera tratando de recordarle que, incluso en la oscuridad más profunda, siempre había luz.

Respiró hondo, sintiendo cómo el aire fresco llenaba sus pulmones, y por primera vez en mucho tiempo, sintió un pequeño atisbo de esperanza. No sabía lo que el futuro le deparaba, pero estaba dispuesta a enfrentarlo, un día a la vez, con los recuerdos de Angus como su guía y la melodía de Ewan como su consuelo.

Con ese pensamiento, Morag se dirigió a su cama, dispuesta a descansar y a enfrentar un nuevo día con una fuerza renovada. No sería fácil, pero tenía la determinación de intentarlo. Porque, en el fondo, sabía que Angus estaría orgulloso de ella, y eso era todo lo que necesitaba para seguir adelante.

Capítulo 4: La Canción del Dolor

El gran salón del castillo MacLeod estaba lleno de vida esa noche, con el calor de las antorchas iluminando las paredes de piedra y reflejando el brillo de los estandartes del clan que colgaban en lo alto. Las mesas largas, dispuestas a lo largo del salón, estaban cargadas de platos sencillos pero abundantes, y el sonido de las conversaciones y risas resonaba en el aire. Era una noche especial, una en la que la música y la poesía se entrelazaban para honrar las antiguas tradiciones de las Highlands.

Ewan MacLeod estaba en un rincón del salón, observando con una leve sonrisa en los labios cómo los miembros de su clan disfrutaban de la velada. La música era su refugio, su manera de conectar con el mundo cuando las palabras no eran suficientes. Pero esa noche, había algo diferente en su ánimo, una quietud interna que no había sentido en mucho tiempo. Desde su encuentro con Morag, una mujer cuya tristeza lo había tocado profundamente, Ewan había encontrado una inspiración que lo había llevado a componer una nueva melodía, una canción que sentía la necesidad de compartir.

Mientras afinaba su laúd, sus dedos se movían con una destreza que provenía de años de práctica, pero su mente estaba concentrada en otra cosa. Pensaba en Morag, en la profundidad de su tristeza y en la soledad que la rodeaba. Sabía que esa canción era para ella, aunque no lo supiera.

Finalmente, llegó el momento. Los murmullos en el salón comenzaron a desvanecerse cuando Alasdair, su hermano mayor, se levantó y pidió silencio.

—Esta noche, tenemos el honor de escuchar una nueva canción de nuestro propio Ewan MacLeod —anunció Alasdair con su voz fuerte y firme, que se hizo eco en las paredes del salón —. Una canción que, estoy seguro, tocará los corazones de todos nosotros.

Ewan inclinó la cabeza en agradecimiento y se adelantó, ocupando el centro del salón. El silencio que se produjo era tan completo que podía escuchar el crepitar de las antorchas y el susurro del viento fuera de las ventanas. Se tomó un momento para mirar a los presentes, y sus ojos se encontraron brevemente con los de Morag, quien estaba sentada discretamente al fondo, casi escondida entre las sombras. Su presencia lo sorprendió, pero también le dio la fuerza que necesitaba.

Con un suspiro silencioso, Ewan cerró los ojos y dejó que sus dedos comenzaran a deslizarse sobre las cuerdas del laúd. La primera nota resonó suavemente, seguida de otra, y luego otra, hasta que una melodía melancólica llenó el aire. Era una canción que hablaba de pérdida, de un amor que había sido arrancado por las manos crueles del destino, y del dolor que quedaba cuando el corazón se partía.

La voz de Ewan se unió a la música, baja y cargada de emoción. Cantaba sobre las noches solitarias, cuando el recuerdo del ser amado era la única compañía, y sobre los días interminables en los que la esperanza parecía un sueño lejano. Las palabras fluían de él con una sinceridad que hacía que cada nota, cada verso, se sintiera como un susurro en el oído de cada persona presente.

Morag, al escuchar la primera estrofa, sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. La canción parecía hablar directamente de su vida, de las emociones que había intentado enterrar. A medida que las palabras de Ewan se adentraban en su corazón, las barreras que había construido comenzaron a desmoronarse. Las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo empezaron a acumularse en sus ojos, y aunque luchó por contenerlas, no pudo evitar que una o dos se deslizaran por sus mejillas.

Ewan abrió los ojos un momento y vio la reacción de Morag. Era lo que había esperado, aunque no se sintió triunfante por ello. Su objetivo no era hacerla llorar, sino mostrarle que no estaba sola en su dolor. Que alguien más comprendía lo que significaba perder a alguien tan importante, tan vital para la propia existencia.

A medida que la canción avanzaba, el salón permanecía en un silencio reverente. Nadie hablaba, nadie se movía, todos estaban atrapados por la intensidad de la melodía y la emotividad de la voz de Ewan. Era como si el tiempo mismo se hubiera detenido, permitiendo que la música llenara cada rincón del espacio, cada rincón de sus almas.

Morag cerró los ojos, dejándose llevar por la música. Los recuerdos de su difunto esposo, Angus, se agolparon en su mente. Lo vio tal como había sido: fuerte, amable, lleno de vida y amor por ella. Recordó sus risas, sus conversaciones bajo la luz de la luna, sus promesas de un futuro juntos. Pero esos recuerdos, que una vez le habían traído consuelo, ahora solo le provocaban un dolor profundo y lacerante.

Pero en ese dolor, también encontró algo más. Encontró una conexión con la música de Ewan, una comprensión de que el dolor que sentía no era único, que otros también habían sufrido, habían perdido. Y en esa comprensión, comenzó a vislumbrar la posibilidad de que su dolor pudiera algún día transformarse en algo más, algo que pudiera ser soportado, aunque nunca olvidado.

Ewan terminó la canción con una última nota que se desvaneció en el silencio. Abrió los ojos de nuevo, y esta vez, los mantuvo fijos en Morag. Había una intensidad en su mirada, una silenciosa promesa de que, si lo permitía, estaría allí para ella, para ayudarla a llevar el peso de su dolor.

El salón estalló en aplausos, pero Morag apenas los registró. Sus pensamientos estaban conmovidos por lo que acababa de experimentar, y cuando Ewan bajó la vista y se inclinó ligeramente en agradecimiento, ella supo que debía irse. Necesitaba procesar lo que había sentido, lo que esa canción había desatado en su corazón.

Se levantó con calma, intentando no llamar la atención, y salió del salón. El aire fresco de la noche la recibió como un bálsamo, pero el nudo en su garganta seguía ahí. Se detuvo al pie de las escaleras del castillo, respirando profundamente, intentando recuperar el control.

Ewan la vio marcharse, y sin pensarlo dos veces, dejó el laúd a un lado y la siguió. La encontró afuera, mirando hacia el cielo estrellado, su figura envuelta en la penumbra de la noche. Se acercó a ella con cautela, consciente de que cualquier palabra o gesto malinterpretado podría hacerla alejarse de nuevo.

—Morag —dijo suavemente, parándose a su lado—. No quería molestarte, solo... quería saber si estás bien.

Morag no lo miró de inmediato. Se mantuvo en silencio, sus pensamientos todavía revoloteando por la mente. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, habló.

—No lo sé, Ewan. No sé si alguna vez volveré a estar bien.

Ewan asintió, sintiendo la gravedad de sus palabras.

—No puedo pretender entender completamente lo que has pasado —admitió—, pero quiero que sepas que no estás sola. Lo que sientes... no tienes que cargarlo todo tú sola.

Morag giró la cabeza lentamente hacia él, sus ojos aún brillantes por las lágrimas que había derramado.

—Tu canción... —comenzó, su voz quebrándose ligeramente—. Fue hermosa, Ewan. Dolorosa, pero hermosa. Me hizo... sentir cosas que no había sentido en mucho tiempo.

—Eso es lo que quería —dijo Ewan con una sonrisa triste—. No quería hacerte daño, Morag. Solo... solo quería que supieras que hay alguien que comprende, que te comprende.

Morag lo miró a los ojos, buscando algún rastro de falsedad, pero solo encontró sinceridad en su expresión. Eso la sorprendió y, de alguna manera, la reconfortó. Aun así, el miedo a abrirse, a dejar que alguien entrara en su vida, la mantenía en guardia.

—Ewan, no sé si estoy lista para compartir mi dolor con nadie —confesó, su voz apenas un susurro.

—No tienes que estarlo —respondió él, suavemente—. No te estoy pidiendo que lo hagas ahora, ni siquiera mañana. Solo quiero que sepas que, si alguna vez sientes que necesitas hablar, o simplemente estar en compañía de alguien que te escuche, estaré aquí.

Morag asintió lentamente, dejando que sus palabras se asentaran en su mente. Había algo en la quietud de la noche, en la forma en que la brisa suave acariciaba su rostro, que la hacía sentir un poco menos abrumada, un poco más dispuesta a considerar la posibilidad de abrirse, de dejar entrar a alguien en su vida otra vez.

—Gracias, Ewan —dijo finalmente, con una pequeña sonrisa que apenas curvaba sus labios—. Lo aprecio más de lo que puedes imaginar.

Ewan sintió una calidez en su pecho al ver su sonrisa, aunque fuera tan pequeña. Sabía que Morag necesitaba tiempo, y estaba dispuesto a dárselo. No había prisa, no había expectativas

. Solo quería estar allí para ella, de la manera que ella necesitara.

—Siempre, Morag —respondió—. Siempre.

Morag asintió una vez más, y luego, con un suspiro profundo, se volvió hacia las escaleras del castillo.

—Es tarde. Debería irme a casa.

—Déjame acompañarte —ofreció Ewan, esperando que no lo rechazara.

Morag vaciló por un momento, pero finalmente asintió. Caminaron juntos en silencio, el sonido de sus pasos resonando suavemente en la noche. Ewan sintió una paz que no había experimentado en mucho tiempo, una sensación de que, tal vez, estaba en el camino correcto, haciendo algo que realmente importaba.

Cuando llegaron a la puerta de la cabaña de Morag, se despidieron con una simple inclinación de cabeza. No hicieron falta más palabras. Morag se adentró en la seguridad de su hogar, y Ewan la observó hasta que cerró la puerta detrás de ella.

Caminó de regreso al castillo con una sensación de satisfacción tranquila. Sabía que aún quedaba un largo camino por recorrer, pero esa noche había dado un paso importante, no solo para acercarse a Morag, sino para entender su propio lugar en el mundo.

La noche seguía siendo joven, y las estrellas brillaban con fuerza sobre las Highlands, como un recordatorio de que, incluso en la oscuridad más profunda, siempre había luz, siempre había esperanza.

Capítulo 5: La Primera Conversación

El aire de la noche en las Highlands era fresco y limpio, cargado con el sutil aroma de las flores que aún se aferraban a la última luz del día. Las estrellas comenzaban a brillar tímidamente en el cielo, creando un contraste mágico con las sombras que se alargaban en los jardines del castillo MacLeod. Morag caminaba en silencio, dejando que sus pasos la guiaran a través de los senderos de grava que serpenteaban entre los setos bien cuidados y las fuentes de agua que susurraban suavemente en la oscuridad.

El evento en el salón había sido emocionalmente agotador para ella. La música de Ewan había tocado fibras que creía dormidas, despertando recuerdos y sentimientos que había intentado sepultar bajo capas de indiferencia y soledad. Pero ahora, lejos del bullicio del castillo, rodeada solo por la quietud de la naturaleza, Morag se sentía expuesta, vulnerable.

No había caminado mucho cuando escuchó pasos ligeros detrás de ella. Se giró lentamente, sus ojos acostumbrándose a la penumbra, y vio la figura de Ewan acercándose. Él caminaba con la misma suavidad con la que tocaba su laúd, como si no quisiera perturbar la paz del lugar. Al encontrarse con su mirada, Morag sintió una mezcla de emociones que no supo cómo manejar. Parte de ella deseaba seguir caminando, alejarse de todo lo que la hacía recordar su dolor, pero otra parte la instaba a quedarse, a escuchar lo que Ewan pudiera decirle.

—Morag —la llamó Ewan con una voz suave cuando estuvo lo suficientemente cerca—. ¿Te importaría si te acompaño?

Ella lo miró en silencio durante un momento, evaluando su propia disposición a permitirle entrar en su mundo. Finalmente, asintió con un gesto casi imperceptible y reanudó su caminata, sabiendo que él la seguiría.

Caminaron en silencio durante un tiempo, uno al lado del otro, sin que ninguno de los dos se sintiera presionado a romper el hechizo de la noche. Los jardines del castillo estaban llenos de aromas y sonidos sutiles: el murmullo del agua, el crujir de las ramas bajo sus pies, el susurro del viento entre las hojas. Pero a pesar de la belleza que los rodeaba, Morag se sentía como si una tormenta la acechara desde el interior, una tormenta de emociones que amenazaba con desbordarse.

Finalmente, Ewan fue el primero en hablar, su voz baja, casi un susurro que se mezclaba con el sonido del agua cercana.

—Sé que no es fácil —comenzó—. La pérdida, el dolor... son como sombras que nunca parecen abandonarnos.

Morag apretó los labios, sintiendo cómo sus palabras tocaban una fibra sensible en su interior. No respondió de inmediato, temerosa de que cualquier cosa que dijera pudiera hacerla

desmoronarse.

—Cada uno lidia con el dolor de manera diferente —continuó Ewan, respetando su silencio—. Pero no tienes que hacerlo sola, Morag. A veces, compartir ese peso, aunque sea solo un poco, puede hacer que sea más llevadero.

Morag detuvo su paso y se giró hacia él, su expresión tensa. Sus ojos se encontraron en la penumbra, y aunque había un muro claro entre ellos, también había algo más, algo que los conectaba de una manera que ni siquiera entendían del todo.

—No necesito que me salves, Ewan —dijo finalmente, su voz firme pero teñida de tristeza—. He aprendido a vivir con esto, a sobrevivir.

Ewan asintió, aceptando sus palabras, pero no retrocedió.

—No estoy aquí para salvarte, Morag. Solo quiero que sepas que... entiendo. Que si alguna vez quieres hablar, escucharé. Sin juzgar, sin esperar nada a cambio.

Morag lo miró fijamente, buscando en su rostro cualquier señal de compasión mal entendida o lástima, pero no encontró nada de eso. Solo vio sinceridad, una oferta de amistad y comprensión que no había anticipado. Bajó la mirada, sintiendo que la tensión en sus hombros se relajaba un poco, pero aún se resistía a dejarse llevar por la vulnerabilidad.

—Es... complicado —murmuró, más para sí misma que para él.

Ewan dio un paso más cerca, sin invadir su espacio, pero lo suficiente como para que ella sintiera su presencia reconfortante.

—Lo sé —dijo con suavidad—. Y está bien que sea complicado. No hay un camino único para superar algo así. Lo que sea que estés sintiendo, está bien.

El tono de su voz, tan lleno de comprensión, casi la desarmó. Morag se dio cuenta de que había estado construyendo muros alrededor de su corazón desde la muerte de Angus, muros que la habían protegido del dolor, pero que también la habían aislado del resto del mundo. Ahora, con Ewan parado frente a ella, esos muros se tambaleaban, amenazando con derrumbarse.

—Angus era todo para mí —confesó de repente, sin planearlo—. Él era mi razón de ser, mi... — su voz se quebró, y tuvo que apartar la mirada, sintiéndose abrumada por la marea de emociones.

Ewan no dijo nada, pero su presencia era un ancla, una constante que la mantenía firme cuando sentía que el dolor la arrastraría de nuevo a la oscuridad.

—Desde que se fue —continuó Morag, tomando aire profundamente—, ha sido como... como si una parte de mí hubiera muerto también. No sé cómo seguir adelante sin él. No sé cómo... vivir.

Sus palabras se desvanecieron en el aire, y un pesado silencio cayó entre ellos. Ewan quería encontrar las palabras adecuadas para consolarla, pero sabía que no existían palabras mágicas

que pudieran sanar una herida tan profunda.

—No tienes que saberlo ahora —dijo Ewan finalmente—. A veces, solo tienes que seguir adelante, un día a la vez, y confiar en que, de alguna manera, encontrarás tu camino.

Morag levantó la vista hacia él, su expresión vulnerable, desprovista de las defensas que había construido con tanto esmero. Por un instante, Ewan pudo ver el dolor en sus ojos, la soledad y el miedo que la consumían. Y fue en ese momento que supo que Morag no era tan diferente de él como había imaginado. Ambos eran almas perdidas, buscando consuelo en un mundo que a menudo parecía frío e implacable.

—Gracias, Ewan —dijo ella, su voz temblorosa pero sincera—. No sé por qué, pero... hablar contigo hace que todo parezca un poco más soportable.

Ewan sonrió, un gesto pequeño pero lleno de significado.

—Eso es todo lo que quiero, Morag. Que sepas que no estás sola en esto.

Morag asintió lentamente, permitiendo que sus palabras se asentaran en su mente. Era difícil aceptar la idea de no estar sola, después de tanto tiempo de aislamiento autoimpuesto. Pero en la presencia de Ewan, sentía que tal vez, solo tal vez, había una posibilidad de que la vida volviera a tener algo de luz, algo de esperanza.

El viento sopló suavemente a su alrededor, y ambos sintieron el frescor de la noche acariciar sus rostros. El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero esta vez no era incómodo ni opresivo. Era un silencio lleno de entendimiento, una pausa que les permitía procesar lo que acababan de compartir.

—Es tarde —dijo Morag finalmente, rompiendo el silencio con un suspiro—. Debería regresar a mi cabaña.

Ewan asintió, comprendiendo que ella necesitaba tiempo para asimilar todo lo que habían discutido.

—Te acompañaré hasta la salida del castillo —ofreció, sabiendo que no podía dejarla ir sola en la oscuridad.

Morag no discutió, aceptando su compañía sin reservas. Caminando juntos, dejaron los jardines y se dirigieron hacia las puertas del castillo. La luna estaba alta en el cielo, derramando su luz plateada sobre el paisaje, iluminando su camino. La noche estaba llena de promesas no dichas, de un futuro incierto pero no del todo sombrío.

Cuando llegaron a las puertas del castillo, Morag se detuvo y se giró hacia Ewan. Le agradeció con una pequeña inclinación de la cabeza, su gesto lleno de gratitud y algo más, algo que no estaba lista para nombrar.

—Buena noche, Ewan —dijo en voz baja, y luego se giró para desaparecer en la oscuridad del

camino que la llevaba de regreso a su cabaña.

Ewan la observó alejarse hasta que su figura se perdió en las sombras, su corazón sintiéndose extrañamente ligero y pesado al mismo tiempo. Sabía que lo que había compartido con Morag esa noche era solo el comienzo de algo más grande, algo que no podía prever pero que estaba decidido a explorar.

Con un último vistazo al camino por donde Morag había desaparecido, Ewan regresó al castillo, sabiendo que esa noche, había dado el primer paso hacia una nueva etapa en su vida. Una etapa en la que, por primera vez en mucho tiempo, no estaría solo.

Capítulo 6: Las Cartas de Amor

El viento aullaba suavemente fuera de la cabaña, susurrando entre las ramas de los árboles como una canción lejana, mientras el crepitar del fuego en el hogar ofrecía el único sonido cálido en el interior de la pequeña vivienda. Morag estaba sola, sentada en el suelo junto a una caja de madera desgastada por el tiempo. La caja era pequeña, apenas lo suficiente para contener un puñado de recuerdos, pero para Morag, contenía todo su mundo.

Con manos temblorosas, abrió la caja y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver lo que había dentro. Cartas, amarillentas por el paso de los años, escritas con la letra firme y familiar de Angus. Recordaba perfectamente el día en que había recibido la primera de esas cartas, una simple nota que le había dejado en su puerta durante los primeros días de su cortejo. Desde entonces, esas cartas se habían convertido en su más preciado tesoro, un vínculo tangible con el hombre que había amado más que a la vida misma.

Con el corazón apretado, Morag tomó la primera carta y la desplegó con cuidado. El pergamino crujió bajo sus dedos, y al ver la caligrafía de Angus, sintió que su pecho se comprimía. Las palabras escritas en tinta, ahora algo desvaída, resonaban en su mente como un eco lejano de la voz de su amado.

"Mi querida Morag,

No puedo dejar de pensar en ti desde que nos vimos por última vez. Tus ojos, tan llenos de vida y fuerza, han estado presentes en mis sueños cada noche. No hay un solo momento en el que no desee estar a tu lado, tomarte de la mano y caminar juntos por las tierras que tanto amas. Eres mi sol en los días más oscuros, mi refugio en las tormentas más feroces. Espero con ansias el día en que pueda llamarte mía para siempre."

Las lágrimas comenzaron a caer silenciosamente por las mejillas de Morag mientras leía. Recordaba cómo había leído esa carta una y otra vez, sintiendo que su corazón latía en sintonía con el de Angus, aunque estuvieran separados. Ahora, esas palabras eran un recordatorio cruel de lo que había perdido, de lo que nunca podría recuperar.

Dejó la carta a un lado y tomó otra, esta vez con más rapidez, como si intentara sumergirse en los recuerdos para escapar del dolor que la asolaba. Cada carta era un pedazo de su historia juntos, desde las primeras etapas de su amor hasta los días previos a su boda. Angus le había escrito con devoción, describiendo sus sentimientos con una sinceridad que Morag siempre había valorado.

"Mi amor,

Hoy estuve trabajando en los campos, pero mis pensamientos estaban contigo. Pienso en el futuro que construiremos juntos, en los hijos que tendremos y en los días que pasaremos en paz y felicidad. No puedo esperar a verte, a sostenerte en mis brazos y hacerte sentir lo mucho que te

amo. Cada día contigo es un regalo, y estoy ansioso por empezar nuestra vida juntos."

Cada palabra era como un puñal en el corazón de Morag. Mientras leía, el peso de su pérdida se hacía más insoportable. Sabía que debía ser fuerte, que no podía dejar que el dolor la consumiera, pero en ese momento, sola en su cabaña, se permitió sentir toda la tristeza que había estado guardando. Se permitió llorar por lo que había tenido y por lo que había perdido.

Pero en medio de esas lágrimas, algo cambió. Las palabras de Angus, aunque dolorosas de recordar, también le trajeron un consuelo inesperado. Habían compartido un amor profundo y verdadero, un amor que pocos podían experimentar. Aunque él ya no estaba, ese amor seguía vivo en su corazón, y en esas cartas. Angus había dejado una parte de sí mismo en cada letra, en cada palabra, y eso era algo que nadie podría quitarle.

Morag cerró los ojos y dejó que los recuerdos la envolvieran. Recordó las risas, los paseos por el campo, las noches bajo las estrellas en las que se prometían amor eterno. Recordó cómo la había sostenido en sus brazos la primera vez que confesó sus miedos, y cómo él la había tranquilizado con sus palabras suaves y su presencia constante. Angus siempre había sido su roca, su apoyo, y aunque ahora solo le quedaban recuerdos, esos recuerdos eran poderosos.

Mientras se permitía revivir esos momentos, sintió que su dolor se transformaba, no en algo menos intenso, pero sí en algo que podía manejar, algo que podía llevar consigo sin ser destruida por ello. Sabía que nunca dejaría de extrañar a Angus, que siempre habría un vacío en su vida donde él había estado, pero también sabía que debía seguir adelante, aunque solo fuera por él, porque eso es lo que él habría querido.

Dejó las cartas a un lado, una encima de la otra, como si al ordenarlas también estuviera ordenando sus pensamientos. En ese momento, decidió que no compartiría ese dolor con nadie más. Las cartas eran suyas, los recuerdos eran suyos, y no estaba lista para abrir ese capítulo de su vida a alguien más, ni siquiera a Ewan.

Ewan. Su mente se detuvo en él, el hombre que había comenzado a ocupar un espacio en su vida, a pesar de que ella había hecho todo lo posible por evitarlo. No podía negar que había algo en él que la atraía, algo en su manera de ser, en su comprensión silenciosa, que la hacía sentir que no estaba tan sola. Pero también sabía que no podía permitir que se acercara demasiado. No podía arriesgarse a perder de nuevo, a sentir un dolor que ya conocía demasiado bien.

El sonido de la puerta golpeando suavemente la sacó de sus pensamientos. Morag se secó las lágrimas rápidamente y se levantó, sintiendo una punzada de incomodidad ante la posibilidad de que fuera Ewan. No quería verlo, no ahora, no después de haber estado sumergida en los recuerdos de Angus.

Abrió la puerta con cautela y, para su sorpresa, allí estaba él. Ewan la miró con esa mezcla de calidez y preocupación que siempre la desconcertaba, como si pudiera ver a través de su fachada y entender el torbellino de emociones que luchaba por mantener bajo control.

—Morag —dijo en voz baja, como si temiera interrumpir un momento privado—. Lamento

molestar tan tarde, pero... quería asegurarme de que estás bien.

Morag sintió un nudo en la garganta, pero se obligó a sonreír, aunque la sonrisa no llegara a sus ojos.

—Estoy bien, Ewan —respondió, intentando que su voz sonara convincente—. Solo estaba... revisando algunas cosas.

Ewan asintió, pero no parecía completamente convencido.

—Si necesitas compañía, no tienes más que decirlo —ofreció, dando un paso hacia adelante—. No quiero que te sientas sola.

—No lo estoy —replicó ella, más rápidamente de lo que había planeado—. De verdad, Ewan. Estoy bien.

Él la miró en silencio por un largo momento, como si estuviera evaluando si debía insistir o respetar su espacio. Finalmente, dio un paso atrás y asintió lentamente.

—Entiendo —dijo con suavidad—. Pero recuerda, Morag, que no tienes que cargar con todo sola. No siempre, al menos.

Morag apretó los labios, sintiendo que las palabras que él no decía eran más poderosas que las que había pronunciado. Quería decirle que comprendía, que apreciaba su preocupación, pero sabía que no podía abrir esa puerta, no todavía. Había demasiado en juego, demasiado que podría perder.

—Gracias, Ewan —murmuró finalmente, su voz más suave—. Aprecio lo que haces por mí. Pero necesito este tiempo... para mí misma.

Ewan la miró, y en sus ojos Morag vio la comprensión que tanto necesitaba. No insistió, no la presionó. Solo asintió, como si entendiera que ese era su proceso, su manera de lidiar con lo que sentía.

—Está bien —dijo finalmente—. Solo quería que lo supieras.

Morag asintió en respuesta, y durante un momento, se quedaron allí, en silencio, como si ambos supieran que había más por decir, pero no encontraran las palabras adecuadas. Finalmente, Ewan dio un paso atrás y se giró para irse.

—Buenas noches, Morag —dijo suavemente, antes de alejarse por el camino que conducía de regreso al castillo.

Morag observó su figura desaparecer en la oscuridad, y cuando ya no pudo verlo, cerró la puerta con cuidado. Se apoyó en ella, sintiendo la madera fría en su espalda, y dejó escapar un suspiro profundo. Sabía que Ewan solo quería ayudarla, que su presencia era reconfortante en muchos sentidos, pero no podía dejar que se acercara más. Las cartas que había leído esa noche eran un

recordatorio de lo que había perdido, y de lo que no estaba dispuesta a perder de nuevo.

Se alejó de la puerta y regresó a la pequeña caja de madera, donde las cartas de Angus esperaban. Las guardó con cuidado, como si al hacerlo estuviera guardando también los fragmentos de su corazón. Aunque el dolor era abrumador, también era todo lo que le quedaba de él, y no estaba lista para dejarlo ir.

Apagó el fuego en el hogar y se dirigió a su cama, sintiendo el peso de la noche y de sus recuerdos sobre sus hombros. Mientras se acurrucaba bajo las mantas, una parte de ella se preguntó cuánto tiempo podría seguir alejando a Ewan, cuánto tiempo más podría soportar la soledad que había elegido para protegerse.

Pero esa noche, al menos, Morag se permitió aferrarse a los recuerdos de Angus, y aunque su corazón anhelaba algo más, se dijo a sí misma que aún no estaba lista para dejar entrar a nadie más.

Cerró los ojos, y las palabras de las cartas de amor resonaron en su mente, acunándola hasta que finalmente el sueño la venció.

Capítulo 7: Un Rayo de Esperanza

El sol de la tarde bañaba las Highlands con una luz dorada que parecía suavizar los contornos ásperos de las montañas y los valles. Las nubes, ligeras y esponjosas, flotaban perezosamente por el cielo, dejando pasar rayos de sol que iluminaban el paisaje con un resplandor casi mágico. Ewan MacLeod estaba de pie en la base de una colina que dominaba el pueblo, esperando con paciencia la llegada de Morag.

Había pasado días pensando en cómo acercarse a ella sin parecer demasiado intrusivo, y al final, había decidido invitarla a un simple paseo. La naturaleza siempre había sido su refugio, el lugar donde encontraba paz y claridad, y esperaba que pudiera ofrecerle a Morag un momento de alivio de sus pesares.

Cuando Morag apareció en la distancia, envuelta en su capa oscura, Ewan sintió una mezcla de alivio y aprehensión. Sabía que cada paso que daba hacia él era un acto de valor, una pequeña victoria en su lucha contra el dolor que la consumía.

—Gracias por venir —dijo Ewan cuando Morag llegó a su lado, su tono suave y lleno de respeto.

Morag asintió en silencio, sus ojos apenas levantándose para encontrarse con los de él. Parecía más pálida de lo habitual, como si el peso de sus pensamientos la hubiera desgastado aún más. Pero había algo en su expresión, una leve curiosidad, que indicaba que estaba dispuesta a intentarlo.

—Pensé que podríamos caminar hasta la cima de la colina —sugirió Ewan, señalando el sendero que serpenteaba suavemente hacia arriba—. Desde allí, la vista es espectacular. Siempre me ha ayudado a ver las cosas desde otra perspectiva.

Morag no respondió de inmediato, pero después de un momento, asintió lentamente. Ewan comenzó a caminar a su lado, manteniendo un ritmo tranquilo, permitiendo que el silencio entre ellos fuera cómodo y natural.

El sendero estaba cubierto de pequeñas flores silvestres que se mecían suavemente con la brisa. A medida que ascendían, el pueblo quedaba más y más pequeño, como si con cada paso se alejaban de las preocupaciones terrenales. El aire fresco y limpio llenaba los pulmones de Morag, y aunque no dijo nada, Ewan pudo ver que su postura se relajaba un poco, como si el simple acto de caminar en silencio estuviera comenzando a aliviar la tensión en su cuerpo.

Después de un rato, Ewan sacó su flauta de un bolsillo de su capa. Era un instrumento simple, hecho de madera oscura y pulida, pero en sus manos se transformaba en un medio para expresar emociones que no podían ponerse en palabras.

—¿Te importa si toco algo? —preguntó, buscando su aprobación.

Morag lo miró con una mezcla de sorpresa y curiosidad, pero asintió. No esperaba que él hiciera esa pregunta, pero apreciaba el gesto de consideración. Ewan levantó la flauta a sus labios y comenzó a tocar una melodía suave y alegre que parecía mimetizarse con la naturaleza que los rodeaba.

La música fluyó como un arroyo, ligera y refrescante, acariciando los oídos de Morag y llevándola a un lugar donde el dolor no era tan abrumador. Ewan tocaba con los ojos cerrados, permitiendo que la música lo guiara, confiando en que las notas encontraran su camino hacia el corazón de Morag.

Al principio, Morag escuchó con una especie de desconcierto. No estaba acostumbrada a sentir algo tan ligero, tan ajeno a la tristeza que había llegado a conocer como su única compañía. Pero mientras la música continuaba, algo dentro de ella comenzó a cambiar. Sentía como si una grieta en su muro de dolor se hubiera abierto, permitiendo que un rayo de luz entrara en su oscuridad.

Ewan, aún con los ojos cerrados, tocaba como si estuviera vertiendo su propio corazón en la melodía. Pensaba en Morag, en su tristeza, y deseaba con todo su ser poder aliviar aunque fuera un poco de su carga. La música era su forma de conectarse con el mundo, de comunicar lo que las palabras no podían. Y en ese momento, su única intención era hacer que Morag sintiera algo más que dolor, aunque fuera solo por un instante.

Cuando terminó la melodía, bajó la flauta y abrió los ojos, encontrando a Morag mirándolo. Había algo diferente en su expresión, algo que Ewan no había visto antes. Sus labios, normalmente tensos en una línea delgada, se habían relajado, y aunque la sonrisa que asomaba era apenas perceptible, era real.

—Es... bonita —dijo Morag finalmente, su voz suave, como si tuviera miedo de romper el hechizo de la música.

—Me alegra que te haya gustado —respondió Ewan con una sonrisa genuina—. Pensé en ti cuando la compuse.

Morag lo miró, sorprendida, y sus ojos se encontraron por un momento que pareció eterno. Era la primera vez que Ewan mencionaba directamente lo que había hecho por ella, y aunque la idea de que alguien pensara en ella de esa manera la incomodaba, también la conmovía profundamente.

—No sé qué decir —admitió Morag, desviando la mirada hacia el horizonte, donde el sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados.

—No tienes que decir nada —respondió Ewan con suavidad—. Solo quiero que sepas que estoy aquí, y que me importas. No tienes que cargar con todo sola, Morag.

Las palabras de Ewan se deslizaron en su corazón con una delicadeza que ella no esperaba. Durante tanto tiempo, había llevado su dolor como un manto, protegiéndose del mundo, de las expectativas de los demás, y sobre todo, del riesgo de volver a abrirse. Pero había algo en Ewan,

en su honestidad y en la forma en que la miraba, que hacía que sus defensas comenzaran a tambalearse.

—Eres un hombre bueno, Ewan —dijo finalmente, sin mirarlo—. Y creo que eres el primero en mucho tiempo que me dice que le importo sin esperar nada a cambio.

Ewan se acercó un poco más, no lo suficiente como para invadir su espacio personal, pero sí lo suficiente como para que Morag sintiera su calidez.

—No espero nada, Morag —dijo con sinceridad—. Solo quiero que seas feliz, como sea que eso tenga que suceder.

Morag cerró los ojos por un momento, sintiendo el peso de esas palabras. Era un sentimiento extraño, sentirse comprendida y aceptada sin condiciones, sin que nadie intentara cambiarla o forzarla a ser algo que no era. Había olvidado lo que se sentía.

—No sé si puedo ser feliz otra vez —admitió, su voz apenas un susurro—. No después de todo lo que he perdido.

—Lo sé —respondió Ewan, su voz llena de empatía—. No puedo imaginar lo que has pasado, pero sí sé que eres una mujer fuerte, y que si alguien puede encontrar un camino a través del dolor, eres tú.

Morag sintió un nudo en la garganta, pero esta vez no era solo tristeza lo que la abrumaba. Había algo más, una mezcla de gratitud y esperanza que no había sentido en mucho tiempo. Abrió los ojos y miró a Ewan, viendo en él no solo al hombre que había intentado acercarse a ella, sino a alguien que estaba dispuesto a caminar a su lado, sin importar cuán difícil fuera el camino.

—Gracias —dijo, y esta vez su voz no tembló—. Gracias por estar aquí, por ser... tú.

Ewan sonrió, y esa sonrisa fue como el sol rompiendo entre las nubes. Sabía que ese pequeño gesto de gratitud significaba más de lo que Morag podía expresar con palabras.

—Siempre, Morag —respondió—. Siempre.

Se quedaron allí, en la cima de la colina, mirando cómo el sol se hundía en el horizonte, dejando atrás un cielo estrellado. El silencio entre ellos no era incómodo, sino lleno de promesas no dichas, de una conexión que iba más allá de las palabras.

Finalmente, cuando el frío de la noche comenzó a hacerse sentir, Morag suspiró profundamente y se volvió hacia Ewan.

—Es tarde. Debería regresar a casa.

—Déjame acompañarte —ofreció Ewan, con la esperanza de que no lo rechazara.

Morag vaciló por un momento, pero luego asintió. Comenzaron a descender la colina en silencio,

sus pasos suaves sobre la hierba húmeda. El aire fresco acariciaba sus rostros, y Ewan sentía una paz interior que hacía mucho tiempo no experimentaba. Sabía que no había solucionado todos los problemas de Morag, pero al menos había logrado que sonriera, aunque fuera brevemente.

Cuando llegaron a la puerta de la cabaña de Morag, se despidieron con una simple inclinación de cabeza, como si entendieran que no hacían falta más palabras. Morag entró en su cabaña, y Ewan se quedó afuera, observando cómo la luz de la chimenea se encendía en el interior, proyectando sombras cálidas a través de las ventanas.

Ewan se quedó allí un momento más, contemplando la noche estrellada antes de girarse y caminar de regreso al pueblo. Había algo diferente en él ahora, una nueva determinación y una sensación de que, quizás, estaba comenzando algo nuevo, algo que ni siquiera él podía prever por completo.

Morag, por su parte, se sentó junto al fuego, sintiendo una calidez en su corazón que no había experimentado en años. Mientras miraba las llamas danzar, pensó en las palabras de Ewan, en la sinceridad de su voz, y por primera vez desde que perdió a su esposo, se permitió soñar con la posibilidad de un futuro donde no estuviera sola.

Con un suspiro, Morag cerró los ojos y dejó que el silencio de la noche la envolviera. Quizás, solo quizás, había un rayo de esperanza después de todo.

Capítulo 8: El Peso del Silencio

Morag cerró la puerta de su cabaña tras ella, apoyando la espalda contra la madera fría mientras su corazón martilleaba en su pecho. La cálida luz de la chimenea iluminaba la pequeña estancia, proyectando sombras danzantes en las paredes de piedra. Sin embargo, la sensación de calor y seguridad que solía acompañarla al entrar en su hogar no se materializó esa noche. En su lugar, un torbellino de emociones la envolvía, dejándola incapaz de encontrar la paz que tanto anhelaba.

Las palabras y la melodía de Ewan seguían resonando en su mente, invadiendo cada rincón de sus pensamientos. Había algo en su sinceridad, en la suavidad de su voz y en la manera en que la miraba, que había removido sentimientos que Morag había enterrado profundamente tras la muerte de su esposo. Sentimientos que pensaba que nunca volvería a experimentar.

Se acercó al fuego, observando cómo las llamas lamían los troncos, y se abrazó a sí misma, tratando de mantener el control. Pero las emociones eran abrumadoras, y las lágrimas que había logrado contener durante su paseo comenzaron a caer en silencio. Morag se dejó caer en la silla junto al hogar, su cuerpo temblando mientras sollozaba con fuerza, dejando que la angustia y la confusión la dominaran.

"No puedo hacerlo otra vez", pensó, repitiendo las palabras como un mantra. No podía permitirse volver a sentir, volver a amar, solo para perderlo todo nuevamente. La mera idea de abrir su corazón y luego enfrentarse a otro vacío, otro abismo de dolor, la aterrorizaba más que cualquier otra cosa.

El recuerdo de Angus, su difunto esposo, llenaba su mente. Recordó sus risas, sus palabras cariñosas, la forma en que la hacía sentir segura y amada. Pero esos recuerdos, que antes le traían consuelo, ahora se mezclaban con el miedo y la tristeza. El dolor de su pérdida era un peso constante, un recordatorio de lo que había perdido y de lo frágil que era la felicidad.

Se levantó de la silla y comenzó a caminar por la cabaña, incapaz de quedarse quieta. Cada objeto en la pequeña habitación parecía contar la historia de su vida pasada, y la agobiaba la sensación de que esa vida estaba demasiado lejos, como si perteneciera a otra persona.

Finalmente, se detuvo ante una pequeña caja de madera que había guardado durante años. Se arrodilló junto a ella, pasando los dedos por la superficie lisa antes de abrirla. Dentro, cuidadosamente dobladas, estaban las cartas de amor que Angus le había escrito durante su cortejo. Cartas llenas de promesas, de sueños compartidos, de una vida que habían construido juntos.

Con manos temblorosas, sacó una de las cartas y la desplegó. La letra de Angus, firme y segura, le trajo una oleada de nostalgia y dolor al mismo tiempo. Mientras leía las palabras, se dio cuenta

de que no había dejado de amar a Angus, y ese amor que aún sentía era lo que la mantenía atada al pasado, incapaz de avanzar.

Pero entonces, la imagen de Ewan apareció en su mente, confundiéndola aún más. ¿Cómo podía siquiera considerar la posibilidad de sentir algo por otro hombre cuando su corazón aún pertenecía a Angus? No era justo para él, ni para ella misma.

Las lágrimas cayeron sobre la carta, borrosas por la mezcla de tristeza y confusión. Morag sabía que debía tomar una decisión. No podía seguir permitiendo que Ewan se acercara más a ella, no cuando su corazón estaba tan destrozado y lleno de miedo. Necesitaba protegerse, proteger ese pequeño rincón de su alma que aún se aferraba a los recuerdos de su esposo.

—No puedo hacerlo —murmuró para sí misma, su voz temblorosa—. No puedo arrastrarlo a este dolor... ni a él, ni a mí.

Decidida, Morag dobló la carta con cuidado y la guardó en la caja, cerrándola con una firmeza que reflejaba su determinación. Luego se levantó y caminó hasta la ventana, mirando hacia el exterior. La noche era oscura y silenciosa, y el mundo parecía estar en paz, ajeno a la tormenta interna que ella estaba viviendo.

Ewan tenía que mantenerse alejado. Tenía que entender que ella no podía darle lo que él buscaba, que no era capaz de abrir su corazón nuevamente, no cuando aún estaba tan destrozado. Y lo mejor que podía hacer, tanto por él como por ella misma, era distanciarse, alejarse antes de que las cosas se complicaran aún más.

Con ese pensamiento en mente, Morag decidió que no volvería a verlo. No respondería a sus invitaciones, no se dejaría llevar por su música ni por sus palabras amables. Se aislaría aún más, y aunque la soledad era un peso difícil de llevar, era el único escudo que tenía contra el dolor.

A la mañana siguiente, se levantó temprano, mucho antes de que el sol comenzara a iluminar las Highlands. El cielo aún estaba teñido de un azul oscuro, y el aire era frío, cortante. Pero Morag lo agradeció; la dureza del clima parecía adecuada para la decisión que había tomado.

Se vistió con ropa sencilla, sin la intención de ir al pueblo ese día. Se quedaría en su cabaña, rodeada por los recuerdos que había creado con Angus, y dejaría que la vida continuara sin ella, sin su participación en el mundo exterior.

Mientras realizaba sus tareas diarias, su mente no dejaba de vagar hacia Ewan. Se preguntaba qué estaría haciendo, si estaría pensando en ella, si lamentaría no verla más. Pero cada vez que esos pensamientos aparecían, Morag los alejaba con fuerza. Tenía que ser firme. Había tomado una decisión, y no podía permitirse dudar.

Pasaron los días, y Ewan no se presentó en su puerta. Morag lo agradeció y al mismo tiempo sintió una punzada de decepción. Quizás había entendido su mensaje, quizás había decidido que no valía la pena seguir intentándolo. Pero esa posibilidad, en lugar de darle paz, la llenó de una tristeza aún más profunda.

El silencio de su cabaña, que antes le había parecido un refugio, comenzó a pesarle. Se sentía más sola que nunca, y aunque intentaba convencerse de que era lo mejor, la ausencia de Ewan la afectaba de una manera que no esperaba. Su vida, que ya de por sí estaba marcada por el duelo, ahora parecía vacía, sin la promesa de una melodía que aliviara su dolor.

Una mañana, mientras estaba sentada junto al fuego, contemplando las llamas, la soledad la envolvió por completo. Pensó en su vida, en las decisiones que había tomado, y se dio cuenta de que, aunque se había alejado de Ewan para protegerse, había perdido algo más en el proceso. Había perdido la pequeña chispa de esperanza que él había logrado encender en su corazón.

Pero Morag era terca, y aunque una parte de ella deseaba ceder, otra parte se aferraba a su decisión. No podía permitirse el lujo de volver a sufrir, no podía arriesgarse a perder a alguien más. Así que continuó alejándose, esperando que, con el tiempo, el dolor de su ausencia se desvaneciera.

Sin embargo, mientras los días se alargaban y la soledad se volvía insoportable, Morag comenzó a cuestionarse si realmente estaba tomando la decisión correcta. La vida que llevaba, sin Ewan, sin su música, sin su presencia reconfortante, era una vida que apenas podía soportar. Pero, ¿y si el dolor que temía era inevitable? ¿Y si, al intentar protegerse, solo estaba profundizando su sufrimiento?

Finalmente, una noche, mientras estaba sentada junto al fuego, el peso de su decisión se volvió insoportable. Miró la caja que contenía las cartas de Angus, la fuente de su consuelo y también de su dolor, y sintió una mezcla de emociones que no podía ignorar.

Se dio cuenta de que, aunque nunca dejaría de amar a Angus, también tenía derecho a buscar la felicidad, a permitir que alguien más le ofreciera consuelo. Quizás, abrir su corazón no significaba traicionar su memoria, sino honrarla al continuar con su vida.

Con esa nueva comprensión, Morag decidió que ya no podía seguir huyendo. Al día siguiente, iría al pueblo. No sabía qué diría, no sabía cómo enfrentaría a Ewan, pero estaba dispuesta a intentarlo. No podía seguir viviendo en la sombra de su dolor, y aunque el miedo aún la acompañaba, sabía que debía ser valiente.

La noche pasó lenta, pero por primera vez en mucho tiempo, Morag durmió con una sensación de alivio, con la esperanza de que, quizás, aún había un futuro para ella, un futuro donde Ewan podría ser una parte importante.

Capítulo 9: La Persistencia del Poeta

El pueblo de las Highlands despertaba lentamente con el primer rayo de sol, bañando las colinas en un dorado cálido que anunciaba un nuevo día. Morag se encontraba en el mercado, caminando entre los puestos con la intención de realizar las compras necesarias para la semana. Su mente, sin embargo, estaba en otro lugar. Los últimos días habían sido una mezcla de emociones encontradas que la mantenían en un constante estado de inquietud.

Desde su decisión de distanciarse de Ewan, había sentido un vacío aún mayor, una sensación de que algo vital faltaba en su vida. Pero cada vez que esos pensamientos surgían, los reprimía con fuerza, recordándose a sí misma que su elección era la correcta. La seguridad de su corazón roto era más importante que cualquier nueva esperanza que pudiera surgir. Y sin embargo, la imagen de Ewan persistía, sus palabras, su música, su presencia reconfortante...

Morag suspiró, deteniéndose frente a un puesto de hierbas aromáticas. Las manos expertas de la vendedora ataban pequeños ramos de lavanda y romero, y Morag, casi sin darse cuenta, alcanzó uno de ellos. El aroma la envolvió, trayéndole recuerdos de días más felices, de momentos de paz. Pero esos días se habían ido, y ahora su vida estaba marcada por el peso del silencio y la soledad.

Pagó por las hierbas y se dispuso a regresar a su cabaña cuando notó algo peculiar. En el borde de su cesto, cuidadosamente doblada, había una hoja de papel. Sus dedos se congelaron un instante antes de que, con una mezcla de curiosidad y temor, la desdoblara.

El papel, suave al tacto, contenía una breve nota escrita con una letra elegante y fluida:

*En la noche oscura, una estrella brilla solitaria,
pero su luz es suficiente para guiar al viajero perdido.*

Las palabras resonaron en su corazón, como si hubieran sido escritas especialmente para ella. Morag reconoció de inmediato la mano de Ewan en ellas. Apretó los labios, sintiendo una mezcla de frustración y calidez. No sabía cómo había logrado dejar la nota en su cesto sin que ella se diera cuenta, pero una parte de ella admiraba su persistencia.

Guardó la nota con cuidado en el bolsillo de su vestido y continuó su camino. Intentó ignorar la dulzura de las palabras, pero era imposible negar el efecto que habían tenido en ella. Cada paso que daba la llevaba más lejos del mercado, pero más cerca de sus pensamientos, que ahora estaban completamente centrados en Ewan.

Los días que siguieron no fueron diferentes. Cada vez que Morag se aventuraba al pueblo, encontraba una nueva nota, siempre en el lugar más inesperado: en el alféizar de la ventana de su cabaña, en la madera de su puerta, incluso entre las ramas de un árbol cercano. Cada nota era un fragmento de poesía, una pieza de una canción, una promesa de que Ewan no se rendiría

fácilmente.

El viento susurra secretos que solo los corazones solitarios pueden escuchar,
decía una de las notas, dejada sobre la piedra que marcaba la tumba de su esposo.

*En el eco de un suspiro, el amor encuentra su camino,
incluso cuando el corazón ha olvidado cómo latir,*
decía otra, encontrada en el banco donde solía sentarse al atardecer.

Cada nota era una caricia para su alma, un recordatorio de que no estaba tan sola como creía. Sin embargo, también eran una tentación, una llamada que la invitaba a dejar atrás su dolor, a arriesgarse una vez más. Morag sabía que estaba perdiendo la batalla contra sus propios sentimientos, pero se negaba a rendirse.

Una tarde, mientras regresaba a su cabaña después de un largo paseo por el bosque, encontró otra nota. Esta vez estaba clavada en la puerta, sujetada por una pequeña rama de brezo. El brezo era una planta que simbolizaba la protección y la paz en las Highlands, y Morag no pudo evitar sonreír al verla.

Con manos temblorosas, desdobló el papel y leyó las palabras escritas con cuidado:

*El brezo florece en las tierras ásperas,
resiliente, fuerte, pero no inmune al sol que la acaricia.*

Las palabras eran simples, pero contenían una verdad que Morag no podía ignorar. Ewan la veía como ese brezo, resistente pero no indestructible. Su persistencia, su gentileza, su respeto por sus sentimientos la conmovían profundamente. Él no la presionaba, no la obligaba a abrirse, simplemente estaba allí, esperando pacientemente a que ella estuviera lista.

Morag entró en su cabaña, dejando la nota sobre la mesa. Se sentó junto al fuego, observando cómo las llamas consumían lentamente la leña, y permitió que sus pensamientos fluyeran libremente. Recordó cada nota, cada palabra que Ewan había escrito, y sintió que algo dentro de ella comenzaba a cambiar. La barrera que había erigido en torno a su corazón estaba empezando a resquebrajarse, y aunque el miedo seguía presente, también lo estaba la posibilidad de algo nuevo, algo hermoso.

Ewan había demostrado una paciencia y un respeto que pocos hombres habrían tenido. No la había presionado, no había intentado forzar sus sentimientos, simplemente había dejado que su presencia y sus palabras hicieran el trabajo. Morag se dio cuenta de que, en lugar de rechazarlo, lo que realmente deseaba era conocerlo mejor, entender quién era este hombre que había entrado en su vida de manera tan inesperada.

Esa noche, mientras la luna brillaba sobre las colinas, Morag tomó una decisión. No podía seguir ignorando lo que sentía, ni la posibilidad de que su dolor pudiera transformarse en algo más, en algo que la ayudara a sanar. Decidió que respondería a Ewan, pero lo haría a su manera, sin precipitarse, sin comprometerse demasiado pronto.

A la mañana siguiente, cuando salió al pueblo, llevaba consigo una pequeña rama de brezo. Sabía que Ewan estaría en alguna parte, observándola con su paciencia habitual, y quería darle una señal, una pequeña muestra de que estaba dispuesta a dar un paso hacia él.

Cuando llegó al mercado, se detuvo en el lugar donde había encontrado la primera nota y dejó la rama de brezo sobre una piedra. No sabía si Ewan la encontraría, pero en su corazón, sintió que era el primer paso hacia algo nuevo.

Los días siguientes transcurrieron sin que Morag encontrara más notas, y aunque una parte de ella se sintió decepcionada, otra comprendió que Ewan había captado el mensaje. Él le estaba dando el espacio que necesitaba, pero también la invitaba a que fuera ella quien diera el siguiente paso.

Finalmente, después de una semana de silencio, Morag decidió que no podía esperar más. Se dirigió al claro del bosque donde Ewan solía componer, con la esperanza de encontrarlo allí. Su corazón latía con fuerza mientras se acercaba al lugar, y cuando lo vio, sentado en una roca con su laúd en las manos, sintió una mezcla de alivio y nerviosismo.

Ewan levantó la vista al verla, y una sonrisa cálida apareció en su rostro. No dijo nada, simplemente dejó que la música hablara por él, tocando una melodía suave y reconfortante que parecía envolver a Morag en un abrazo invisible.

Morag se acercó lentamente, sintiendo que sus pies apenas tocaban el suelo. Cuando llegó a su lado, se sentó en la hierba, dejando que la música llenara el espacio entre ellos. No necesitaban palabras, no en ese momento. La música de Ewan era suficiente para expresar lo que ambos sentían, lo que ambos estaban dispuestos a descubrir.

Finalmente, cuando la última nota se desvaneció en el aire, Morag habló, su voz suave y temblorosa.

—He leído todas tus notas —dijo, mirando a Ewan a los ojos—. Y quiero que sepas que… significan mucho para mí.

Ewan asintió, guardando el laúd con cuidado antes de responder.

—No esperaba menos, Morag. No tengo prisa, y no te pediré más de lo que estés dispuesta a dar.

Sus palabras, tan llenas de respeto y comprensión, hicieron que el corazón de Morag se relajara. Sintió que podía confiar en él, que podía permitirse bajar la guardia, al menos un poco.

—He estado… tan perdida —admitió—. Y tú… me has ayudado más de lo que puedo expresar.

—No tienes que decir nada más —respondió Ewan, su voz baja y reconfortante—. Estoy aquí, y lo estaré siempre que me necesites.

Morag sintió una oleada de emociones, pero esta vez no intentó reprimirlas. Permitió que las

lágrimas cayeran, no de tristeza, sino de gratitud, de alivio por saber que no estaba sola, que había alguien dispuesto a caminar a su lado, sin importar cuán lento fuera su paso.

Ewan extendió la mano, pero no la forzó. Morag la tomó, sintiendo el calor y la fuerza de su presencia, y en ese gesto sencillo, supo que estaba dispuesta a intentarlo, a darle una oportunidad al futuro, incluso si aún tenía miedo.

El sol se filtraba entre las ramas de los árboles, bañando el claro en una luz dorada. En ese instante, Morag se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, sentía una chispa de esperanza. La persistencia de Ewan había comenzado a sanar las heridas que creía incurables, y aunque el camino por delante era incierto, estaba dispuesta a recorrerlo, paso a paso, nota a nota, con él a su lado.

Capítulo 10: Confesiones al Viento

El atardecer teñía el cielo de las Highlands con tonos de fuego, reflejándose en las olas que chocaban contra los acantilados con una furia contenida. El rugido del mar bajo los pies de Morag Campbell parecía resonar en perfecta sintonía con el tumulto que sentía en su interior. Había regresado a ese lugar, el acantilado donde la vida y la muerte parecían tan cercanas, tan interdependientes. El viento, frío y cortante, arrastraba su cabello suelto, enredándolo en su rostro mientras su mente viajaba a aquel día en que había contemplado la idea de dejarse llevar por el vacío.

Pero hoy no era el mismo día, y ella no era la misma mujer. Algo había cambiado, algo que no podía definir con claridad pero que sentía pulsando en su pecho, como una melodía que aún no había aprendido a interpretar. A pesar de los recuerdos que la atormentaban, no estaba tan segura de lo que quería. La certeza de que nada importaba había empezado a desmoronarse, erosionada por la persistente presencia de Ewan MacLeod, por sus palabras, sus notas, su música.

Mientras contemplaba el horizonte, tratando de encontrar respuestas en las líneas difusas donde el cielo se encontraba con el mar, un crujido suave a su espalda la sacó de su ensoñación. No tuvo que girarse para saber quién era. La figura de Ewan se acercaba con la delicadeza de quien entiende que está pisando un terreno frágil, consciente de que un paso en falso podría quebrar lo poco que había logrado construir.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Ewan, su voz tan suave como el viento que acariciaba la hierba del acantilado.

Morag no respondió de inmediato. Permitió que sus palabras flotaran en el aire entre ellos, decidiendo si debía continuar ignorándolo o si esta vez, por primera vez, dejaría que la barrera que había levantado con tanto esfuerzo se desmoronara.

—Este lugar… —susurró finalmente, sin apartar la vista del océano—. Es donde todo parece tan insignificante, donde la vida y la muerte parecen no importar.

Ewan se acercó un poco más, lo suficiente para sentir la fuerza del viento que batía con fuerza en la cima del acantilado, pero aún manteniendo la distancia necesaria para darle a Morag el espacio que sabía que necesitaba.

—Es un lugar donde uno puede enfrentarse a sí mismo —respondió—. Donde los pensamientos se vuelven tan vastos como el océano, pero también tan solitarios.

Morag asintió lentamente, sintiendo que sus palabras resonaban con una verdad que no había querido admitir hasta ahora.

—He venido aquí tantas veces… —confesó, con un tono que indicaba que no esperaba

comprensión, solo aceptación—. Pensé que si me dejaba caer… todo el dolor se iría, que encontraría paz en las profundidades de este mar. Pero cada vez que me asomaba, algo me detenía. No sé si era cobardía o una débil esperanza de que las cosas pudieran mejorar.

Ewan permaneció en silencio, dejándole espacio para que sus palabras encontraran su propio ritmo. Sabía que no había palabras que pudieran sanar ese tipo de heridas, solo la presencia silenciosa de alguien dispuesto a compartir la carga, a ser un testigo sin juicio.

Morag respiró hondo, luchando contra las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Había mantenido todo dentro durante tanto tiempo que abrirse ahora se sentía como desgarrar una vieja herida, pero también era un alivio que no sabía que necesitaba.

—Desde que mi esposo murió —continuó—, todo ha sido oscuridad. No puedo encontrar una razón para seguir adelante, pero tampoco puedo dejarme ir del todo. Estoy atrapada, Ewan, entre un pasado que ya no existe y un futuro que no quiero. Y tú… tú apareciste en medio de todo esto, con tu música, con tus palabras… y empezaste a romper esa oscuridad. Pero… —su voz se quebró, y finalmente giró su rostro hacia él—. No sé si puedo permitir que esa luz entre. No sé si estoy preparada para dejar atrás lo que me ha sostenido, por doloroso que sea.

Ewan se encontró con su mirada, con esos ojos oscuros llenos de sufrimiento, y sintió una oleada de ternura que no había experimentado antes. No era lástima lo que sentía por ella, sino una profunda admiración por su valentía al enfrentarse a una batalla que nadie más podía ver, una lucha interna que consumía cada día de su vida.

—No tienes que decidirlo ahora —dijo suavemente, dando un paso más cerca—. A veces, solo necesitamos tiempo. Y yo… estoy dispuesto a darte todo el tiempo que necesites.

Morag soltó un suspiro tembloroso, y las lágrimas, finalmente, comenzaron a deslizarse por sus mejillas. No eran lágrimas amargas, sino un río silencioso de emociones reprimidas, un desahogo que había estado esperando durante demasiado tiempo. Y Ewan, en lugar de decir más palabras, simplemente extendió su mano. No para tomarla, sino para ofrecerla, para que fuera ella quien decidiera si estaba lista para aceptar ese consuelo.

Morag miró su mano, vacilante, sintiendo la tentación de retroceder, de volver a sus paredes familiares de soledad. Pero algo en la sinceridad de su mirada, en la quietud de su gesto, la convenció de que tal vez, solo tal vez, no estaba cometiendo un error al confiar en él.

Con dedos temblorosos, tomó su mano, sintiendo la calidez de su piel contra la suya. No era un gesto grandioso, pero para Morag, era un paso monumental hacia la vulnerabilidad, hacia la aceptación de que, después de todo, no estaba sola en este mundo.

Ewan no dijo nada, simplemente apretó su mano con suavidad, transmitiéndole una fuerza tranquila que le permitió sostenerse mientras sus emociones continuaban desbordándose. Juntos, permanecieron allí, en la cima del acantilado, observando cómo el sol se hundía lentamente en el mar, dejando un rastro de luz dorada en su estela.

Cuando las lágrimas de Morag cesaron, Ewan la condujo con cuidado hacia un saliente del acantilado, donde se sentaron, uno al lado del otro, sin soltar sus manos.

—Cuando toqué aquella primera melodía —comenzó Ewan, rompiendo el silencio con una voz que parecía tan natural como el susurro del viento—, no sabía para quién estaba tocando. Solo sabía que había una tristeza en el aire, una tristeza tan palpable que no podía ignorarla. Y entonces te vi, Morag, y supe que esa melodía era para ti, aunque no lo supiera antes.

Morag lo miró de reojo, sorprendida por la sinceridad en su voz.

—¿Por qué harías eso? —preguntó—. ¿Por qué te importaría alguien que apenas conoces?

Ewan sonrió, pero era una sonrisa teñida de melancolía.

—Porque todos llevamos nuestras propias penas, nuestros propios fantasmas. He conocido el dolor, Morag, de diferentes maneras, y sé lo que es sentir que el mundo entero se ha vuelto en tu contra. Pero también sé que, a veces, todo lo que necesitamos es alguien que se siente a nuestro lado, alguien que esté dispuesto a escuchar, a estar presente. No para arreglarlo todo, sino para hacer el peso un poco más llevadero.

Sus palabras resonaron en Morag, tocando una fibra que no había sentido en mucho tiempo. Ella siempre había llevado su dolor como una carga personal, como algo que debía soportar sola. Pero aquí estaba este hombre, dispuesto a compartir esa carga sin esperar nada a cambio, y eso la desconcertaba y la conmovía al mismo tiempo.

—No sé si estoy lista para dejarte entrar —admitió, su voz un susurro que apenas podía oírse por encima del rugido del mar—. Pero tampoco sé si puedo seguir alejada de ti.

Ewan asintió lentamente, como si comprendiera exactamente lo que estaba sintiendo.

—No te pido que tomes una decisión ahora. Solo te pido que no cierres la puerta. Deja que la música siga fluyendo, Morag. Deja que el viento lleve tus pensamientos, tus temores, y si alguna vez te sientes perdida, recuerda que siempre puedes volver a este lugar, y yo estaré aquí, esperándote.

Las palabras de Ewan no eran una promesa vacía, sino una declaración de intenciones que Morag sintió profundamente en su corazón. Era una invitación a la posibilidad, a la esperanza, sin la presión de un compromiso inmediato. Y en ese momento, mientras el último rayo de sol desaparecía en el horizonte, ella decidió que no quería perder esa posibilidad, que tal vez, solo tal vez, había algo más para ella en este mundo.

El viento sopló con fuerza, llevando consigo las palabras no dichas y los susurros del mar. Ewan se levantó primero, ayudando a Morag a ponerse de pie, y juntos comenzaron a caminar de regreso, alejándose del borde del acantilado y de la tentación de la oscuridad.

El camino de regreso fue silencioso, pero no incómodo. Morag sintió que, por primera vez en mucho tiempo, el peso en su pecho había disminuido, aunque fuera solo un poco. Y mientras

caminaban, aún tomados de la mano, supo que este no era el final de su viaje, sino el comienzo de algo nuevo. Algo que aún no podía definir, pero que estaba dispuesta a explorar, un paso a la vez, con Ewan a su lado.

Y así, mientras la noche caía suavemente sobre las Highlands, Morag Campbell y Ewan MacLeod se adentraron en un nuevo capítulo de sus vidas, uno lleno de incertidumbre, pero también de promesas que solo el tiempo revelaría.

Capítulo 11: La Herida Abierta

La noche se había instalado en las Highlands con una oscuridad impenetrable, envolviendo la cabaña de Morag en una quietud inquietante. El viento susurraba a través de las rendijas de la madera, arrastrando consigo los ecos de los recuerdos que Morag había intentado, sin éxito, enterrar. Estaba acostada en su cama, pero el sueño, en lugar de ser un refugio, se había convertido en un campo de batalla donde los fantasmas del pasado la asediaban sin piedad.

El sueño comenzó como tantos otros antes, con la imagen de su esposo, Fergus, sonriendo mientras la tomaba de la mano. Estaban en un prado lleno de flores silvestres, su risa resonando en el aire como música. Pero, como siempre, la escena idílica se desmoronó rápidamente. La imagen de Fergus se desvaneció, reemplazada por la visión de su cuerpo inerte, cubierto de sangre, mientras Morag, impotente, gritaba su nombre.

Se despertó bruscamente, con el corazón latiendo desbocado y el aliento entrecortado. El sudor empapaba su frente, y sentía que el mundo se cerraba sobre ella. Se incorporó en la cama, abrazándose las rodillas con fuerza, intentando calmar el temblor que se había apoderado de su cuerpo. Pero las imágenes seguían allí, vívidas y dolorosas, como una herida abierta que nunca terminaba de sanar.

Morag sintió que no podía soportar otro minuto en la soledad de su cabaña. Las paredes que alguna vez le ofrecieron refugio ahora se sentían como una prisión, y el dolor en su pecho era tan intenso que sentía que iba a romperse. Sin pensar demasiado, se levantó de la cama y, todavía en su camisón, salió de la cabaña.

El aire nocturno estaba impregnado de la fragancia del brezo y la humedad de la noche, y aunque era fresco, apenas lo notaba. Guiada por un impulso que no podía explicar, se dirigió hacia el lugar donde sabía que encontraría consuelo, hacia la única persona que había logrado, aunque fuera un poco, apaciguar su dolor: Ewan MacLeod.

El sendero hacia el castillo MacLeod estaba oscuro y enredado con raíces que parecían intentar atraparla a cada paso, pero Morag continuó, sus pies descalzos moviéndose por la tierra húmeda. No sabía exactamente por qué estaba yendo hacia Ewan, pero algo en su interior le decía que él la entendería, que no la juzgaría por lo que estaba sintiendo.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, llegó al castillo. Sus pasos la llevaron hacia la pequeña torre donde Ewan se alojaba, un refugio apartado del bullicio del resto del clan. Se detuvo frente a la puerta, su mano temblando mientras levantaba el puño para golpear. Dudó por un momento, consciente de lo inusual que era presentarse de esta manera, pero antes de que pudiera retractarse, la puerta se abrió, revelando a Ewan.

Ewan se había quedado despierto, incapaz de conciliar el sueño. Había estado tocando

suavemente su laúd, buscando en la música una manera de entender los pensamientos que giraban en su mente. Cuando escuchó el suave golpeteo en la puerta, no esperaba ver a Morag allí, de pie, con los ojos vidriosos y una expresión de angustia que lo golpeó como un puñetazo.

—Morag… —susurró, sorprendido, pero no vaciló. Dio un paso atrás, abriendo la puerta de par en par para dejarla entrar—. ¿Qué ocurre?

Morag no respondió de inmediato. El sonido de su nombre en la voz de Ewan fue lo único que necesitó para que las lágrimas que había estado conteniendo durante tanto tiempo comenzaran a fluir. Ewan la observó con preocupación, su instinto protector despertando ante la vulnerabilidad que veía en ella.

—No podía… no podía quedarme allí sola —dijo Morag finalmente, su voz temblorosa—. Los sueños… los recuerdos… no puedo escapar de ellos.

Ewan asintió, comprendiendo. No hizo preguntas, no la presionó para que hablara más. En lugar de eso, se acercó y, con una suavidad que le era innata, tomó su mano, guiándola hacia la pequeña sala donde había estado tocando su laúd. La hizo sentarse en una silla junto al fuego, cuya llama parpadeante ofrecía un calor reconfortante.

Morag cerró los ojos por un momento, tratando de calmar su respiración. Podía sentir la presencia de Ewan a su lado, su mano aún sosteniendo la suya, transmitiéndole una sensación de seguridad que no había experimentado en mucho tiempo.

—No sé qué hacer con todo esto, Ewan —confesó, finalmente encontrando la voz que había perdido en su pesadilla—. Es como si no pudiera escapar de mi propia mente. Cada vez que cierro los ojos, lo veo… veo a Fergus muriendo, veo nuestra vida desmoronarse. Y no importa cuánto intente, no puedo dejarlo ir.

Ewan escuchó en silencio, dándole todo el espacio que necesitaba para desahogarse. Sabía que cualquier palabra que dijera ahora sería inútil, que lo único que podía ofrecerle era su presencia, su disposición para cargar con una parte de ese dolor.

—Es como una herida que nunca sana —continuó Morag, con la voz quebrada—. Puedo intentar ignorarla, cubrirla, pero siempre está ahí, palpitando, recordándome que no puedo seguir adelante, que nunca podré ser la persona que era antes.

Ewan soltó suavemente su mano y, en un gesto lleno de empatía, se arrodilló frente a ella, tomando ambas manos entre las suyas. Sus ojos la miraron con una intensidad que ella apenas podía sostener, pero no apartó la mirada.

—No tienes que ser la persona que eras antes —dijo Ewan, su voz baja y cargada de emoción—. El dolor cambia a las personas, y no hay nada de malo en eso. Lo que importa es cómo decides vivir con ese dolor, cómo eliges seguir adelante. Y yo sé que es difícil, Morag, pero también sé que eres fuerte. Lo veo en ti, cada día. No necesitas olvidar a Fergus, ni fingir que el dolor no existe, pero no tienes que enfrentarlo sola.

Las palabras de Ewan eran como un bálsamo para el alma herida de Morag. Había estado tan acostumbrada a lidiar con su dolor en solitario que había olvidado cómo era compartirlo, cómo era dejar que alguien más lo viera, lo sintiera. Y aunque una parte de ella aún temía la vulnerabilidad que eso implicaba, la otra, la parte que comenzaba a despertar gracias a la presencia constante de Ewan, se aferraba a él como un salvavidas.

—No sé cómo hacer esto —admitió Morag, con una honestidad que la asustaba—. No sé cómo dejar que alguien más entre en este caos que es mi mente.

Ewan sonrió, una sonrisa cálida y tranquilizadora que la envolvió como una manta.

—No tienes que saberlo todo ahora mismo. Solo tienes que permitirte sentir, y permitirte ser. Podemos caminar juntos por este camino, paso a paso, nota a nota. Y si alguna vez sientes que es demasiado, estaré aquí para sostenerte, para ofrecerte una canción que te recuerde que hay belleza en este mundo, incluso en medio del dolor.

Ewan se levantó lentamente, todavía sujetando una de las manos de Morag, y la guió hacia la silla más cercana, frente al fuego. Luego, sin decir una palabra, tomó su laúd y comenzó a tocar una melodía suave, llena de ternura y consuelo.

Morag cerró los ojos, dejándose llevar por la música. Cada nota parecía acariciar sus sentidos, calmando la tormenta que rugía en su interior. No era una solución, lo sabía, pero era un alivio momentáneo, una pausa en su lucha constante. Y por primera vez en mucho tiempo, se permitió a sí misma simplemente sentir, sin preocuparse por lo que vendría después.

La melodía se desvaneció lentamente, y cuando Ewan terminó, el silencio que quedó en su lugar no fue opresivo, sino lleno de una paz que Morag había creído inalcanzable. Abrió los ojos y encontró la mirada de Ewan, que la observaba con una mezcla de ternura y esperanza.

—Gracias, Ewan —dijo, con una voz más firme que antes—. No sé cómo podré agradecerte lo suficiente por lo que has hecho por mí.

Ewan negó con la cabeza, acercándose para sentarse a su lado.

—No tienes que agradecerme nada, Morag. Estoy aquí porque quiero estarlo, porque veo en ti una fuerza y una belleza que merecen ser celebradas, no enterradas bajo el peso del dolor.

Morag sintió que sus palabras eran sinceras, que no había ninguna expectativa detrás de ellas, solo un deseo genuino de estar a su lado. Y mientras lo miraba, con el fuego reflejándose en sus ojos, se dio cuenta de que tal vez, solo tal vez, había encontrado en él a alguien con quien podría construir un nuevo futuro, uno que no estuviera definido solo por la pérdida.

La noche continuó envolviendo la cabaña, pero esta vez, no había miedo ni pesadillas esperando en la oscuridad. Solo el sonido del fuego crepitando y el suave murmullo de dos corazones que, aunque heridos, comenzaban a sanar, juntos.

Capítulo 12: El Poema del Alma

El sol comenzaba a despuntar sobre las colinas que rodeaban el castillo MacLeod, bañando los jardines en una suave luz dorada que hacía brillar el rocío matutino como si fueran diminutos diamantes. El aire fresco de la mañana llevaba consigo el canto de los pájaros, creando una sinfonía natural que resonaba con la tranquilidad del lugar. Ewan MacLeod estaba sentado en un banco de piedra, su laúd descansando a un lado mientras sus dedos se movían con agilidad sobre un pergamino en blanco.

Desde la noche anterior, cuando Morag había compartido sus más profundos temores con él, Ewan había sentido una urgencia inexplicable de capturar la esencia de ese momento en palabras. Sabía que las heridas de Morag eran profundas, pero también sabía que bajo ese dolor había una fuerza que aún no se había dado cuenta de poseer. Y así, con el primer rayo de sol, se había levantado, tomado su laúd y un pedazo de pergamino, y había dejado que su alma se derramara en el papel.

Las palabras fluían con una facilidad que rara vez experimentaba, como si cada verso ya hubiera estado esperando ser descubierto. Ewan no se veía a sí mismo solo como un poeta o un músico; para él, la poesía y la música eran la única manera de expresar lo que las palabras cotidianas no podían. Y en ese momento, lo único que deseaba era que Morag pudiera ver lo que él veía: una mujer que había enfrentado la pérdida más grande, pero que aún tenía tanto por ofrecer.

Finalmente, Ewan terminó de escribir. Leyó el poema en silencio, dejando que cada palabra resonara en su mente antes de asentir con satisfacción. El poema, aunque sencillo, era honesto, y eso era lo que más importaba. Con cuidado, dobló el pergamino y lo ató con un pequeño lazo de cuero. Sabía exactamente a quién se lo entregaría.

***

Morag estaba en su cabaña, sentada junto a la ventana, observando cómo el sol ascendía lentamente en el cielo. Después de su conversación con Ewan la noche anterior, había sentido una mezcla de alivio y confusión. Alivio porque, por primera vez en mucho tiempo, había dejado salir algo de su dolor en lugar de mantenerlo atrapado en su pecho. Pero también confusión porque no sabía qué hacer con la conexión que comenzaba a formarse entre ellos. ¿Podría permitir que alguien más entrara en su vida sin traicionar la memoria de Fergus?

Mientras se perdía en estos pensamientos, un suave golpeteo en la puerta la sacó de su ensoñación. Morag se levantó con cierto recelo y fue a abrir la puerta. Cuando lo hizo, se encontró con Ewan, que la miraba con esa mezcla de gentileza y determinación que siempre parecía llevar consigo.

—Buenos días, Morag —dijo Ewan con una sonrisa—. Espero no interrumpir nada.

—No, no interrumpes —respondió ella, abriendo la puerta un poco más para invitarlo a pasar—. ¿Todo está bien?

Ewan asintió, pero en lugar de entrar, se quedó en el umbral, sacando el pequeño pergamino de detrás de su espalda.

—Anoche, después de que hablamos, sentí la necesidad de escribir algo. No estoy seguro de si es bueno o si dice lo que realmente quiero, pero pensé que podría ayudarte… o al menos darte algo en lo que pensar.

Morag lo miró, sorprendida, y luego extendió la mano para tomar el pergamino. Lo sostuvo con delicadeza, como si fuera un objeto precioso, pero al mismo tiempo temía abrirlo, temía lo que esas palabras pudieran despertar en ella.

—Gracias, Ewan —dijo en voz baja—. Lo leeré más tarde.

Ewan asintió, aparentemente comprendiendo su reticencia. Sin embargo, antes de marcharse, colocó una mano sobre la de Morag, la misma mano que sostenía el pergamino.

—No tienes que apresurarte en leerlo, ni en nada más, Morag. Solo quiero que sepas que estoy aquí, y que estaré aquí cuando estés lista, sea para hablar, para escuchar, o para quedarme en silencio a tu lado.

Con esas palabras, se apartó y comenzó a alejarse por el sendero que llevaba de regreso al castillo. Morag lo observó desaparecer entre los árboles antes de cerrar la puerta, su corazón latiendo con una intensidad que no había sentido en mucho tiempo.

Se quedó de pie en el umbral por un momento, sosteniendo el pergamino con ambas manos, antes de volver a su silla junto a la ventana. Con un suspiro, desató el lazo de cuero y desenrolló el pergamino, dejando que las palabras de Ewan se desplegaran ante sus ojos.

La letra de Ewan era firme y elegante, pero era el contenido lo que atrapó la atención de Morag. A medida que leía el poema, cada verso parecía resonar en lo más profundo de su ser, como si Ewan hubiera encontrado una manera de darle voz a sus propios pensamientos y sentimientos, aquellos que había enterrado bajo capas de dolor y miedo.

El poema hablaba de pérdida, pero también de esperanza. De un alma que había sido herida, pero que aún tenía la capacidad de sanar. De la lucha por encontrar luz en la oscuridad, y de la posibilidad de que, aunque el pasado nunca se olvidara, no tenía que definir el futuro. Las palabras de Ewan no eran solo un consuelo; eran una promesa de que, aunque el camino fuera difícil, no tenía por qué recorrerlo sola.

Cuando terminó de leer, Morag se dio cuenta de que estaba llorando, pero esta vez las lágrimas no eran solo de dolor. Había algo más allí, una chispa de algo que no había sentido en mucho tiempo: esperanza.

***

Ewan no esperaba una respuesta inmediata de Morag. Sabía que lo que le había dado no era fácil de asimilar, y que ella necesitaría tiempo para procesarlo. Así que se mantuvo ocupado en los días siguientes, componiendo nuevas melodías y ayudando en las tareas del castillo, aunque su mente seguía volviendo una y otra vez a Morag.

Se preguntaba si había sido demasiado atrevido al entregarle el poema, si había cruzado una línea que la haría retroceder. Pero al mismo tiempo, no podía arrepentirse. Las palabras habían surgido de su corazón, y había sentido que necesitaban ser compartidas, sin importar las consecuencias.

El quinto día después de entregar el poema, Ewan estaba nuevamente en los jardines del castillo, buscando inspiración para una nueva canción, cuando vio a Morag acercándose por el sendero. Había algo diferente en su caminar, una determinación que no había visto antes.

—Ewan —lo llamó cuando estuvo lo suficientemente cerca.

Ewan levantó la vista, su corazón acelerándose al ver la expresión en su rostro. No sabía qué esperar, pero el simple hecho de que hubiera venido hasta aquí ya era una señal.

—Morag, me alegra verte —dijo, poniéndose de pie para recibirla.

Morag se detuvo frente a él, sacando el pergamino de su bolso y sosteniéndolo entre ellos.

—Leí tu poema, Ewan. Lo leí muchas veces, en realidad. Y… me hizo sentir cosas que pensé que ya no podía sentir.

Ewan permaneció en silencio, permitiéndole continuar.

—No fue fácil leerlo —admitió—. Me recordó que el dolor es algo con lo que tengo que vivir, pero también que hay más en la vida que solo ese dolor. Tus palabras me hicieron ver que, aunque no puedo cambiar lo que pasó, puedo elegir cómo vivir con ello. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que hay algo más allá de esta oscuridad.

Las palabras de Morag eran sinceras, pero también cargadas de vulnerabilidad. Ewan lo entendió y dio un paso hacia ella, acercándose lo suficiente como para tomar sus manos entre las suyas.

—Eso es todo lo que quería mostrarte, Morag. Que aunque el dolor siempre estará ahí, no tienes que enfrentarlo sola. Estoy aquí, y siempre estaré, si me dejas ser parte de tu vida.

Morag lo miró a los ojos, sintiendo que por primera vez en mucho tiempo podía respirar libremente. Asintió con una pequeña sonrisa, una que no necesitaba palabras para expresar lo que sentía.

—Quiero intentarlo, Ewan. Quiero ver si puedo encontrar una manera de vivir sin que el pasado controle cada aspecto de mi vida. Y si tú estás dispuesto a caminar conmigo en este camino, entonces… entonces estoy dispuesta a intentarlo.

Ewan sonrió, una sonrisa llena de alivio y alegría. No había esperado más de lo que Morag estaba dispuesta a ofrecer, y saber que estaba dispuesta a dar ese paso era más de lo que podía haber soñado.

—Caminaremos juntos, Morag —respondió, apretando suavemente sus manos—. No hay prisa, no hay expectativas. Solo nosotros, el tiempo, y lo que decidamos construir juntos.

Morag sintió que un peso se levantaba de sus hombros, y por primera vez en mucho tiempo, se permitió imaginar un futuro. Un futuro que, aunque aún incierto, ya no le parecía tan aterrador. Con Ewan a su lado, se sentía capaz de enfrentar cualquier cosa, incluso la sombra persistente del pasado.

Mientras se adentraban en los jardines del castillo, las manos entrelazadas, el viento susurraba a su alrededor, como si el propio destino estuviera bendiciendo su nueva decisión. Morag miró a Ewan y, en ese momento, supo que había tomado la decisión correcta. El poema del alma no solo había tocado su corazón, sino que también había encendido una nueva llama de esperanza en su vida, una que estaba decidida a mantener viva.

Capítulo 13: El Muro que Cae

El salón del castillo MacLeod estaba lleno de una cálida luz dorada, con antorchas encendidas en cada pared, iluminando las largas mesas de madera cubiertas con manjares para el evento familiar que se celebraba esa noche. Los MacLeod, junto con algunos allegados, habían decidido reunirse en una velada de celebración sencilla, un momento para disfrutar de la compañía de los seres queridos, algo que se había vuelto más preciado en tiempos de incertidumbre.

Morag Campbell había llegado al castillo con una sensación de aprehensión en el pecho. Desde su último encuentro con Ewan, sus pensamientos habían estado divididos entre la esperanza y el miedo. Había leído el poema que le había escrito, lo había leído una y otra vez, permitiendo que cada palabra se filtrara en su corazón. Pero incluso con esa chispa de esperanza que él había encendido en ella, aún sentía el peso del dolor, un dolor que había sido su compañero constante durante tanto tiempo.

Esta noche, mientras caminaba por el salón, saludando a los conocidos que se cruzaban en su camino, Morag sintió una mezcla de emociones. El castillo, con su ambiente acogedor y sus paredes impregnadas de historia, la hacía sentirse parte de algo más grande que su propia vida. Pero también le recordaba lo que había perdido. Era un lugar de contrastes, donde la alegría de los demás a menudo chocaba con su tristeza.

Se movió con gracia entre los invitados, su vestido de lana oscura contrastando con las telas más coloridas de las otras mujeres. Su cabello, recogido en un simple moño, le daba un aire de discreta elegancia, pero su expresión serena ocultaba la tormenta que se agitaba dentro de ella. Mientras avanzaba, sus ojos recorrieron el salón hasta que lo encontraron. Ewan MacLeod, de pie cerca de la gran chimenea, rodeado de sus hermanos, parecía estar disfrutando de una conversación animada. Su risa resonaba, cálida y sincera, pero cuando sus miradas se cruzaron, su expresión cambió, volviéndose más suave, más íntima.

Morag sintió un latido en su pecho, algo que no había sentido en mucho tiempo, una mezcla de anhelo y temor. Inspiró profundamente, recordándose que había venido con un propósito esta noche. Había tomado la decisión de agradecerle, de acercarse a él de una manera que hasta ahora no se había permitido.

Con pasos decididos, se dirigió hacia él, abriéndose camino entre los invitados. Ewan la vio venir y se apartó de sus hermanos, que lo miraron con una leve sonrisa, conscientes de lo que estaba ocurriendo. Él se acercó a Morag, su rostro iluminado por la luz del fuego, destacando las sombras que jugaban en sus facciones fuertes y su mirada intensa.

—Morag —dijo con una voz baja y amable cuando ella estuvo lo suficientemente cerca—. No esperaba verte esta noche.

—Lo sé —respondió ella, deteniéndose frente a él—. No suelo asistir a estos eventos, pero… quería hablar contigo.

Ewan inclinó la cabeza, un atisbo de curiosidad asomando en sus ojos. Señaló hacia una esquina más tranquila del salón, donde podrían hablar sin ser interrumpidos.

—¿Podemos ir allí? —sugirió—. Será más fácil conversar sin tanto ruido.

Morag asintió, siguiendo a Ewan hasta un rincón donde la luz era más tenue y las voces se volvían un murmullo distante. Se sentaron en un pequeño banco junto a la pared, con la mesa de la gran chimenea a su lado, creando un ambiente casi íntimo en medio de la multitud.

—He estado pensando en tu poema —comenzó Morag, sus dedos jugando nerviosamente con el borde de su falda—. Lo he leído tantas veces que casi lo sé de memoria.

Ewan la miró con una mezcla de orgullo y ternura. Verla allí, tan cerca, compartiendo sus pensamientos, era algo que había deseado desde la primera vez que la vio.

—Me alegra saberlo —respondió, su voz suave pero llena de sinceridad—. Lo escribí con la esperanza de que pudiera ayudarte a ver las cosas de una manera diferente. No para cambiar lo que sientes, sino para que sepas que no tienes que cargar con todo eso sola.

Morag asintió lentamente, su mirada bajando hacia sus manos. Las palabras de Ewan la conmovían, pero también la asustaban. Durante tanto tiempo, había sido su dolor lo que la definía, lo que le daba una razón para seguir adelante, aunque fuera en la oscuridad.

—Es difícil, Ewan —admitió, su voz apenas un susurro—. He vivido tanto tiempo con este dolor que no sé cómo sería sin él. Es como si, al dejarlo ir, también dejara ir una parte de mí, la única parte que me mantiene conectada con Fergus.

Ewan escuchó en silencio, comprendiendo la profundidad de sus palabras. No era solo el miedo al cambio lo que la detenía, sino el miedo a perder el único vínculo que le quedaba con su esposo.

—Morag —dijo con delicadeza, inclinándose un poco hacia ella—. No creo que se trate de dejar ir el dolor, sino de aprender a vivir con él de una manera que no te destruya. El amor que sentías por Fergus, lo que compartieron, siempre será parte de ti. Pero eso no significa que no puedas encontrar espacio en tu corazón para algo más.

Morag levantó la mirada, encontrando la sinceridad en los ojos de Ewan. Había algo en él, algo en la forma en que la miraba, que hacía que se sintiera vista, comprendida. Por primera vez, sintió que podía hablar de su dolor sin miedo a ser juzgada o compadecida.

—Tenía miedo de que, si comenzaba a sentir algo por otra persona, estaría traicionando su memoria —confesó—. Pero ahora me doy cuenta de que Fergus querría que encontrara la manera de seguir adelante, de ser feliz de nuevo.

Ewan sonrió, y su sonrisa era como un rayo de sol después de una tormenta.

—Estoy seguro de que lo haría, Morag. Porque cuando amas a alguien, lo que más deseas es su felicidad, incluso si eso significa que deben encontrarla después de ti.

Morag dejó escapar un suspiro profundo, sintiendo cómo las palabras de Ewan comenzaban a desmoronar el muro que había erigido alrededor de su corazón. Había mantenido a todos a distancia durante tanto tiempo, protegiéndose de la posibilidad de volver a perder a alguien. Pero Ewan, con su paciencia, su comprensión y su poesía, había encontrado la manera de llegar a ella, de hacer que quisiera bajar la guardia, aunque solo fuera un poco.

—Gracias, Ewan —dijo finalmente, su voz cargada de emoción—. Gracias por no rendirte conmigo, por ver algo en mí que ni siquiera yo podía ver.

Ewan extendió su mano hacia ella, y después de un breve titubeo, Morag la tomó. El simple contacto de sus manos, el calor que se transmitía entre ellos, era un recordatorio de que no estaba sola, de que no tenía que enfrentar su dolor en soledad.

—Siempre estaré aquí, Morag —le aseguró Ewan, apretando suavemente su mano—. Siempre.

Durante el resto de la noche, hablaron de cosas más ligeras, de recuerdos felices y momentos compartidos en silencio. Morag encontró consuelo en la compañía de Ewan, en su risa, en la forma en que le hacía sentir que, después de todo, el mundo no era un lugar tan oscuro y solitario.

A medida que avanzaba la noche, el salón comenzó a vaciarse, y los invitados se retiraron a sus habitaciones. Ewan y Morag permanecieron en su rincón, disfrutando de la tranquilidad que les ofrecía ese momento de privacidad. La conversación se hizo más íntima, y Morag, por primera vez en mucho tiempo, se encontró compartiendo cosas sobre su vida que nunca había revelado a nadie. Le habló de sus sueños antes de que la tragedia la golpeara, de las pequeñas cosas que le daban alegría, y de las sombras que aún nublaban su mente.

Ewan la escuchaba con una atención que la hacía sentir importante, como si cada palabra que pronunciara tuviera un peso especial. Y cuanto más hablaba, más se daba cuenta de que el muro que había levantado a su alrededor comenzaba a desmoronarse, piedra por piedra, dejando espacio para algo nuevo, algo que le asustaba y emocionaba al mismo tiempo.

Finalmente, cuando la última de las antorchas se extinguió, Ewan la acompañó hasta la puerta del castillo. El aire frío de la noche les acarició los rostros mientras se detenían en el umbral, un momento cargado de una energía que ambos podían sentir.

—Morag —dijo Ewan, su voz apenas un susurro en la oscuridad—. No tienes que decidir nada ahora, pero quiero que sepas que lo que siento por ti es real. Y estaré aquí, esperando, tanto tiempo como necesites.

Morag lo miró a los ojos, sintiendo cómo una ola de emoción la invadía. Asintió lentamente,

agradecida por su paciencia, por su disposición a esperar. Sin decir nada más, se inclinó hacia él, dejando que su frente se apoyara suavemente en su pecho.

Fue un gesto pequeño, pero para Morag, fue un gran paso hacia la apertura, hacia el futuro.

Ewan la rodeó con sus brazos, abrazándola con una suavidad que la hizo sentir segura, protegida. Permanecieron así durante lo que pareció una eternidad, hasta que Morag se apartó lentamente, sintiendo que ese momento había cambiado algo dentro de ella.

—Buenas noches, Ewan —dijo, con una sonrisa que llevaba mucho tiempo escondida—. Y gracias.

—Buenas noches, Morag —respondió él, correspondiendo a su sonrisa con una de las suyas.

Mientras Morag se alejaba, adentrándose en la oscuridad de la noche, supo que algo había cambiado irrevocablemente. El muro que había protegido su corazón durante tanto tiempo estaba cayendo, y en su lugar, Ewan estaba construyendo algo nuevo, algo que quizás, solo quizás, podría llevarla de vuelta a la vida.

Ewan la observó hasta que desapareció en la distancia, su corazón lleno de esperanza. Sabía que el camino no sería fácil, pero estaba dispuesto a recorrerlo, porque sabía que Morag valía cada esfuerzo, cada espera. Mientras regresaba al interior del castillo, una sonrisa persistente en sus labios, supo que esta noche había marcado un nuevo comienzo para ambos.

Y por primera vez en mucho tiempo, Ewan MacLeod sintió que su música, sus palabras, podían realmente sanar a alguien, a la persona que más le importaba en el mundo.

Capítulo 14: Una Nueva Melodía

El sol apenas comenzaba a trepar por el horizonte cuando Ewan MacLeod, con una leve sonrisa en los labios, se dirigió hacia el claro del bosque. Era un lugar que siempre le había traído paz, donde los árboles se alzaban como guardianes silenciosos y el viento susurraba melodías que solo él parecía escuchar. Esta vez, sin embargo, no iba solo. Había invitado a Morag a unirse a él, con la esperanza de que la serenidad del lugar pudiera ofrecerle algo de consuelo, quizás incluso inspiración.

Morag aceptó la invitación con cierta reticencia, pero una parte de ella sentía curiosidad por ver el lugar donde Ewan creaba su música, donde encontraba la calma en medio del caos. Caminó junto a él en silencio, dejando que el sonido de sus pasos sobre el suelo cubierto de hojas secas marcara el ritmo. La presencia de Ewan, tan cercana y tangible, le proporcionaba una extraña mezcla de confort e inquietud, pero no era una sensación desagradable. Era como si, con cada paso que daba junto a él, se acercara un poco más a algo que había olvidado: la posibilidad de volver a sentir, de vivir de verdad.

El claro se abrió ante ellos, bañado por la suave luz del amanecer. El rocío de la mañana brillaba en la hierba, y el aire estaba impregnado de un fresco aroma a tierra húmeda y pinos. Ewan se detuvo en el centro del claro y se volvió hacia Morag con una expresión que reflejaba tanto expectativa como una calma profunda.

—Este es mi lugar favorito —dijo, rompiendo el silencio con una voz suave—. Aquí es donde todo parece cobrar sentido, donde las melodías vienen a mí como si fueran traídas por el viento.

Morag asintió, observando los alrededores. Había algo mágico en ese lugar, algo que la hacía sentirse más liviana, menos agobiada por la tristeza que solía acompañarla. Se dio cuenta de que había hecho bien en aceptar la invitación, aunque todavía no estaba segura de lo que este día le depararía.

Ewan, viendo que Morag estaba sumida en sus pensamientos, sacó su laúd y se sentó en un tronco caído que usaba como asiento. Durante unos instantes, simplemente acarició las cuerdas, como si estuviera esperando que la naturaleza le susurrara la melodía correcta.

—Me gustaría que escuches algo —dijo finalmente, mirándola con esos ojos oscuros que parecían contener un mundo de secretos—. Pero esta vez, me gustaría que tú también formes parte de la creación.

Morag lo miró, sorprendida por la petición.

—¿Yo? —preguntó, con una mezcla de desconcierto y curiosidad—. No sé nada sobre música, Ewan. No como tú.

Ewan sonrió, una sonrisa que irradiaba comprensión y una cálida invitación.

—No se trata de saber —respondió, mientras comenzaba a tocar unas notas suaves y melancólicas—. Se trata de sentir. La música no es solo técnica, Morag. Es emoción, es lo que llevas dentro. Y tú tienes tanto dentro de ti que podría convertirse en algo hermoso, si te permites liberarlo.

Morag lo observó mientras tocaba, sintiendo cómo la música de Ewan comenzaba a envolverla, a calmar la tormenta que aún agitaba su interior. No había en él ninguna exigencia, solo una oferta de compartir un momento, de crear algo juntos. Sin pensarlo demasiado, dio un paso hacia adelante y se sentó a su lado en el tronco.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, su voz casi un susurro, como si temiera romper el hechizo que los rodeaba.

Ewan la miró, sus dedos todavía moviéndose con destreza sobre las cuerdas del laúd.

—Quiero que cierres los ojos y me digas qué sientes cuando escuchas esta melodía. No pienses en nada más. Solo en lo que te hace sentir.

Morag obedeció, cerrando los ojos mientras la melodía de Ewan se hacía más profunda, más envolvente. Dejó que la música la guiara, que la llevara a través de sus emociones, como un río que fluye suavemente a través de paisajes de tristeza, esperanza y algo más, algo que empezaba a nacer en su corazón, pero que aún no sabía cómo nombrar.

—Es... —comenzó, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Es como una conversación, una que nunca tuve con él. Como si le estuviera diciendo adiós, pero también como si estuviera abriendo la puerta a algo nuevo. Es doloroso, pero al mismo tiempo, siento que estoy sanando un poco.

Ewan continuó tocando, asintiendo en silencio. Las palabras de Morag le llegaron al corazón, confirmándole que la música estaba haciendo su trabajo, no solo como un medio de expresión para él, sino como una vía de sanación para ella.

—Eso es lo que siento también —dijo, finalmente—. Es una despedida, pero también una bienvenida. La música puede ser muchas cosas, y a veces, lo que empieza como una elegía, termina convirtiéndose en un himno a la vida.

Morag abrió los ojos y lo miró. En sus ojos, había una mezcla de tristeza y admiración, pero también algo más, algo que no había estado allí antes. Ewan sintió que ese momento era crucial, como si estuvieran al borde de algo nuevo, algo que ambos deseaban, pero que aún temían abrazar por completo.

—¿Puedo intentarlo? —preguntó Morag, señalando el laúd con una ligera sonrisa de timidez.

Ewan se sorprendió gratamente, su sonrisa ensanchándose.

—Por supuesto —dijo, entregándole el instrumento con una suavidad que reflejaba el respeto que sentía hacia ese momento.

Morag tomó el laúd entre sus manos, sintiendo el peso y la textura de la madera contra sus dedos. Observó las cuerdas, recordando cómo los dedos de Ewan se habían movido con tanta naturalidad sobre ellas. Imitando sus movimientos, tocó una cuerda con suavidad, produciendo un sonido que resonó en el claro, como un eco de su propio corazón.

Ewan la observó, sin intervenir, dejando que Morag explorara el instrumento por sí misma. Sus dedos, aunque inexpertos, encontraron una melodía simple, una serie de notas que, aunque rudimentarias, parecían tener un significado especial.

—Es un comienzo —dijo Ewan, con una mirada alentadora—. La música, como cualquier otra cosa, comienza con un solo paso. Una sola nota.

Morag lo miró, y por un instante, se sintió conectada con él de una manera que nunca antes había experimentado. Dejó que la música fluya de ella, no perfecta, no refinada, pero sincera. Y en ese acto, sintió como si algo dentro de ella se desbloqueara, como si las cadenas que la habían mantenido atrapada en su dolor comenzaran a desvanecerse.

—Es diferente cuando lo haces tú misma —murmuró, más para sí misma que para Ewan—. Es como si cada nota fuera una parte de ti que sale a la luz.

Ewan asintió, sintiendo una profunda satisfacción al ver a Morag descubrir algo tan personal y liberador.

—Exactamente —dijo—. Y eso es lo que quiero que hagamos juntos, Morag. No solo compartir la música, sino crear algo nuevo. Algo que sea nuestro.

Morag se quedó en silencio, dejando que las palabras de Ewan se asentaran en su mente y en su corazón. La idea de crear algo nuevo, de dejar atrás el pasado sin olvidarlo, pero permitiéndose construir un futuro, la llenaba de una emoción que no había sentido en mucho tiempo. Algo que se asemejaba a la esperanza.

—¿Qué tipo de melodía te gustaría crear? —preguntó finalmente, mirándolo a los ojos.

Ewan sonrió, inclinándose hacia ella con una mirada que irradiaba calidez y ternura.

—Quiero que sea una mezcla de todo lo que eres, Morag. La tristeza, la alegría, la esperanza... Todo lo que has vivido y todo lo que estás por vivir. Quiero que sea una melodía que nos cuente nuestra historia, una que hable de dolor, sí, pero también de superación, de encontrar la luz en medio de la oscuridad.

Morag lo miró fijamente, sintiendo que las barreras que había levantado durante tanto tiempo se derrumbaban, una por una. De repente, todo parecía posible, incluso aquello que había creído perdido para siempre. Tomó aire, dejó que sus dedos se movieran sobre las cuerdas y comenzó a tocar de nuevo, esta vez, con Ewan acompañándola.

Las notas que surgieron fueron suaves al principio, como un susurro en el viento. Pero poco a poco, la melodía creció en fuerza y complejidad, cada nota reflejando un pedazo de la vida de Morag, de sus pérdidas, pero también de sus nuevas esperanzas. Ewan seguía su ritmo, añadiendo su propio toque, transformando la tristeza en algo hermoso, algo que resonaba con la vida y la promesa de un nuevo amanecer.

Tocaron juntos durante lo que pareció una eternidad, sin palabras, solo dejando que la música hablara

por ellos. Cuando la última nota se desvaneció en el aire, el claro quedó en un silencio casi sagrado. Morag miró a Ewan, y por primera vez, se permitió sonreír, una sonrisa que era pequeña, pero genuina.

—Creo que hemos creado algo hermoso —dijo en voz baja, sus palabras llenas de emoción contenida.

Ewan asintió, su corazón latiendo con fuerza ante la conexión que sentía con Morag.

—Y es solo el comienzo —respondió, con una firmeza que transmitía tanto su convicción como su esperanza.

Mientras el sol se alzaba un poco más en el cielo, bañando el claro en una luz dorada, Morag supo que algo había cambiado para siempre. En ese lugar, con Ewan a su lado, había encontrado una parte de sí misma que había creído perdida. Y por primera vez en mucho tiempo, se sintió viva, lista para enfrentar lo que viniera, porque sabía que no estaba sola.

Juntos, Morag y Ewan se levantaron y comenzaron a caminar de regreso al pueblo, la nueva melodía aún resonando en sus corazones. Cada paso que daban marcaba el comienzo de un nuevo capítulo, uno que escribirían juntos, con todas las notas de tristeza y esperanza que habían compartido, y con todas las que estaban por venir.

Capítulo 15: La Visita al Pasado

El aire en las Highlands tenía una calidad diferente ese día, como si el cielo se hubiera vestido de un gris melancólico para acompañar los sentimientos que invadían el corazón de Morag. Mientras caminaba junto a Ewan, sus pensamientos se arremolinaban, entremezclados con recuerdos que había intentado enterrar durante tanto tiempo. Sabía que la visita que estaban a punto de hacer no sería fácil, pero también sabía que era necesaria.

El antiguo hogar donde había vivido con su esposo se alzaba al final del camino, solitario y silencioso, como si el tiempo mismo hubiera decidido pasar de largo, dejando todo tal y como lo había dejado ella el día en que partió. Las paredes de piedra, cubiertas en parte por musgo, parecían guardar en su interior todas las alegrías y las penas que habían compartido. Los ecos de su pasado la envolvieron con fuerza a medida que se acercaban, y Morag sintió que su respiración se volvía más pesada.

Ewan, caminando a su lado, percibió su tensión. Sin decir una palabra, le ofreció su mano. Morag dudó por un instante, pero luego la tomó, encontrando en ese gesto simple una fuente de fuerza que necesitaba. Sentir la calidez de Ewan junto a ella era como tener un ancla en medio de un mar tormentoso.

—¿Estás segura de que quieres entrar? —preguntó Ewan en voz baja, su mirada llena de preocupación y ternura.

Morag asintió, aunque la duda la carcomía por dentro.

—Sí —respondió, su voz apenas un susurro—. Necesito hacer esto.

Con la mano de Ewan aún en la suya, cruzaron juntos el umbral de la casa. El interior estaba oscuro, pero a medida que avanzaban, los recuerdos comenzaron a iluminar cada rincón. Morag podía ver a su esposo en cada detalle: la silla de madera tallada por él mismo, el pequeño estante lleno de libros que habían leído juntos, el fuego que una vez había calentado sus noches.

—Aquí fue donde... donde solíamos sentarnos a leer, junto al fuego —dijo, señalando el rincón con un gesto tembloroso. Su voz estaba impregnada de una mezcla de nostalgia y dolor.

Ewan la observó en silencio, permitiéndole tomar el tiempo que necesitara. No había prisa, no había presión. Solo estaba allí para ella, dispuesto a sostenerla si lo necesitaba, a escuchar si deseaba hablar.

Morag avanzó hacia la chimenea, donde las cenizas del último fuego que había encendido aún parecían reposar en la oscuridad. Se arrodilló frente a ellas, como si estuviera buscando algo que se había perdido entre los rescoldos.

—Pasamos tantos inviernos aquí, protegiéndonos del frío, soñando con el futuro —murmuró, más para sí misma que para Ewan—. Teníamos tantos planes... Pero ahora... todo se desvaneció, como este fuego.

Ewan se arrodilló a su lado, sin soltar su mano. Con su otra mano, rozó suavemente la espalda de Morag, transmitiéndole consuelo a través del contacto.

—Los recuerdos no son solo fantasmas que nos atormentan —dijo en voz baja—. Pueden ser también el suelo donde plantamos nuevas esperanzas, nuevas vidas. Lo que viviste aquí con él no tiene que ser una cadena, Morag. Puede ser un puente.

Morag lo miró, sus ojos brillando con lágrimas que no se atrevía a dejar caer.

—¿Un puente hacia dónde? —preguntó, su voz rota por la incertidumbre—. ¿Hacia qué puedo ir cuando todo lo que era mi vida ya no existe?

Ewan la miró con una expresión que reflejaba una profundidad de sentimientos que hasta ese momento había mantenido en silencio.

—Hacia una vida que aún te espera —respondió con suavidad—. No estoy diciendo que olvides, Morag. Nunca te pediría eso. Pero puedes llevar esos recuerdos contigo mientras caminas hacia adelante. Puedes honrar el amor que sentiste por él, al mismo tiempo que te permites sentir de nuevo, vivir de nuevo.

Morag se quedó en silencio, procesando sus palabras. Sabía que tenía razón, pero aceptar esa verdad era como aprender a caminar de nuevo. Sus emociones eran un torbellino, y cada una luchaba por ser la que dominara su corazón.

—Siempre pensé que si me permitía ser feliz de nuevo, estaría traicionándolo —confesó, finalmente dejando caer las lágrimas que había estado reteniendo—. Como si, al seguir adelante, estuviera diciendo que nuestro amor no fue suficiente.

Ewan negó con la cabeza, su mirada llena de compasión.

—El amor verdadero no se mide por el tiempo que dura, sino por la profundidad con la que nos marca —dijo, limpiando una lágrima que rodaba por la mejilla de Morag—. Tu amor por él siempre será parte de ti, pero eso no significa que no haya espacio para más amor en tu vida. No se trata de reemplazar, sino de añadir, de enriquecer tu alma con nuevas experiencias, nuevos sentimientos.

Morag se aferró a su mano, sintiendo que esas palabras abrían un nuevo espacio en su corazón, uno que había estado demasiado asustado para explorar. Ewan tenía razón; su amor por su esposo no desaparecería, pero eso no significaba que no pudiera abrirse a algo más, algo nuevo.

Lentamente, se levantó y recorrió la habitación, tocando con delicadeza cada objeto que había formado parte de su vida anterior. Cada uno evocaba un recuerdo, pero con la presencia de Ewan a su lado, esos recuerdos parecían menos dolorosos, más manejables. Era como si la compañía de

Ewan, su comprensión y su amor, comenzaran a transformar esos fantasmas en algo menos aterrador, algo que podía aceptar como parte de su historia, sin dejar que la definiera por completo.

Finalmente, se detuvo frente a una ventana que daba al pequeño jardín trasero, un lugar donde solían cultivar flores juntos. El jardín ahora estaba descuidado, las malas hierbas se habían apoderado de la tierra, y las flores que una vez habían florecido en él ya no estaban.

—Este jardín era su orgullo —dijo Morag, con una sonrisa triste—. Cada primavera, lo llenaba de vida, como si el solo hecho de ver las flores crecer le diera una razón para seguir adelante.

Ewan se acercó a ella, mirando por la ventana el jardín que ahora parecía tan vacío, tan olvidado.

—Podemos devolverle la vida —sugirió, su voz llena de una esperanza serena—. Podemos plantar nuevas flores, cuidar de este lugar como él lo hacía. Podría ser nuestra forma de honrarlo, de mantener viva una parte de lo que ustedes dos compartieron.

Morag sintió que su corazón se suavizaba ante la idea. La imagen de un jardín lleno de flores, de colores vibrantes que reemplazaban la tristeza de las malas hierbas, era como una metáfora de lo que podría hacer con su propia vida. No estaba destinada a dejar que las sombras cubrieran todo; podía plantar nuevas semillas, permitir que algo nuevo floreciera.

—Me gustaría eso —dijo, su voz temblando un poco, pero con una determinación creciente—. Me gustaría devolverle la vida a este jardín, con tu ayuda.

Ewan sonrió, un brillo cálido en sus ojos.

—Entonces lo haremos —prometió—. Juntos.

Se quedaron allí, de pie, uno al lado del otro, mirando el jardín. El silencio que los rodeaba ya no era opresivo; era un silencio lleno de promesas, de posibilidades. Morag sintió que algo dentro de ella comenzaba a sanar, no de golpe, sino de manera gradual, como un jardín que florece lentamente después de un largo invierno.

—Gracias, Ewan —dijo finalmente, volviéndose hacia él—. Por estar aquí, por no rendirte conmigo. No sé qué habría hecho sin ti.

Ewan le devolvió la mirada, con una ternura que hizo que el corazón de Morag latiera un poco más rápido.

—Siempre estaré aquí para ti, Morag —respondió, tomando sus manos entre las suyas—. No tienes que hacerlo sola. Y aunque el camino sea difícil, estoy dispuesto a caminarlo contigo, paso a paso.

Morag asintió, sintiendo que por primera vez en mucho tiempo, no estaba sola. Con Ewan a su lado, sentía que podría encontrar una manera de reconciliar su pasado con su presente, de permitir que su corazón volviera a abrirse, poco a poco.

Cuando finalmente dejaron la casa, el aire frío del exterior les dio la bienvenida, despejando sus mentes y refrescando sus espíritus. Ewan la acompañó de regreso al pueblo, caminando en un silencio que ahora se sentía cómodo, cargado de entendimiento y de un nuevo tipo de conexión.

El antiguo hogar de Morag, que una vez había sido un lugar de dolor, ahora representaba un paso importante en su viaje hacia la sanación. Aunque el camino aún sería largo, sabía que tenía la fuerza para seguir adelante, gracias a Ewan y al amor que estaba comenzando a nacer entre ellos. Un amor que no reemplazaría lo que había perdido, pero que le daría algo nuevo y hermoso por lo que vivir.

Y mientras caminaban juntos bajo el cielo gris de las Highlands, Morag supo que estaba lista para el siguiente capítulo de su vida.

Capítulo 16: El Despertar del Amor

La cabaña de Morag estaba envuelta en un silencio apacible que solo era perturbado por el suave susurro del viento entre los árboles y el trino lejano de los pájaros. Afuera, el sol se filtraba a través de las ramas, arrojando haces de luz dorada sobre la tierra húmeda del bosque. Dentro, la calidez del hogar de Morag comenzaba a reflejar un cambio sutil, casi imperceptible, en su corazón.

Ewan había pasado la mayor parte de la tarde allí, ayudándola con las tareas diarias. Lo hacía con la naturalidad de alguien que no esperaba nada a cambio, disfrutando simplemente de la compañía mutua. Morag apreciaba su presencia más de lo que se atrevía a admitir. Había algo en la forma en que Ewan la miraba, con una mezcla de comprensión y respeto, que la hacía sentir menos sola en su dolor.

—Aquí tienes, Morag —dijo Ewan con una sonrisa, entregándole un cesto lleno de hierbas frescas que habían recogido juntos—. Estas deberían durar un buen tiempo.

—Gracias, Ewan —respondió ella, su voz suave y contenida—. Has sido de gran ayuda.

Ewan observó la manera en que Morag ordenaba las hierbas en pequeños montones, sus manos moviéndose con una delicadeza que reflejaba la naturaleza misma de su espíritu. Había algo profundamente cautivador en su forma de ser: una mezcla de fortaleza y vulnerabilidad que lo atraía más de lo que podía entender.

—Es un placer, Morag —respondió él—. Sabes que siempre estaré aquí si me necesitas.

Sus palabras eran sencillas, pero estaban cargadas de un significado más profundo que Morag percibía, aunque intentara no darle demasiada importancia. A medida que los días pasaban y Ewan se mantenía a su lado, Morag sentía que las barreras que había construido en torno a su corazón comenzaban a desmoronarse. Era un proceso lento, lleno de dudas y miedos, pero también de una esperanza tímida que se atrevía a germinar en lo más profundo de su ser.

—Has hecho que todo parezca más fácil —dijo Morag, después de un rato de silencio—. No sé cómo agradecerte por todo lo que has hecho.

Ewan dejó el laúd que había estado afinando y la miró con una sonrisa serena.

—No tienes que agradecerme nada —contestó—. Si estar contigo te ayuda de alguna manera, entonces eso es suficiente para mí.

Morag lo miró a los ojos, buscando alguna señal de lo que él realmente sentía. Sabía que entre ellos estaba surgiendo algo más que una simple amistad, pero el miedo la retenía, impidiéndole avanzar. ¿Cómo podría permitirse amar de nuevo cuando el dolor de la pérdida aún estaba tan

presente?

—A veces, me pregunto si realmente estoy lista para esto —admitió Morag, su voz apenas un murmullo—. Para sentir algo más, para dejar atrás lo que fue.

Ewan se acercó lentamente, respetando la distancia que aún existía entre ellos, pero haciendo evidente que estaba dispuesto a cruzarla si ella se lo permitía.

—No tienes que tomar ninguna decisión ahora —dijo con suavidad—. El corazón tiene su propio ritmo, y no se puede forzar. Lo que sientes, sea lo que sea, es válido. Y si en algún momento decides que estás lista para avanzar, estaré aquí.

El silencio se apoderó de la habitación mientras las palabras de Ewan se asentaban en el aire. Morag se dio cuenta de que, por primera vez, no sentía la necesidad de escapar de esos sentimientos. Sabía que Ewan no la presionaría, que no la juzgaría si decidía no avanzar, y eso le daba una sensación de libertad que no había experimentado en mucho tiempo.

Los días siguientes transcurrieron en una extraña calma, donde el tiempo parecía detenerse cada vez que estaban juntos. Ewan continuó visitándola, siempre con una excusa diferente: una nueva canción que quería compartir, una mano amiga para las tareas diarias, o simplemente la necesidad de estar cerca de ella. Morag, aunque aún cautelosa, comenzó a esperar sus visitas con una anticipación que no se atrevía a confesar.

Una tarde, mientras el sol comenzaba a declinar y las sombras se alargaban en el bosque, Ewan llegó a la cabaña con una expresión más seria de lo habitual. Morag lo notó de inmediato, y la preocupación comenzó a crecer en su interior.

—¿Todo está bien? —preguntó, dejando de lado lo que estaba haciendo para mirarlo.

Ewan asintió, pero su sonrisa fue tenue, casi melancólica.

—He estado pensando mucho en nosotros —admitió, sus ojos buscándolos de Morag con una intensidad que la desarmó—. En lo que estamos construyendo, en lo que podría ser si ambos lo quisiéramos.

Morag sintió un nudo formarse en su garganta. Sabía que este momento llegaría, pero aún así, no estaba segura de estar preparada.

—Ewan... —comenzó, pero él la interrumpió con un gesto suave.

—No tienes que decir nada aún —dijo, acercándose un poco más—. Solo quiero que sepas que no espero nada de ti, Morag. Solo quiero que sepas que estoy aquí, y que lo que siento por ti es real. No es algo que puedas ignorar o evitar, lo sé. Pero también sé que estás luchando con tus propios sentimientos, y eso es algo que respeto profundamente.

Morag sintió que sus defensas comenzaban a resquebrajarse. Las palabras de Ewan, llenas de honestidad y respeto, tocaron una parte de su alma que había mantenido oculta durante tanto

tiempo. No era solo el dolor lo que la había mantenido alejada; era también el miedo a volver a perder, a volver a sufrir.

—Tengo miedo, Ewan —confesó finalmente, permitiendo que las lágrimas que había contenido comenzaran a rodar por sus mejillas—. Tengo miedo de abrir mi corazón de nuevo y de que todo termine en más dolor.

Ewan se acercó lo suficiente como para tomar su mano entre las suyas. Su tacto era suave, pero firme, como si quisiera transmitirle toda la seguridad que sentía en ese momento.

—El miedo es algo que todos enfrentamos, Morag —dijo—. Pero también es cierto que, sin arriesgarnos, nunca sabremos lo que podríamos haber tenido. No te estoy pidiendo que olvides lo que sentiste, lo que perdiste. Solo te pido que consideres la posibilidad de que también puedas encontrar felicidad de nuevo.

Morag lo miró a los ojos, buscando en ellos la verdad de sus palabras. Lo que encontró fue una sinceridad tan profunda que la conmovió hasta lo más íntimo de su ser.

—¿Cómo sabes que no nos haré daño a los dos si lo intento? —preguntó, su voz temblando con la duda.

Ewan sonrió con una ternura que desarmó sus últimas defensas.

—Porque yo también tengo miedo —admitió—. Pero estar contigo, compartir estos momentos, me ha enseñado que vale la pena intentarlo. No sé qué nos deparará el futuro, Morag, pero sé que quiero estar contigo para descubrirlo.

El silencio que siguió fue denso, cargado de emociones no dichas y de decisiones aún por tomar. Morag sabía que este era un momento crucial, un punto de no retorno. Podía elegir retroceder, volver a su vida de soledad y dolor, o podía dar un paso hacia adelante, hacia lo desconocido, pero también hacia la posibilidad de algo hermoso.

—Ewan... —comenzó, pero su voz se quebró antes de que pudiera continuar. Respiró hondo, tratando de reunir el valor necesario para decir lo que había guardado en su corazón—. No sé si estoy lista, pero quiero intentarlo. Quiero ver si puedo aprender a amar de nuevo.

Ewan la miró, su expresión iluminándose con una mezcla de sorpresa y alegría.

—Eso es todo lo que necesito escuchar —respondió, su voz baja y cargada de emoción—. No importa cuánto tiempo tome, Morag. Estaré aquí, a tu lado, cada paso del camino.

Con esas palabras, Ewan la atrajo suavemente hacia él, y Morag, por primera vez en tanto tiempo, no se resistió. Apoyó su cabeza en su pecho, sintiendo el ritmo constante de su corazón, y dejó que el calor de su abrazo la envolviera. No era solo consuelo lo que sentía en esos brazos, era algo más, algo que comenzaba a florecer, aunque aún estuviera envuelto en dudas y temores.

Morag sabía que no sería un camino fácil. Sabía que el dolor de su pasado no desaparecería de la

noche a la mañana, y que habría momentos en los que el miedo amenazaría con superarla. Pero también sabía que con Ewan a su lado, tendría la fuerza para enfrentarlo.

—Gracias, Ewan —susurró, cerrando los ojos mientras se aferraba a él—. Por no rendirte conmigo.

Ewan la sostuvo con delicadeza, como si temiera que pudiera romperse.

—Nunca me rendiré contigo, Morag —respondió con firmeza—. Porque lo que siento por

ti es más fuerte que cualquier miedo.

Y en ese momento, bajo el techo de la cabaña que había sido testigo de tanto dolor, nació una promesa silenciosa entre ellos. Una promesa de amor, de paciencia, y de un futuro que, aunque incierto, estaba lleno de posibilidades.

La oscuridad comenzó a envolver el bosque mientras se quedaban allí, abrazados, ambos conscientes de que este era solo el comienzo de algo mucho más grande. Una nueva melodía, compuesta no solo por Ewan, sino por el latir sincronizado de dos corazones heridos que comenzaban a sanar juntos.

Capítulo 17: La Confesión

El cielo sobre las Highlands estaba teñido de tonos cálidos que se desvanecían en el horizonte, mientras el sol se hundía lentamente en el mar. El viento soplaba con suavidad, acariciando la piel de Morag y llevando consigo el aroma salado del océano. Se encontraba en el acantilado, el lugar donde tantas veces había contemplado su vida y su dolor, pero esta vez no estaba sola.

Ewan caminaba a su lado, en silencio. Habían llegado allí sin necesidad de palabras, ambos comprendiendo que el otro buscaba un espacio donde los sentimientos pudieran expresarse libremente, sin las ataduras del pasado o las expectativas del futuro. El acantilado, con su majestuosa vista y su inmensidad, era el lugar perfecto para ello.

El sol, a punto de desaparecer por completo, arrojaba sus últimos rayos sobre el agua, creando un espectáculo de luces doradas que danzaban en la superficie. Morag observaba el paisaje, pero sus pensamientos estaban enfocados en otra cosa, en alguien más. Sentía el peso de las palabras que había guardado durante tanto tiempo, luchando entre el deseo de expresarlas y el miedo que la había mantenido en silencio.

—Es hermoso, ¿verdad? —preguntó Ewan en voz baja, rompiendo el silencio con una suavidad que parecía casi un susurro.

Morag asintió, pero no apartó la vista del horizonte.

—Sí, lo es —respondió, aunque su voz tenía un matiz de tristeza que no pudo disimular.

Ewan la miró de reojo, notando la tensión en sus rasgos, la forma en que sus manos se apretaban juntas, como si intentara aferrarse a algo que estaba a punto de perder.

—Morag, hay algo que quiero decirte —comenzó Ewan, su tono cuidadoso, casi como si estuviera pisando un terreno frágil—. Pero no quiero apresurarte. Solo quiero que sepas que lo que sea que decidas, estaré aquí para ti.

Morag respiró hondo, sintiendo cómo sus emociones comenzaban a agolparse en su garganta, amenazando con desbordarse. Llevaba semanas, meses, luchando con sus sentimientos, con la creciente atracción que sentía por Ewan, y con el miedo abrumador de volver a sufrir.

—Ewan —dijo finalmente, girándose hacia él—. Hay algo que necesito decirte, algo que he estado guardando dentro de mí y que ya no puedo mantener oculto.

Ewan la miró con una paciencia infinita, su expresión reflejando comprensión y apoyo, sin rastro de juicio o presión. Solo un deseo genuino de escuchar lo que ella tenía que decir.

—Desde que... desde que perdí a mi esposo, he sentido que una parte de mí murió con él —

continuó Morag, su voz temblorosa, pero firme—. Pensé que nunca podría volver a sentir nada por nadie más. Que mi corazón estaba demasiado roto para amar de nuevo. Pero tú... —Su voz se quebró, y tuvo que respirar profundamente para continuar—. Tú has logrado algo que nunca pensé posible. Me has hecho sentir otra vez. Me has mostrado que, tal vez, hay una posibilidad de encontrar la felicidad de nuevo.

Ewan dio un paso más cerca, su mirada fija en la de Morag, cada palabra de ella resonando en su corazón como una melodía que había esperado escuchar.

—Pero tengo tanto miedo, Ewan —admitió Morag, con lágrimas comenzando a nublar sus ojos —. Miedo de abrir mi corazón, de perderlo todo otra vez. No sé si podría soportarlo.

Ewan extendió su mano y, con una suavidad que le era propia, la colocó sobre la mejilla de Morag, limpiando una lágrima que se había escapado. Su tacto era cálido, reconfortante, y Morag sintió una oleada de calma recorrer su cuerpo.

—Morag, nunca podré reemplazar lo que has perdido —dijo Ewan con sinceridad—. Y nunca intentaré hacerlo. Lo que tuviste con tu esposo es algo sagrado, algo que siempre será una parte de ti. Pero el amor no es una vela que se apaga para encender otra. Es una llama que puede crecer, que puede expandirse para dar lugar a más luz, a más calor. No quiero reemplazar lo que sentiste. Quiero caminar a tu lado en este nuevo camino, donde podamos construir algo nuevo juntos, algo que honre tu pasado y abrace el futuro.

Morag cerró los ojos, dejándose llevar por la calidez de sus palabras, permitiendo que su miedo comenzara a disolverse, aunque solo fuera un poco.

—¿Y si no puedo hacerlo? —susurró, abriendo los ojos para mirarlo—. ¿Y si nunca puedo amarte como tú mereces ser amado?

Ewan esbozó una sonrisa, llena de ternura.

—Eso no es algo que puedas saber ahora —respondió—. Y no es algo que espero que sepas. Lo único que importa es que estás dispuesta a intentarlo. Y eso, Morag, es todo lo que necesito.

Las palabras de Ewan eran como un bálsamo para las heridas abiertas de Morag. Sintió que una pequeña chispa de esperanza se encendía en su interior, algo que había creído imposible después de tanto tiempo de dolor.

—No sé cómo agradecerte, Ewan —dijo, su voz apenas un susurro—. Por estar aquí, por ser tan paciente conmigo.

—No tienes que agradecerme nada —respondió Ewan, inclinándose ligeramente hacia ella, sus ojos reflejando una profunda emoción—. Yo también estoy aprendiendo, también estoy creciendo a tu lado. Lo que siento por ti, Morag, es algo que me ha cambiado, que me ha hecho querer ser mejor, no solo para mí, sino para ti.

Morag lo miró, sintiendo cómo sus corazones latían al unísono, como si fueran dos melodías que,

finalmente, comenzaban a armonizar. Y entonces, sin pensarlo demasiado, hizo algo que nunca hubiera creído posible. Se acercó más a Ewan, acortando la distancia entre ellos, y lo besó.

El beso fue suave, tierno, una promesa de lo que podría ser. Ewan respondió con una dulzura infinita, sus labios moviéndose con cuidado, sin prisa, permitiendo que el momento se desarrollara con la naturalidad de algo destinado a ser.

Cuando se separaron, ambos se quedaron en silencio, mirándose con una mezcla de asombro y alegría. Había sido un paso pequeño, pero un paso crucial hacia algo mucho más grande.

—Esto es solo el comienzo —dijo Ewan, su voz baja, como si temiera romper la magia del momento—. No sé qué nos deparará el futuro, Morag, pero estoy dispuesto a descubrirlo contigo.

Morag asintió, sintiendo que las palabras ya no eran necesarias. Habían dicho todo lo que necesitaban decir, y ahora solo quedaba el camino por delante, un camino que sabían que no estaría libre de desafíos, pero que también prometía la posibilidad de una nueva vida, de un nuevo amor.

Juntos, se quedaron allí, en el borde del acantilado, viendo cómo el sol se ocultaba por completo y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo nocturno. Era un nuevo capítulo en sus vidas, uno que aún estaba por escribirse, pero que ya estaba lleno de esperanza y promesas.

Mientras el viento susurraba a su alrededor, Morag supo que, aunque el dolor de su pérdida nunca desaparecería por completo, ahora tenía algo más. Tenía a Ewan, y con él, la posibilidad de amar de nuevo, de encontrar la felicidad en los rincones más inesperados de la vida.

Y en ese instante, mientras se apoyaba en Ewan y sentía su calor, Morag dejó que la esperanza llenara su corazón, sabiendo que, por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesta a dejar que la vida la sorprendiera.

Capítulo 18: La Resistencia Interna

La luz del día comenzaba a desvanecerse en las Highlands, tiñendo el cielo de un suave púrpura que se mezclaba con los tonos dorados del atardecer. En la cabaña de Morag, la atmósfera era tranquila, pero una tensión sutil llenaba el aire, apenas perceptible, pero imposible de ignorar.

Morag se encontraba junto a la ventana, observando el paisaje con una expresión ausente. El aire fresco entraba por la ventana entreabierta, moviendo suavemente los mechones de su cabello. Pero en su mente, el torbellino de emociones que había mantenido a raya durante tanto tiempo comenzaba a desatarse. Había pasado días tratando de mantener el control, de no dejar que sus sentimientos por Ewan la dominaran, pero ahora, mientras la luz del sol se desvanecía, sus miedos emergían con fuerza renovada.

El amor que empezaba a sentir por Ewan la asustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Aunque su corazón latía con una nueva esperanza desde su confesión en el acantilado, había algo dentro de ella que no podía ignorar: el miedo a revivir la pérdida, a sentir el dolor desgarrador que la había dejado en ruinas la primera vez. Era un miedo profundo, enraizado en su alma, y ahora, a medida que sus sentimientos por Ewan se hacían más intensos, ese miedo crecía en proporción.

Había pasado tantas noches pensando en su esposo, en lo que habían compartido, en lo que habían perdido. A veces sentía que traicionaba su memoria al permitir que otro hombre entrara en su vida. Otras veces, se sentía culpable por no poder entregar todo su corazón a Ewan, sabiendo que él merecía más que las migajas de lo que quedaba de su capacidad de amar.

Se apartó de la ventana, incapaz de seguir enfrentando esos pensamientos. Se sentía atrapada en un ciclo interminable de esperanza y temor, y no sabía cómo romperlo. Caminó por la cabaña, sin rumbo fijo, tocando los objetos que le recordaban a su esposo: una fotografía enmarcada, una silla en la que solía sentarse, las cartas que le había escrito. Cada cosa la anclaba al pasado, impidiéndole avanzar.

Y entonces, como si el destino quisiera poner a prueba su determinación, escuchó un golpe suave en la puerta. Su corazón dio un vuelco, reconociendo de inmediato el ritmo familiar. Sabía que era Ewan, y por un breve instante, se sintió aliviada de que hubiera venido. Pero ese alivio fue rápidamente reemplazado por una oleada de pánico. No estaba lista para enfrentarlo, no cuando sus emociones estaban tan en conflicto.

Con un suspiro, se dirigió a la puerta y la abrió lentamente. Ewan estaba allí, con una sonrisa que no alcanzaba a ocultar la preocupación en sus ojos. Sostenía un pequeño ramo de flores silvestres, y su presencia, como siempre, irradiaba una calidez reconfortante.

—Morag —saludó Ewan con suavidad, extendiendo el ramo hacia ella—. Pensé en ti cuando vi

estas flores. No pude evitar traértelas.

Morag tomó las flores con una leve sonrisa, aunque su corazón se sentía pesado.

—Gracias, Ewan —dijo, su voz casi un susurro—. Son preciosas.

Ewan la observó por un momento, notando la distancia en sus ojos, una distancia que no había estado allí la última vez que se habían visto. Sintió una punzada de preocupación, pero no quiso presionarla. Sabía que Morag tenía sus propios demonios con los que luchar, pero no podía evitar sentir que algo andaba mal.

—¿Puedo pasar? —preguntó, esperando una invitación.

Morag dudó un instante, pero finalmente dio un paso atrás y lo dejó entrar. Ewan caminó hacia el interior de la cabaña, su mirada recorriendo el lugar que conocía bien, pero que hoy parecía más frío, más distante. Algo había cambiado, y aunque no podía precisar qué era, lo sentía en cada fibra de su ser.

—He estado pensando en lo que hablamos en el acantilado —comenzó Ewan, con un tono tranquilo, pero cargado de sinceridad—. Sobre lo que compartiste conmigo.

Morag asintió, sintiendo que su garganta se cerraba. Sabía que no podía seguir evitando esta conversación, pero al mismo tiempo, deseaba poder huir, alejarse de todo.

—Morag, quiero que sepas que no estoy aquí para presionarte —continuó Ewan, acercándose a ella con cuidado, como si temiera que un movimiento en falso pudiera romperla en pedazos—. Solo quiero estar a tu lado, apoyarte en lo que necesites, sin importar lo que decidas.

Las palabras de Ewan, tan llenas de comprensión y amor, solo hicieron que el conflicto dentro de Morag se intensificara. Quería aceptar su apoyo, dejarse llevar por sus sentimientos, pero cada vez que lo intentaba, el miedo la paralizaba.

—Ewan, yo... —Morag se interrumpió, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Se giró para dejar las flores en una mesa cercana, tratando de ganar tiempo, pero sabía que no podía esquivar esta conversación por mucho más tiempo—. No sé si puedo hacer esto.

Ewan sintió un nudo formarse en su estómago, pero mantuvo su voz firme y tranquila.

—¿Qué es lo que no puedes hacer? —preguntó con suavidad.

Morag lo miró a los ojos, y vio en ellos la misma paciencia infinita que siempre había mostrado, pero también detectó una sombra de dolor, una preocupación genuina por ella. No quería hacerle daño, pero sabía que, si seguía adelante con esta relación, podría terminar haciéndolo.

—Tengo miedo, Ewan —admitió finalmente, su voz quebrada—. Miedo de volver a amar y perder. No sé si podría sobrevivir a otra pérdida como la que sufrí con mi esposo.

Ewan dio un paso más cerca, resistiendo la urgencia de tomarla en sus brazos, sabiendo que eso podría ser demasiado para ella en ese momento.

—Lo entiendo, Morag —dijo, su voz cargada de ternura—. Entiendo que el miedo es poderoso, que puede nublar todo lo demás. Pero también creo que el amor es más fuerte. Y no te pido que dejes de sentir miedo de un día para otro. Solo te pido que me dejes estar a tu lado mientras lo superas, a tu propio ritmo.

Morag cerró los ojos, dejando que las lágrimas que había estado conteniendo se deslizaran por sus mejillas. Quería tanto creer en lo que Ewan decía, en la posibilidad de un futuro donde el miedo no la dominara, pero le costaba tanto dejarse llevar.

—No quiero hacerte daño —susurró, temiendo que sus palabras fueran un presagio de lo que podría ocurrir si no lograba superar sus miedos—. No quiero que esperes por algo que tal vez nunca pueda darte.

Ewan sacudió la cabeza, negando con firmeza.

—Eso no depende solo de ti, Morag. Yo también tengo mi elección, y elijo estar aquí contigo, a pesar de todo. Sé que no será fácil, pero estoy dispuesto a enfrentar lo que sea, porque te amo.

Morag sintió que su corazón latía con fuerza ante esa declaración, pero al mismo tiempo, el peso de sus dudas la mantenía atada al suelo. Quería creer que el amor de Ewan era suficiente para superar sus temores, pero cada vez que se permitía imaginar un futuro juntos, el espectro de la pérdida la perseguía.

—Ewan... —empezó, pero las palabras murieron en sus labios. No sabía cómo seguir, cómo expresar el torbellino de emociones que la consumía.

Ewan no dijo nada más. Sabía que había dicho todo lo que podía, que ahora le correspondía a Morag decidir cómo avanzar. Así que, en lugar de seguir presionándola, hizo lo único que sabía que podía hacer sin lastimarla: se acercó y la tomó de la mano, apretándola con suavidad, ofreciéndole su apoyo silencioso.

Morag sintió el calor de su mano, y por un instante, permitió que la calidez la envolviera, que el simple contacto de Ewan calmara el tumulto en su interior. Pero la paz fue breve, y pronto el miedo volvió a aferrarse a ella, susurrándole al oído que no podía permitirse ser feliz, que la felicidad era demasiado frágil, demasiado efímera.

Con un suspiro tembloroso, se apartó de Ewan, retirando su mano y dando un paso atrás. El gesto fue como un balde de agua fría para Ewan, quien sintió cómo el dolor de la distancia se abría paso en su pecho.

—Lo siento —dijo Morag, su voz apenas un murmullo—. Necesito tiempo.

Ewan asintió, ocultando el dolor que esas palabras le causaban.

—Todo el tiempo que necesites, Morag —respondió, con una sonrisa triste, pero sincera—. Estaré aquí, cuando estés lista.

Morag lo miró por última vez, su corazón dividido entre la necesidad de protegerse y el deseo de abrirse a

un nuevo amor. Pero en ese momento, el miedo ganó, y supo que necesitaba distanciarse para no hacerle daño a Ewan, para no lastimarse a sí misma más de lo que ya estaba.

—Gracias, Ewan —fue todo lo que pudo decir antes de que él se retirara, dejándola sola en su cabaña, sola con sus pensamientos y sus temores.

Cuando Ewan salió, el silencio llenó la cabaña, y Morag se dejó caer en una silla, sintiendo que una parte de ella se había roto nuevamente. Había tenido la oportunidad de encontrar una nueva vida, un nuevo amor, pero el miedo había sido más fuerte. Ahora, solo quedaba la incertidumbre de lo que vendría después, si es que había algo más que el vacío que la envolvía.

Miró las flores que Ewan le había traído, y un sollozo escapó de sus labios. Quería tanto, pero al mismo tiempo, no sabía si podía permitirse tenerlo. El amor, para ella, siempre había sido una fuente de alegría, pero también de dolor. Y después de todo lo que había vivido, no estaba segura de poder arriesgarse a sentir ese dolor de nuevo.

Pero en lo más profundo de su ser, una pequeña voz le susurraba que tal vez, solo tal vez, Ewan era diferente. Tal vez, este amor valía la pena, incluso si el riesgo era grande. Sin embargo, por ahora, Morag solo podía enfrentarse a sus propios demonios, con la esperanza de que algún día, tendría la fuerza para dejar de resistirse y abrir su corazón nuevamente.

Con un suspiro, Morag se levantó y cerró la puerta de su cabaña, dejando fuera la oscuridad que comenzaba a envolver el mundo exterior, mientras la noche caía sobre las Highlands. Pero dentro de su corazón, la batalla entre el amor y el miedo continuaba, y sabía que la verdadera oscuridad estaba allí, dentro de ella, esperando ser superada.

Capítulo 19: La Carta No Escrita

El salón del castillo MacLeod estaba en silencio, roto sólo por el crepitar del fuego en la gran chimenea. La luz parpadeante iluminaba tenuemente las paredes de piedra, proyectando sombras que bailaban al ritmo de las llamas. Ewan MacLeod, sentado en un pesado escritorio de roble, sostenía una pluma entre los dedos, su mirada fija en el papel en blanco frente a él. El silencio a su alrededor contrastaba con el torbellino de emociones que se agitaban en su interior.

Habían pasado días desde que Morag se había alejado de él, días en los que Ewan había intentado, sin éxito, acercarse a ella. Cada intento había sido en vano; Morag se había encerrado en sí misma, dejándolo a él en un doloroso limbo de incertidumbre y preocupación. Sabía que ella luchaba con su propio dolor, con los fantasmas de un pasado que aún la atormentaban, pero la distancia que había crecido entre ellos era algo que él no podía soportar por más tiempo.

Ewan había decidido escribirle una carta, con la esperanza de que, al plasmar sus sentimientos en palabras, pudiera encontrar la manera de llegar a su corazón, de derribar las barreras que Morag había erigido a su alrededor. Pero ahora, frente al papel en blanco, se sentía incapaz de escribir siquiera una palabra. Todo lo que había imaginado, todos los pensamientos que había ensayado una y otra vez en su mente, se desvanecían cuando intentaba plasmarlos en la hoja.

Suspiró, dejando la pluma a un lado y pasando una mano por su cabello, frustrado. Las palabras que deseaba escribir eran simples en su intención, pero demasiado complejas en su significado. Quería decirle a Morag cuánto la amaba, cuánto la necesitaba, pero cada intento de expresar esos sentimientos parecía superficial, insuficiente para comunicar la profundidad de su amor.

El fuego en la chimenea crepitó, como si respondiera a su frustración, y Ewan cerró los ojos por un momento, intentando calmar su mente. Pensó en Morag, en cómo había sido su vida desde que la había conocido. Recordó sus primeros encuentros, su tristeza palpable, y cómo había sentido, desde el principio, la necesidad de protegerla, de ser el refugio que ella tanto necesitaba. Pero ahora, sentía que la estaba perdiendo, que sus miedos eran más fuertes que cualquier sentimiento que pudiera tener por él.

Ewan volvió a abrir los ojos y miró el papel en blanco. Sabía que las palabras no vendrían, al menos no de la manera que deseaba. La verdad era que lo que sentía por Morag no podía ser reducido a una carta; requería de su presencia, de su voz, de la conexión que solo podía lograrse al estar cara a cara. Necesitaba verla, mirarla a los ojos, y decirle todo lo que su corazón clamaba.

Se levantó de la silla con decisión, dejando la carta sin escribir sobre el escritorio. Había estado escondiéndose detrás de las palabras no dichas, pero ya no más. Sabía que debía enfrentarse a Morag, hablarle directamente, y dejar que su amor se manifestara en cada gesto, en cada mirada. No podía esperar más, no podía permitir que la distancia entre ellos se convirtiera en un abismo

imposible de cruzar.

El aire frío de la noche lo envolvió cuando salió del castillo, la luna brillaba alta en el cielo, bañando las Highlands en un resplandor plateado. El camino hacia la cabaña de Morag no era largo, pero en la quietud de la noche, cada paso resonaba en la tierra helada, como un eco de la determinación que lo impulsaba a seguir adelante. El viento susurraba entre los árboles, y Ewan, con el corazón acelerado, se preparó para lo que estaba por venir.

Cuando la cabaña apareció ante él, Ewan se detuvo un instante, su mirada recorriendo la pequeña estructura que tanto significaba para Morag. Sabía que allí residían sus recuerdos más dolorosos, y que entrar en ese espacio era como adentrarse en un territorio sagrado. Pero también sabía que no podía retroceder ahora. Con un suspiro, avanzó y golpeó suavemente la puerta.

Pasaron unos segundos antes de que la puerta se abriera, y cuando lo hizo, Morag apareció en el umbral, envuelta en una manta de lana, su rostro mostrando una mezcla de sorpresa y cansancio. La expresión en sus ojos reflejaba la lucha interna que había estado librando, una lucha que Ewan conocía bien.

—Ewan… —su voz fue apenas un susurro, como si no pudiera creer que él estuviera allí.

Ewan se tomó un momento para mirarla, para grabar en su memoria cada detalle de ese momento. La luz de la luna iluminaba suavemente su rostro, y a pesar de la tristeza que aún veía en sus ojos, Ewan sintió una oleada de amor que lo envolvió por completo.

—Morag, no puedo seguir así —dijo finalmente, su voz firme pero cargada de emoción—. No puedo seguir sin hablar contigo, sin decirte lo que siento.

Morag bajó la mirada, como si estuviera debatiéndose entre dejarlo entrar o mantener la distancia que había impuesto. Pero Ewan no estaba dispuesto a dejar que esa barrera se mantuviera entre ellos. Dio un paso adelante, extendiendo una mano hacia ella, aunque no la tocó.

—He intentado darte espacio, respetar tus deseos, pero cada día que pasa sin ti es más difícil para mí. Necesito que sepas lo que siento, que entiendas que no puedo simplemente dejarte ir.

Morag alzó la vista, sus ojos encontrando los de Ewan. Había algo en su mirada, una mezcla de vulnerabilidad y temor, que le hizo darse cuenta de cuán profundamente estaba afectada por todo lo que estaba ocurriendo entre ellos.

—No es que no te quiera, Ewan —dijo ella, su voz temblando—. Pero tengo tanto miedo… miedo de volver a amar, de perder a alguien de nuevo. No sé si puedo soportarlo.

Ewan asintió, comprendiendo el dolor detrás de sus palabras. Sabía que Morag había sufrido más de lo que él podría imaginar, que la pérdida de su esposo la había dejado marcada de una manera que aún no podía superar. Pero también sabía que su amor por ella era real, tan real como el dolor que ella sentía, y que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para demostrarle que juntos podían superar cualquier cosa.

—No te pido que dejes de tener miedo, Morag —respondió con suavidad—. Solo te pido que me dejes estar a tu lado, que me permitas ayudarte a enfrentar esos miedos. No tienes que hacerlo sola.

Morag se quedó en silencio, y por un momento, Ewan temió que lo rechazara. Pero entonces, vio cómo una lágrima caía por su mejilla, y supo que sus palabras habían llegado al corazón de ella. Morag respiró hondo, como si estuviera tomando una decisión importante, y luego dio un paso hacia él, dejando que la manta cayera de sus hombros.

—No sé si puedo prometerte que será fácil —dijo, su voz apenas un susurro—. Pero estoy dispuesta a intentarlo, si tú estás a mi lado.

Ewan sintió que su corazón se llenaba de alivio, de una esperanza que creía perdida. Sin decir una palabra, la tomó en sus brazos, abrazándola con una ternura que hablaba de todo lo que no podía expresar con palabras. Morag se aferró a él, permitiéndose, por primera vez en mucho tiempo, dejar que alguien más compartiera el peso de su dolor.

La noche los envolvió en un manto de paz, mientras se quedaban allí, en la entrada de la cabaña, dos almas heridas que finalmente se habían encontrado. Ewan supo entonces que todo lo que había pasado valía la pena, porque ahora tenía a Morag en sus brazos, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para mantenerla allí.

Morag levantó la vista, sus ojos brillando con una mezcla de lágrimas y gratitud.

—Gracias, Ewan —murmuró—. Gracias por no rendirte conmigo.

Ewan sonrió, besando suavemente su frente.

—Nunca lo haré, Morag. Nunca.

El viento sopló suavemente alrededor de ellos, llevando consigo las palabras que no necesitaban ser dichas. Porque en ese momento, ambos sabían que habían encontrado en el otro la fuerza para seguir adelante, la esperanza de un futuro en el que el amor podía ser más fuerte que el miedo.

Morag, aún envuelta en los brazos de Ewan, se dio cuenta de que por primera vez en mucho tiempo, no estaba huyendo. Estaba dispuesta a enfrentar lo que viniera, porque ahora sabía que no tendría que hacerlo sola. Con Ewan a su lado, sentía que podía empezar a sanar, a dejar que el amor volviera a florecer en su corazón.

Ewan la miró a los ojos, y en ese momento, supo que había llegado al corazón de Morag. Lo que había comenzado como una simple atracción se había convertido en algo mucho más profundo, algo que estaba dispuesto a proteger con todo su ser.

—Vamos adentro —dijo Morag finalmente, con una pequeña sonrisa—. Hay mucho que necesitamos hablar, mucho que debemos compartir.

Ewan asintió, tomando su mano mientras entraban juntos en la cabaña. Sabía que este era solo el

comienzo de un nuevo capítulo en sus vidas, uno en el que estarían juntos, enfrentando sus miedos, pero también celebrando el amor que habían encontrado en medio de la oscuridad.

Mientras cerraba la puerta detrás de ellos, Ewan se dio cuenta de que, aunque las palabras en la carta no habían salido, había encontrado algo mucho más valioso: el regreso al corazón de Morag, el lugar donde realmente pertenecía.

Capítulo 20: El Regreso al Corazón

La cabaña de Morag se encontraba en silencio, su modesta estructura solitaria en medio del paisaje invernal de las Highlands. El aire estaba cargado de una quietud pesada, como si incluso la naturaleza contuviera el aliento en espera de lo que estaba por venir. En el interior, Morag Campbell se encontraba sentada en una silla junto a la chimenea, observando cómo las llamas danzaban suavemente, proyectando sombras cálidas sobre las paredes de madera. Sus pensamientos eran un torbellino de emociones, un caótico remolino que no la dejaba encontrar paz.

Desde que había decidido alejarse de Ewan, había estado luchando con una mezcla de tristeza y alivio, sintiendo que había tomado la decisión correcta para protegerse, pero también sintiendo el vacío que su ausencia había dejado. Sabía que se había apartado de él por miedo, pero ese miedo también la estaba consumiendo, impidiéndole ver con claridad lo que realmente deseaba.

Un golpe en la puerta rompió el silencio de la cabaña, haciendo que Morag se sobresaltara. Su corazón latió con fuerza mientras se levantaba lentamente, su mente adivinando quién podría ser a estas horas. Mientras se acercaba a la puerta, intentó calmar sus nervios, pero era inútil. Abrió la puerta con manos temblorosas y, tal como lo había esperado, encontró a Ewan de pie, su rostro iluminado por la luz suave de la luna que se filtraba entre los árboles.

Ewan parecía una figura sacada de un sueño, su presencia imponente y al mismo tiempo reconfortante. Su expresión, sin embargo, era seria, sus ojos reflejando una determinación que Morag no había visto antes. Durante unos segundos, ambos se quedaron en silencio, simplemente mirándose, como si con solo ese gesto pudieran decirse todo lo que sentían.

Finalmente, Ewan rompió el silencio.

—Morag, no puedo seguir así —dijo, su voz baja pero cargada de emoción—. No puedo seguir viéndote alejarte de mí, sabiendo que lo haces por miedo, pero también sabiendo que hay algo más entre nosotros, algo que no podemos ignorar.

Morag sintió un nudo en la garganta al escuchar sus palabras. Quería responder, pero las palabras se le atascaban en la garganta, incapaz de expresar el conflicto interno que la consumía. Dio un paso atrás, invitándolo a entrar, y Ewan cruzó el umbral con una mezcla de cautela y resolución.

Cerró la puerta detrás de él, y el sonido del cerrojo resonó en la pequeña cabaña como un eco de lo inevitable. Ambos se quedaron de pie en el centro de la habitación, tan cerca el uno del otro y al mismo tiempo, tan distantes emocionalmente. Ewan tomó aire, como si necesitara reunir fuerzas antes de hablar.

—Morag, sé que has pasado por más dolor del que puedo imaginar —comenzó, su voz suave, pero firme—. Y sé que el miedo a volver a amar y perder es algo que te atormenta. Pero también

sé que no podemos vivir nuestras vidas dejando que ese miedo nos controle. No puedo prometerte que nunca habrá dolor, pero sí puedo prometerte que estaré a tu lado, pase lo que pase.

Las palabras de Ewan cayeron sobre Morag como un bálsamo, pero también como un desafío. Se cruzó de brazos, abrazándose a sí misma, como si intentara protegerse de lo que estaba escuchando. Su mirada se desvió hacia el fuego, incapaz de sostener la intensidad de los ojos de Ewan.

—Ewan, no sé si soy capaz de volver a amar —admitió finalmente, su voz temblando—. He intentado seguir adelante, pero cada vez que siento que puedo hacerlo, el miedo regresa y me paraliza. No quiero perderte, pero no sé si puedo soportar la posibilidad de volver a sufrir.

Ewan dio un paso hacia ella, sus movimientos cautelosos, pero llenos de una determinación inquebrantable. Sabía que debía ser paciente, pero también sabía que este era el momento de dejar en claro lo que sentía.

—No tienes que tomar esta decisión sola —dijo con suavidad—. No te estoy pidiendo que ignores tu dolor, ni que olvides lo que has pasado. Pero quiero que me dejes ayudarte a llevar esa carga. No quiero que enfrentes tus miedos sola, quiero que lo hagamos juntos.

Morag alzó la vista, encontrando los ojos de Ewan que la miraban con una mezcla de ternura y resolución. Había algo en su mirada que la hizo sentirse comprendida, como si finalmente hubiera encontrado a alguien dispuesto a aceptarla con todas sus heridas y cicatrices. Pero también había una parte de ella que seguía luchando, que seguía queriendo retroceder.

—No es tan sencillo —dijo, su voz apenas un susurro—. Me he protegido durante tanto tiempo que no sé si puedo abrir mi corazón otra vez.

Ewan dio otro paso hacia ella, cerrando la distancia entre ambos. Su mano se alzó lentamente, y con una suavidad que casi la desarmó, rozó su mejilla, levantando su rostro hacia él.

—No tiene que ser sencillo, Morag —respondió—. El amor no lo es, pero eso no lo hace menos valioso. Si me dejas, te prometo que juntos encontraremos la manera de sanar. No tienes que decidir ahora mismo, pero quiero que sepas que no me iré a ningún lado. Estoy aquí para ti, siempre lo estaré.

Las lágrimas comenzaron a llenar los ojos de Morag, y por un momento, pensó en alejarse, en volver a erigir el muro que había construido alrededor de su corazón. Pero algo en la voz de Ewan, en la sinceridad de su tono, la hizo dudar. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que había encontrado a alguien que la entendía, que no la presionaba, pero que tampoco la dejaría rendirse.

—Tengo tanto miedo, Ewan —admitió, una lágrima rodando por su mejilla—. Tanto miedo de volver a perder a alguien que amo.

Ewan bajó la mano, pero no se alejó. Su proximidad era reconfortante, su presencia un ancla en la tormenta emocional que la sacudía.

—El miedo es natural, Morag —dijo con suavidad—. Pero no podemos dejar que nos robe la posibilidad de vivir. Estoy aquí, y quiero que vivamos juntos, que enfrentemos esos miedos y los derrotemos. Porque lo que siento por ti es más fuerte que cualquier miedo.

Morag lo miró, y en sus ojos vio la verdad de sus palabras. Ewan no la estaba presionando, no le estaba pidiendo que olvidara su pasado, sino que enfrentara su futuro con él. Algo en su interior se rompió, no de dolor, sino de liberación. Era como si, al fin, pudiera dejar de luchar contra sí misma, como si pudiera aceptar que merecía una segunda oportunidad para ser feliz.

Sin decir una palabra más, dio un paso hacia él y lo abrazó, su rostro escondido en su pecho, dejando que las lágrimas fluyeran libremente. Ewan la sostuvo con fuerza, sus brazos envolviéndola en una promesa silenciosa de que nunca la dejaría caer. Morag, por primera vez, dejó que alguien más compartiera su dolor, permitiéndose ser vulnerable, pero también sintiéndose segura en la presencia de Ewan.

El silencio en la cabaña se llenó con el sonido de su respiración, con la promesa no dicha de un futuro compartido. Cuando finalmente se separaron, Morag lo miró a los ojos, su expresión mostrando una mezcla de determinación y aceptación.

—No quiero seguir viviendo con miedo, Ewan —dijo, su voz aún temblorosa, pero firme—. Quiero intentar ser feliz otra vez. Quiero intentarlo contigo.

Ewan sonrió, una sonrisa cálida y llena de amor, mientras acariciaba suavemente su mejilla.

—Eso es todo lo que pido, Morag. Que lo intentemos juntos.

Ewan la abrazó de nuevo, y Morag sintió que algo cambiaba dentro de ella, una especie de liberación que la hacía sentir más ligera, más abierta a la posibilidad de un futuro diferente. Sabía que no sería fácil, que aún habría días oscuros y momentos de duda, pero también sabía que, con Ewan a su lado, esos días serían más llevaderos.

El fuego en la chimenea seguía crepitando suavemente, como un eco del nuevo calor que comenzaba a florecer en el corazón de Morag. Ewan la tomó de la mano y la llevó hasta el sofá junto a la chimenea, donde se sentaron juntos, disfrutando de la simple compañía del otro.

Hablaron hasta altas horas de la noche, compartiendo sus pensamientos, sus miedos, y sus esperanzas para el futuro. Morag, por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz, sabiendo que había encontrado en Ewan a alguien en quien podía confiar completamente, alguien con quien podía construir un nuevo comienzo.

Mientras la noche avanzaba y el cansancio los vencía, Ewan la acunó en sus brazos, y Morag se dejó llevar por el sueño, su corazón latiendo en sintonía con el de él. Juntos, sabían que enfrentarían lo que viniera, y

que lo harían con la fuerza del amor que, finalmente, habían encontrado en medio del dolor.

El viento fuera de la cabaña susurraba suavemente, como una canción que solo ellos podían escuchar, una melodía que prometía un futuro lleno de esperanza y amor compartido.

Capítulo 21: La Transformación del Dolor

El sol apenas comenzaba a filtrarse entre los altos árboles del bosque cercano al castillo MacLeod, proyectando sombras largas y suaves sobre el suelo cubierto de hojas. Los pájaros cantaban alegremente en la distancia, sus trinos llenando el aire con una melodía que parecía prometer un nuevo comienzo. Morag respiró profundamente, dejando que el aire fresco y limpio le llenara los pulmones, mientras caminaba lentamente junto a Ewan por el sendero que serpenteaba entre los árboles.

Había algo en la serenidad del bosque que siempre había calmado a Morag, pero hoy era diferente. Hoy, por primera vez en mucho tiempo, sentía que ese aire fresco no solo le llenaba los pulmones, sino también el alma. Caminaba al lado de Ewan, sus manos entrelazadas, y cada paso que daba se sentía como una afirmación de la decisión que había tomado la noche anterior: enfrentar sus miedos y abrazar la posibilidad de un futuro junto a él.

Ewan, a su lado, estaba en silencio, respetando el momento, pero su presencia era constante y reconfortante. Sabía que este día era importante para Morag, y había querido que lo pasaran en el lugar donde él siempre encontraba paz e inspiración. Los árboles altos y majestuosos, el susurro del viento entre las hojas, y la suave alfombra de musgo bajo sus pies creaban un ambiente casi mágico, perfecto para lo que ambos necesitaban.

Finalmente, llegaron a un pequeño claro, un lugar que Ewan había descubierto hacía años y que se había convertido en su refugio personal. El sol brillaba aquí con más fuerza, iluminando el espacio con una luz dorada que parecía envolverlos en un cálido abrazo. En el centro del claro, una pequeña colina se elevaba ligeramente, ofreciendo una vista perfecta de los árboles que rodeaban el lugar.

—Este es mi lugar favorito —dijo Ewan suavemente, soltando la mano de Morag para caminar hacia la colina—. Aquí es donde vengo cuando necesito pensar, cuando necesito claridad.

Morag lo siguió, observando cómo Ewan se movía con una facilidad natural en este entorno, como si el bosque y él fueran uno solo. Al llegar a la cima de la colina, se sentaron juntos en la suave hierba, mirando el paisaje que se extendía ante ellos. El mundo parecía tan tranquilo, tan lleno de posibilidades en ese momento, que Morag sintió una punzada de emoción en su pecho.

—Es hermoso —murmuró, sus ojos recorriendo el entorno—. Puedo entender por qué este lugar es especial para ti.

Ewan sonrió, pero su mirada estaba fija en el horizonte.

—Quería traerte aquí porque sentí que necesitábamos un lugar donde pudiéramos dejar atrás todo el dolor, aunque sea por un momento. Un lugar donde podamos empezar a construir algo nuevo, juntos.

Morag lo miró, sus palabras resonando en su corazón. Había sido un largo viaje emocional para ella, lleno de altibajos, pero en ese instante, mientras sentía la brisa acariciando su rostro y escuchaba el murmullo de la naturaleza a su alrededor, supo que había hecho lo correcto al abrirse a Ewan. Por primera vez, la idea de construir un futuro no le parecía tan aterradora.

—Gracias, Ewan —dijo, su voz suave pero firme—. No sé qué habría hecho sin ti. Has sido mi roca, y me has mostrado que todavía hay belleza en el mundo, incluso después de todo el dolor.

Ewan giró la cabeza para mirarla, su expresión seria pero tierna.

—No he hecho más que estar aquí para ti, Morag. Lo que has logrado, lo has hecho tú misma. Has sido increíblemente fuerte, incluso cuando no te sentías así.

Morag sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, pero esta vez no eran de tristeza, sino de gratitud. Extendió su mano para tomar la de Ewan, entrelazando sus dedos con los de él.

—Creo que me gustaría hacer algo —dijo después de un momento de silencio—. Algo que celebre todo lo que hemos pasado y lo que estamos construyendo juntos.

Ewan la miró con curiosidad, su ceja arqueada en una pregunta no dicha.

—¿Qué tienes en mente?

Morag sonrió, una pequeña chispa de emoción encendiéndose en su interior.

—Quiero que compongamos una canción juntos. Algo que capture todo lo que hemos vivido, pero también lo que esperamos para el futuro.

Ewan se quedó en silencio por un momento, claramente sorprendido por la sugerencia. Pero luego, una sonrisa lenta y llena de calidez se extendió por su rostro.

—Me parece una idea perfecta —respondió, apretando suavemente su mano—. Juntos, podemos crear algo hermoso.

Durante las horas que siguieron, Ewan y Morag se sumergieron en la creación de su canción. Ewan sacó su laúd, y juntos empezaron a experimentar con diferentes melodías, buscando un sonido que reflejara tanto la tristeza como la esperanza que sentían. Morag, que había pasado tanto tiempo encerrada en su dolor, se encontró perdiéndose en la música, permitiendo que cada nota la guiara hacia una nueva comprensión de sí misma y de lo que podía ser su futuro.

Las palabras vinieron después, con Ewan y Morag intercambiando ideas, creando versos que hablaban de dolor transformado en amor, de cicatrices que se convertían en símbolos de fuerza. Morag no era una poetisa, pero encontró que sus emociones fluían fácilmente en la forma de letras, cada palabra nacida de lo más profundo de su corazón.

La canción tomó forma lentamente, como si estuviera esperando el momento adecuado para

nacer. Y cuando finalmente lo hizo, Morag y Ewan se miraron, sabiendo que habían creado algo más que una simple melodía. Habían creado un reflejo de su viaje, un testimonio de su resiliencia y amor. La canción, con sus notas melancólicas pero esperanzadoras, era un símbolo de todo lo que habían superado y de lo que aún les quedaba por descubrir juntos.

—Creo que lo hemos logrado —dijo Ewan finalmente, su voz apenas un susurro mientras tocaba las últimas notas en su laúd.

Morag asintió, su corazón lleno de una emoción indescriptible. Sentía que había cerrado un ciclo, que había transformado su dolor en algo bello y significativo. Miró a Ewan, y en su expresión vio la misma satisfacción, la misma conexión profunda que sentía en su interior.

—Es hermosa —murmuró, sus ojos brillando con lágrimas contenidas—. No podría haberla hecho sin ti.

Ewan la miró con una ternura que la hizo sentir segura y amada.

—La hicimos juntos, Morag. Y eso es lo que la hace especial.

Se quedaron en silencio por un largo rato, disfrutando de la compañía mutua, del sonido de la naturaleza y de la satisfacción de haber creado algo tan significativo. El sol se había movido en el cielo, y la luz dorada ahora teñía el bosque de un cálido resplandor que hacía que todo pareciera aún más mágico.

Finalmente, Ewan guardó su laúd y se volvió hacia Morag, su expresión seria pero llena de amor.

—Morag, no sé qué nos depara el futuro, pero quiero que sepas que pase lo que pase, siempre estaré a tu lado. Esta canción es solo el comienzo, y quiero que nuestro viaje juntos continúe, con todas las alegrías y desafíos que puedan venir.

Morag lo miró, y sintió cómo su corazón se llenaba de un calor que no había sentido en mucho tiempo. Sabía que todavía tenía miedos, que todavía habría momentos difíciles, pero también sabía que no los enfrentaría sola. Ewan había demostrado que estaba dispuesto a estar a su lado, sin importar lo que sucediera.

—Yo también quiero eso, Ewan —respondió, su voz firme y clara—. Estoy lista para lo que venga, siempre y cuando estemos juntos.

Ewan sonrió, y sin decir nada más, se inclinó hacia ella y la besó suavemente. Fue un beso lleno de promesas, de un amor que había surgido de las cenizas del dolor, y que ahora florecía con más fuerza que nunca. Morag cerró los ojos, entregándose a ese momento, sabiendo que era el comienzo de un nuevo capítulo en su vida.

Cuando se separaron, Ewan tomó su mano y juntos, bajaron la colina, dejando atrás el claro que ahora era testigo de su compromiso renovado. Mientras caminaban por el sendero del bosque, el viento sopló suavemente entre los árboles, llevando consigo la melodía de la canción que habían compuesto. Era una canción de amor y de esperanza, un himno a la vida que, a pesar de todo,

siempre encontraba la manera de florecer.

El bosque, con su quietud mágica, los acompañó en su caminata, susurrando suavemente a su alrededor como si estuviera bendiciendo su unión. Y así, de la mano, Ewan y Morag se adentraron en el futuro, sabiendo que juntos, podían enfrentar cualquier cosa que la vida les pusiera en el camino.

Capítulo 22: La Promesa

El salón del castillo MacLeod estaba iluminado con la luz suave de las velas, creando un ambiente cálido y acogedor. Las llamas parpadeaban suavemente, proyectando sombras danzantes sobre las paredes de piedra y las tapicerías que adornaban la sala. La familia MacLeod se había reunido para una pequeña cena, una ocasión que, en apariencia, no parecía ser más que una simple velada familiar. Sin embargo, para Ewan y Morag, este era un momento crucial, uno que determinaría el rumbo de su futuro juntos.

Morag estaba de pie junto a Ewan, su mano entrelazada con la de él, en un gesto que era tanto de apoyo mutuo como de declaración silenciosa de su vínculo. Aunque habían pasado semanas desde que Morag había aceptado dejar atrás su miedo y abrirse al amor que Ewan le ofrecía, el anuncio oficial de su relación ante la familia MacLeod era un desafío que ambos sabían que debían enfrentar con valentía.

Ewan, con su porte natural y la tranquilidad que siempre lo acompañaba, miró a su alrededor, encontrando los rostros de su familia, algunos curiosos, otros un poco recelosos. Alasdair, su hermano mayor, estaba sentado al lado de su esposa Eleanor, y aunque su expresión era neutral, Ewan conocía bien las preocupaciones que albergaba en su interior. Margaret, la hermana de Ewan, observaba a Morag con una mezcla de interés y cautela. Había una silenciosa expectativa en el aire, como si todos esperaran que algo importante se revelara.

—Familia —comenzó Ewan, su voz calmada pero firme—, hay algo que Morag y yo queremos compartir con ustedes.

El murmullo de conversación que había llenado la sala momentos antes se desvaneció en un silencio expectante. Todos los ojos se volvieron hacia la pareja, y Ewan sintió el peso de las miradas sobre ellos. Pero lejos de sentirse abrumado, su resolución se fortaleció. Apretó suavemente la mano de Morag, dándole un pequeño gesto de apoyo.

Morag levantó la cabeza, su mirada recorriendo la sala, encontrándose con los ojos de aquellos que algún día le habían dado la espalda, cuando el dolor de su pasado aún la aprisionaba. Sin embargo, junto a Ewan, se sentía más fuerte, capaz de enfrentar cualquier juicio o duda. Sabía que su pasado era una carga que no podía ignorar, pero también sabía que había encontrado en Ewan una razón para seguir adelante, para transformar ese dolor en algo bello y lleno de esperanza.

—Sé que para algunos de ustedes, mi presencia aquí puede ser motivo de inquietud —dijo Morag con una voz que, aunque suave, no dejaba espacio para la duda—. He pasado por mucho, y mi pasado es algo que no puedo cambiar. Pero lo que puedo hacer es mirar hacia adelante, y eso es lo que estoy haciendo ahora, con Ewan a mi lado.

Ewan la miró con orgullo, admirando la forma en que había hablado, con una mezcla de sinceridad y firmeza que solo reafirmaba lo que él ya sabía: que Morag era una mujer de gran fortaleza, una fortaleza que había crecido a partir del dolor pero que ahora florecía en un amor nuevo y puro.

—Quiero que sepan que Morag y yo hemos decidido compartir nuestras vidas —continuó Ewan, su tono lleno de convicción—. Este amor que hemos encontrado es algo por lo que estoy dispuesto a luchar, y no pido más que su comprensión y apoyo mientras seguimos este camino juntos.

Un silencio pesado cayó sobre la sala mientras todos procesaban sus palabras. Morag podía sentir la tensión en el aire, la duda que flotaba entre algunos de los presentes. Sabía que su historia de dolor y pérdida era conocida por muchos en el clan, y que su relación con Ewan, un hombre de corazón tan puro y espíritu tan libre, podría parecer desconcertante para quienes aún la veían como una mujer atrapada en la tristeza.

Fue Alasdair quien rompió el silencio, su voz profunda resonando en la sala.

—Ewan —dijo, su tono mesurado—, todos sabemos que el amor no es fácil. Y también sabemos lo que Morag ha sufrido. ¿Estás seguro de que esto es lo que ambos quieren? ¿Que están listos para enfrentar juntos lo que pueda venir?

Ewan asintió sin dudarlo, sus ojos reflejando una determinación inquebrantable.

—Lo sé, hermano. Sé que Morag y yo hemos tenido que enfrentar nuestros propios demonios, pero también sé que juntos somos más fuertes. No espero que todos comprendan de inmediato lo que sentimos, pero les pido que confíen en nosotros.

Morag, sintiendo el apoyo incondicional de Ewan, dio un paso adelante, decidida a mostrar que ella también estaba comprometida.

—No pido que olviden mi pasado —dijo, sus ojos encontrándose con los de Alasdair—. Pero sí les pido que me permitan demostrar que el amor que Ewan y yo compartimos es real, y que estoy dispuesta a hacer todo lo que esté en mi poder para ser digna de ese amor.

La sinceridad en su voz, combinada con la intensidad de su mirada, pareció tener un efecto en los presentes. Alasdair la observó por un largo momento antes de inclinar levemente la cabeza, una señal de que aceptaba sus palabras. Margaret, por su parte, se levantó y se acercó a Morag, tomando sus manos en un gesto inesperado de apoyo.

—Morag —dijo Margaret suavemente—, no puedo imaginar el dolor que has vivido, pero puedo ver la fuerza que has encontrado. Si Ewan te ha elegido, y tú a él, entonces tienes mi apoyo.

Este gesto de aceptación, pequeño pero significativo, alivió la tensión en la sala. Poco a poco, los demás miembros de la familia comenzaron a asentir, murmurando palabras de acuerdo y mostrando su disposición a aceptar la relación de Ewan y Morag. El alivio que sintió Morag fue

palpable, como si un peso que había estado cargando durante mucho tiempo finalmente comenzara a levantarse.

Ewan sonrió, sus ojos brillando con gratitud hacia su familia.

—Gracias —dijo, su voz llena de emoción—. Sabemos que este es solo el comienzo, pero significa mucho para nosotros contar con su apoyo.

Morag también esbozó una sonrisa, su corazón llenándose de una calidez que no había sentido en años. Sabía que el camino por delante no sería fácil, pero por primera vez, sentía que no estaba sola, que no solo tenía a Ewan, sino también a una familia que estaba dispuesta a darle una oportunidad.

La reunión continuó con una nueva energía, más relajada y llena de conversaciones y risas. Ewan y Morag se mantuvieron juntos, recibiendo las felicitaciones y muestras de apoyo de los demás, sintiendo cómo las barreras que una vez los separaron de la felicidad se desmoronaban poco a poco.

Mientras la noche avanzaba, Alasdair se acercó a Ewan, poniendo una mano en su hombro.

—Cuida bien de ella, Ewan —dijo Alasdair, su voz seria pero llena de afecto—. Sé que lo harás, pero no puedo evitar sentirme responsable de ti, como tu hermano mayor.

Ewan asintió, reconociendo el peso de la responsabilidad que también sentía.

—Lo haré, Alasdair. Lo prometo.

Esa palabra, "prometo", resonó en el corazón de Ewan. Era una promesa que no solo hacía a su hermano, sino también a Morag y a sí mismo. Prometía cuidar de ella, estar a su lado en los momentos difíciles y construir un futuro juntos, un futuro que estaba decidido a hacer lleno de amor y esperanza.

Cuando la reunión llegó a su fin, Morag y Ewan se encontraron solos en el balcón del castillo, mirando hacia las estrellas que brillaban en el cielo nocturno. El aire fresco de la noche los envolvía, y en ese momento de tranquilidad, ambos sintieron la magnitud de lo que acababan de lograr.

—Hoy hemos dado un gran paso —dijo Ewan, rompiendo el silencio—. Pero sé que hay mucho más por venir.

Morag asintió, su mirada fija en las estrellas.

—Lo sé —respondió, apretando la mano de Ewan—. Pero estoy lista para lo que venga, siempre que estemos juntos.

Ewan se inclinó y la besó suavemente, sellando la promesa que había hecho. Juntos, miraron hacia el futuro con renovada esperanza, sabiendo que aunque el camino podría ser incierto, lo

enfrentarían con amor, valentía y la certeza de que su relación estaba destinada a crecer y fortalecerse con el tiempo.

Y así, bajo la luz de las estrellas y el testimonio silencioso del castillo que los rodeaba, Ewan y Morag sellaron su promesa de amor, un compromiso que resonaría a través de los años como el fundamento de una relación que había nacido del dolor, pero que florecería en la más pura felicidad.

Capítulo 23: El Nuevo Amanecer

El cielo comenzaba a teñirse de suaves tonos rosados y dorados mientras la oscuridad de la noche lentamente se retiraba, dando paso a un nuevo día. El acantilado donde todo había comenzado se alzaba majestuoso frente al vasto océano, sus escarpadas paredes abrazando el horizonte que se extendía sin fin. Ewan y Morag estaban de pie en el borde, hombro con hombro, observando en silencio cómo el sol se elevaba lentamente, despojando al mundo de las sombras.

El viento fresco del amanecer acariciaba sus rostros, trayendo consigo el aroma salado del mar mezclado con la fragancia de la tierra húmeda. Era un lugar cargado de significado, no solo por la belleza que ofrecía, sino por lo que simbolizaba para ellos. Aquí, Morag había contemplado la posibilidad de abandonar su dolor sumergiéndose en el abismo. Ahora, en ese mismo lugar, se encontraba abrazando una nueva vida, una que había encontrado en el amor de Ewan.

Morag respiró profundamente, dejando que el aire puro llenara sus pulmones. Sentía una calma profunda, una paz que hacía mucho tiempo no conocía. Sus ojos, que antes habían estado llenos de lágrimas y tristeza, ahora reflejaban una serenidad que hablaba de un alma que había encontrado su lugar en el mundo. Observó el sol ascendente, sus cálidos rayos besando suavemente su piel, y en ese instante, comprendió que había llegado al final de un largo y doloroso viaje.

—Nunca pensé que estaría aquí otra vez —dijo Morag en voz baja, su mirada perdida en el horizonte—. Este lugar... fue donde creí que mi vida no tenía más sentido.

Ewan, a su lado, no dijo nada al principio. En lugar de palabras, simplemente tomó la mano de Morag entre las suyas, su calidez transmitiendo todo lo que sentía. Sabía que el viaje de Morag había sido difícil, lleno de sombras y miedos que la habían perseguido desde la muerte de su esposo. Pero también sabía que había sido su amor por ella, y su amor por él, lo que la había traído de vuelta a la luz.

—Es difícil creer cuánto ha cambiado todo —continuó Morag, su voz más fuerte ahora, como si se estuviera reafirmando a sí misma—. Este lugar, que antes me parecía tan oscuro y vacío, ahora me parece el comienzo de algo hermoso.

Ewan asintió, su mirada fija en la luz del sol que se desplegaba sobre el océano.

—El amanecer siempre ha simbolizado un nuevo comienzo —respondió con suavidad—. Y eso es lo que hemos encontrado, Morag. Un nuevo comienzo, juntos.

Morag giró su cabeza para mirarlo, sus ojos llenos de una mezcla de amor y gratitud. Había estado tan perdida en su dolor, tan convencida de que no había manera de seguir adelante, que nunca había imaginado que alguien pudiera sacarla de ese abismo. Pero Ewan había sido ese faro, guiándola, no con imposiciones o demandas, sino con paciencia, comprensión y un amor

incondicional.

—Nunca pensé que podría volver a sentir esto —admitió, su voz apenas un susurro—. Nunca pensé que podría volver a amar, que podría dejar que alguien entrara en mi corazón.

—No ha sido fácil —respondió Ewan, su tono tan calmado y firme como siempre—. Pero lo que hemos construido, Morag, es más fuerte precisamente por todo lo que hemos superado. El amor no borra el pasado, pero lo transforma, lo convierte en algo que podemos mirar sin dolor.

Morag asintió lentamente. Sabía que tenía razón. Su amor no había borrado las cicatrices de su pasado, pero había hecho que esas cicatrices fueran un recordatorio de su fortaleza, de lo que había superado y de lo que era capaz de construir.

—Me has enseñado a ver la belleza en la vida otra vez, Ewan —dijo, apretando su mano—. Me has mostrado que el dolor no es el final, que siempre hay esperanza, incluso en los lugares más oscuros.

Ewan la miró, sus ojos reflejando el amor profundo que sentía por ella. Morag había sido su inspiración, no solo en su música, sino en su vida. Su resistencia, su valentía al enfrentarse a sus propios demonios, le había mostrado lo que significaba realmente amar a alguien.

—Tú has sido mi inspiración, Morag —dijo, su voz firme—. No solo en la música, sino en la vida. Ver cómo has luchado, cómo has encontrado la fuerza para seguir adelante, me ha mostrado lo que significa amar de verdad. No podría imaginar un futuro sin ti a mi lado.

Morag sintió una oleada de emoción atravesarla, una mezcla de alegría y una ligera tristeza al recordar todo lo que había perdido, pero también al reconocer todo lo que había ganado. Su mirada se suavizó, y por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentir esperanza plena.

—Te amo, Ewan —dijo, sus palabras cargadas de una sinceridad que venía de lo más profundo de su ser—. Nunca pensé que podría volver a decir esas palabras, pero ahora sé que no podría quedármelas para mí. Te amo, y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Ewan sonrió, un brillo de felicidad pura en sus ojos.

—Y yo te amo a ti, Morag. Desde el momento en que te vi, supe que había algo especial en ti, algo que no podía ignorar. Te prometo que estaré a tu lado, en cada amanecer, en cada ocaso, en cada momento que compartamos juntos.

Se inclinó hacia ella, sus labios encontrando los de Morag en un beso suave y lleno de promesas. Fue un beso que selló su amor, una unión que había sido forjada en el dolor pero que ahora florecía en la esperanza y la felicidad. El sol continuaba su ascenso, bañándolos en su luz dorada, como si el universo mismo los bendijera en ese momento de unión.

Cuando se separaron, ambos sabían que este era solo el comienzo de su historia juntos. Habían superado tanto, y aunque sabían que el futuro traería sus propios desafíos, también sabían que nada podría separarlos ahora. Estaban listos para enfrentarlo todo, con amor y con la fuerza que

habían encontrado en ellos mismos y en el otro.

Morag miró hacia el horizonte una vez más, sintiendo una paz profunda. El acantilado ya no le parecía un lugar oscuro, sino un símbolo de renacimiento, de un amor que había nacido en las circunstancias más inesperadas y que ahora los llevaría hacia un futuro brillante.

—Vamos a casa —dijo Morag suavemente, sabiendo que "casa" no era un lugar físico, sino el sentimiento que compartía con Ewan—. Tenemos una vida por delante.

Ewan asintió, sonriendo.

—Sí, tenemos toda una vida por delante.

Juntos, se giraron y comenzaron a caminar de regreso, dejando atrás el acantilado que había sido testigo tanto de su dolor como de su renacimiento. Con cada paso, Morag sentía que dejaba atrás una parte de su pasado, no olvidada, sino transformada, y que avanzaba hacia un futuro lleno de promesas.

El sol continuaba su ascenso, llenando el cielo con colores vibrantes que anunciaban el nuevo día. Y en ese amanecer, Ewan y Morag encontraron la certeza de que, a pesar de todo lo que habían vivido, lo mejor aún estaba por venir. El amor que compartían no solo había sanado sus heridas, sino que había creado algo hermoso, algo que resistiría el paso del tiempo.

Y así, bajo la luz del nuevo amanecer, Ewan y Morag comenzaron su viaje juntos, sabiendo que, aunque el camino no siempre sería fácil, siempre tendrían el amor y la fuerza que habían encontrado en su unión para guiarlos.

Epílogo: La Canción del Futuro

El sol de la tarde se filtraba a través de las ventanas de la cabaña, bañando el interior con una cálida luz dorada. La cabaña, que alguna vez había sido un refugio de dolor y soledad para Morag, ahora vibraba con vida y amor. Las paredes, antes testigos de silenciosas lágrimas, ahora resonaban con risas suaves y la melodía constante de la música de Ewan.

Morag, sentada en una silla cerca del fuego, observaba con una sonrisa tierna cómo Ewan afinaba su laúd en la otra esquina de la habitación. Su corazón se llenaba de una calidez que solo él podía provocar. El vientre de Morag, ligeramente redondeado, era un recordatorio constante del futuro que estaban construyendo juntos, un futuro que no solo había imaginado en sus sueños más audaces, sino que ahora estaba viviendo plenamente.

El sonido suave del laúd llenó la cabaña cuando Ewan comenzó a tocar, sus dedos deslizándose sobre las cuerdas con una destreza que solo un verdadero maestro de la música podía poseer. La melodía era serena y melodiosa, cada nota llena de un amor profundo y sincero. Morag cerró los ojos, dejándose envolver por la música, permitiendo que cada acorde la llevara a un lugar de paz y felicidad.

Ewan la observaba mientras tocaba, su corazón hinchado de amor por la mujer que había transformado su vida. Había sido testigo de la evolución de Morag, de cómo había pasado de ser una figura quebrada por la pérdida a una mujer que, aunque aún llevaba sus cicatrices, las mostraba con orgullo como símbolos de su fuerza y resiliencia.

—He estado trabajando en una nueva canción —dijo Ewan, rompiendo suavemente el silencio que había seguido a la última nota de su laúd.

Morag abrió los ojos, encontrando su mirada. Su sonrisa se amplió, llenando su rostro de una luz que hacía eco de la que irradiaba el sol en ese momento.

—Me encantaría escucharla —respondió, su voz suave pero llena de curiosidad.

Ewan asintió, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y un toque de nerviosismo. Esta canción no era como las demás que había compuesto antes. Esta era especial, un tributo no solo a su amor, sino también a todo lo que habían superado juntos, y a todo lo que les esperaba en el futuro.

Comenzó a tocar, las notas fluyendo con una gracia que parecía casi sobrenatural. Y entonces, comenzó a cantar, su voz profunda y rica resonando en la pequeña cabaña, llenándola con las palabras que había escogido cuidadosamente para esta ocasión.

*"Cuando la noche era larga y oscura,
Y el viento susurraba tu nombre perdido,

Te encontré en el borde del abismo,
Con tu corazón envuelto en dolor y frío."*

Morag sintió un nudo formarse en su garganta mientras escuchaba las palabras. La canción la llevaba de regreso a esos momentos oscuros, a esos días en los que había estado tan cerca de renunciar a todo. Pero ahora, esas palabras no la llenaban de tristeza, sino de gratitud por haber encontrado a alguien como Ewan.

*"Pero en el amanecer de un nuevo día,
Donde las sombras se desvanecen y el sol brilla,
Nos encontramos, tú y yo, mano a mano,
Para enfrentar juntos lo que el destino nos deparará."*

Ewan continuó cantando, su voz llena de promesas y esperanza. Cada palabra que pronunciaba era un testimonio de su amor, de su compromiso de estar a su lado, sin importar lo que la vida les trajera. Y mientras cantaba, Morag sintió que todo el dolor del pasado se desvanecía, reemplazado por una esperanza radiante para el futuro.

La canción terminó en una nota suave, casi un susurro, como si Ewan estuviera acunando sus promesas en las alas del viento. Por un momento, el silencio volvió a caer en la cabaña, un silencio cargado de emoción, donde las palabras eran innecesarias.

—Es hermosa, Ewan —dijo Morag finalmente, sus ojos brillando con lágrimas que no intentó ocultar.

Ewan dejó su laúd a un lado y se acercó a ella, tomando sus manos entre las suyas. Se arrodilló a su lado, mirándola con una intensidad que hizo que el corazón de Morag latiera con fuerza.

—Esa canción es nuestra historia, Morag. Es lo que hemos pasado, lo que somos y lo que seremos. Y quiero que cada día de nuestras vidas sea una celebración de esa canción, de nuestro amor.

Morag apretó sus manos, sintiendo la calidez de su amor envolviéndola como un manto protector. Aunque el camino había sido difícil, sabía con certeza que no lo cambiaría por nada en el mundo.

—Y lo será, Ewan. Cada día, cada momento que compartamos será una nueva nota en nuestra melodía, una que durará para siempre.

Se inclinó hacia adelante y lo besó, un beso lleno de amor, de gratitud y de promesas. En ese beso, compartieron todo lo que habían sentido, todo lo que habían aprendido el uno del otro, y todo lo que se habían convertido juntos. Fue un beso que selló no solo su amor, sino también su futuro.

Cuando se separaron, Ewan la miró con una sonrisa traviesa en sus labios.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo, levantándose de su posición arrodillada y extendiendo una

mano hacia ella—. Ven conmigo.

Morag levantó una ceja, curiosa pero encantada. Tomó su mano y se levantó, siguiendo a Ewan fuera de la cabaña. El aire de la tarde era fresco y claro, con un suave viento que acariciaba su piel mientras caminaban hacia el bosque cercano.

A medida que se adentraban en el bosque, Morag comenzó a notar pequeños detalles que la hicieron sonreír. Aquí y allá, pequeños arreglos florales habían sido colocados entre los árboles, y cintas de colores ondeaban suavemente con el viento, atadas a las ramas. El bosque, que siempre había sido un lugar de refugio para ella, ahora estaba adornado como si se preparara para una celebración.

Finalmente, llegaron a un claro, el mismo donde tantas veces habían compartido su música, sus sueños y sus sentimientos. Pero esta vez, algo era diferente. En el centro del claro había una mesa pequeña, adornada con flores frescas, y sobre ella, un pequeño banquete preparado con esmero. Pero lo que más llamó la atención de Morag fue un objeto que brillaba bajo la luz dorada del sol: una pequeña cuna de madera, cuidadosamente tallada a mano.

Morag se detuvo en seco, sus manos cubriendo su boca mientras el significado de todo lo que veía la golpeaba de repente.

—Ewan... —susurró, incapaz de encontrar las palabras.

Ewan sonrió, guiándola hacia la cuna. Sus ojos reflejaban la emoción que sentía, un brillo de felicidad que solo podía ser compartido con la persona que amaba.

—Quería que este lugar, nuestro lugar, fuera también el primer hogar de nuestro hijo —dijo con voz suave—. Un lugar lleno de amor, de esperanza, donde pueda crecer sabiendo que está rodeado por la belleza del mundo, la música y el amor que nos tenemos.

Morag sintió que las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas, pero esta vez eran lágrimas de pura felicidad. Se acercó a la cuna, acariciando la madera con ternura, imaginando al pequeño ser que pronto llenaría sus vidas de un amor aún más profundo.

—Es perfecto —susurró, volviendo la mirada hacia Ewan—. Todo esto es perfecto. No podría pedir nada más.

Ewan la envolvió en un abrazo, manteniéndola cerca mientras miraban juntos la cuna, su símbolo de futuro.

—Nuestra vida juntos será un viaje hermoso, Morag. No importa lo que venga, siempre lo enfrentaremos juntos. Y cada día será una nueva oportunidad para componer nuestra canción del futuro.

Morag se acurrucó en su abrazo, sintiendo el latido constante de su corazón contra el suyo. Sabía que Ewan tenía razón. Habían superado tanto para llegar aquí, y ahora, tenían todo un futuro por delante, uno que construirían nota a nota, acorde a acorde, componiendo la canción de su vida

juntos.

El sol comenzó a descender en el horizonte, bañando el claro en tonos dorados y rosados, mientras las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo. Ewan y Morag, tomados de la mano, contemplaron juntos el cielo, su amor reflejado en la belleza que los rodeaba. Sabían que su viaje apenas comenzaba, y que cada amanecer traería consigo nuevas promesas y nuevas melodías por componer.

Así, bajo el cielo estrellado, Ewan y Morag comenzaron a caminar de regreso a su cabaña, sabiendo que el amor que compartían era eterno, un amor que se reflejaría en cada canción, en cada risa y en cada momento compartido. Y mientras caminaban, con la cuna de su futuro hijo esperándolos, supieron que estaban listos para enfrentar lo que el destino les deparara, juntos.

El viento suave llevó consigo la melodía de su amor, una canción que resonaría por generaciones, una canción que hablaba de superación, de esperanza y, sobre todo, de un amor que había transformado el dolor en algo verdaderamente hermoso.

Otras historias de S. K. Wallace

Puedes encontrar todas mis historias aquí.